

Clementina Suárez
POESÍA COMPLETA



Rectora de la UNAH
Julieta Castellanos

Vicerrectora Académica
Rutilia Calderón

Director de la Editorial Universitaria
Rubén Darío Paz

Clementina Suárez
POESÍA COMPLETA



Edición y notas de
María Eugenia Ramos

© Editorial Universitaria
Universidad Nacional Autónoma de Honduras
Primera edición, diciembre de 2012

Edición, diseño y notas: María Eugenia Ramos
Corrección: Néstor Ulloa
Diseño de cubierta: Tomy Barahona

Todos los derechos reservados.

Quedan rigurosamente prohibidas, bajo las sanciones establecidas en las convenciones internacionales y leyes nacionales, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio, incluyendo la reprografía y el tratamiento informático, sin la autorización escrita de la Editorial Universitaria.

Ciudad Universitaria, Tegucigalpa
Tel. (504) 2232-4772
C. electr.: editorialuniversitaria.unah@gmail.com

Índice



Índice

NOTA PRELIMINAR	ix	Puñado de cenizas	34
CORAZÓN SANGRANTE	3	Mi vida era como...	35
<i>Dedicatoria</i>	5	Soñador	43
A mi madre	7	El mendigo	44
Luz y sombra.....	8	Melancolía	45
Imploraciones	9	Tarde	47
De rodillas	11	El alma de la línea	48
Ansias	12	Me envolvió tu ternura	49
Por los viejos caminos	13	Dame tu dolor	51
Plegaria	17	Suspiros de la noche	52
Al pie de tu ventana	18	Mi luminosa soledad	53
Mariposa	18	El anciano	56
En busca de rumores	20	El sexteto de mi vida	57
La frivolidad de la gota de agua	21	Madre	62
Los dos	22	Cuando la lluvia cae	66
Mimí <i>bluette</i>	24	Ala	69
La risa lejana	25	El libro amarillento	70
Ruego	26	Alba y Sylvia	71
Nube	29	INICIALES	77
Vano sacrificio	30	<i>Dedicatoria</i>	79
Alma lejana	31	Mi poema al mar	81
Quietud crepuscular	33	Interrogando	85



ÍNDICE

En pos de tus huellas	86	Hombre Montaña	151
Explicaciones	87	A Madero	152
Cuando la lluvia cae	92	Saeta de anhelos	154
DE MIS SÁBADOS EL ÚLTIMO	97	Compréndeme	155
De mis sábados el último	99	Luna	159
La venganza	102	Yo fui Leda	160
El diamante	103	Muñequita	162
Amores tardíos	105	Pesadilla	163
Dime, espejo	107	Supremo esfuerzo	166
Días rojos	108	Senos	168
Tu silencio	110	¡Señor!	170
Recordar	111	Pueblecito mío	172
Alondras fugitivas	113	Mi grito de hoy	174
Serpiente	115	La noche	178
Una carta	116	Quietud nocturna	180
Él era bello	118	El ruego	181
El monstruo de Omoa	119	Retorno	184
Píntame pintor	122	La luna	187
Boca	123	ENGRANAJES	191
LOS TEMPLOS DE FUEGO ..	127	La baraja de mi suerte	195
Mis templos	129	La tinaja	196
¿Dónde?	131	La esquina	197
Príncipe triste	133	Dirían que estás loco	198
A Dios	136	Asida a tus cabellos	199
La vieja canción	137	La justa dosis	200
Loca	138	En las sábanas	201
Sexo	140	Nadie	202
No ansíes, corazón	142	La cosecha	203
Mañana	143	En mala hora	204
Ruínas	144	Sangre	205
Yo	145	La luna	206
La secreta canción	146	Lo grande y lo pequeño	207
Intento	147	En el gobelino del paisaje	208
Sueños dispersos	148	Tesoro	209
Nada encuentro...	149	Tuya	210
		Fechas	211
		Cariño	212



Ceguera	213	Multiplicada	257
Resumen	214	Entrega de luna cierta	258
Amor	215	Fuga de pájaros	259
El cielo	216	Enrejados en la sombra	260
Trota por todo mi leño	217	Esa ya no es mi sombra	261
Conjugación	218	El grito	262
Tu secreto	219	El naufragio de un paisaje	264
Las estrellas	220	Gemas	265
El rosal	221	Llama eterna	267
Termómetro	222	Amor salvaje	269
Constancia	223	Los arados	270
Laxitud	224	Penumbra amarga	271
Sin voz	225	De eslabón a eslabón	272
Lavada	226	Como pedazos de su destino	274
Mujer	227	Pan	275
A qué decir tanto... ..	228	Dos brazos de mar	276
La compañía	229	Similitud	277
Al llegar	230	En la sombra	278
Arquitectura	231	Cosmos dulce	280
El parto	232	Canción marina sin espuma ..	281
En un anillo	233	Poema en gris	283
Al hijo que no llegará	234	Elegía alegre	284
Circunferencia	235	Canción del futuro cierto	286
Flirteo	236	Burdel (estampa)	287
Tus ojos sobre mis ojos	237		
Tus ojos	238		
El regalo	239	DE LA DESILUSIÓN	
Sin por qué	240	A LA ESPERANZA	291
Un panal	241	Como un río vivo	293
Esperando	242	Poema del paso desatado	294
La grávida	243	Figuras en el agua	296
		Elegía de la sangre heroica	289
VELEROS	247	Sin residencia	300
<i>Dedicatoria</i>	249	Se levanta el mar	302
Estrella, árbol y pájaro	251	Poema del amor fuerte	305
Canción	252	Una obrera muerta	306
Diálogo con el viento	254	Tú lo sabrás	308
En brazos del nuevo viento ...	255	Lamentos en el espacio	311
		Contigo crece el mar	312



ÍNDICE

Dentro de la noche	314	Rebeldía	368
La negada presencia	316	Qué ignorancia, madre	372
Soledad multiplicada	317	Ahora es que he crecido, madre	373
Ángel esqueleto	319	Otro poema a mi madre	376
Mis espejos rotos	320	Poema del hombre y su	
Canción de cuna para una		esperanza	378
hija	322	Silvia Rosa	381
Canto de la espada y del		Hubiera tenido que morirme	
combate	324	por dentro	385
Si es que no se universaliza ...	329	Poemas del amor, amor... ..	387
Canción para dos niñas pobres	330	Mi corazón en zozobra	394
		Managua	398
		Derramado consenso	400
CRECIENDO CON LA HIERBA	333	En el café	402
<i>Dedicatoria</i>	335	Navidad, 1966	405
I	337	En su caballo de palo	407
II	339	En pretérita casa	409
III	341	Una eterna canción	411
IV	344	Combate	412
		El poema	413
		Con mis versos saludo a las	
		generaciones futuras	414
CANTO A LA ENCONTRADA			
PATRIA Y A SU HÉROE	349		
<i>No puedo llegar...</i>	351	CON MIS VERSOS SALUDO A	
<i>¡Cómo te reverdeces!...</i>	352	LAS GENERACIONES FUTURAS	419
<i>Te quiero como cuando en la</i>		La habitante	421
<i>arena...</i>	353	El tiempo	422
<i>Que por algo tienes tu héroe...</i> ..	355		
<i>¡Capitán de antiguo coraje!...</i> ..	357	OTROS POEMAS	427
		A Juan Ramón Molina	429
EL POETA Y SUS SEÑALES ...	361	Preguntas con futuro	432
Mirando extasiada el cielo	363		
Mágicamente iluminado como		BIBLIOGRAFÍA	433
en un paraíso	365		



Nota preliminar



Nota preliminar

*¿Quién hay ahora que no se rebele
y no tenga en el alma una voz incendiada?
Luchando estamos por el sitio del cuerpo
y hasta por la inicial del nombre.*

Clementina Suárez

“Loca”, “irreverente”, “bohemia”, “atrevida”, “inconforme”, “rebelde”, “perversa”, “cínica”. Estos han sido algunos de los calificativos utilizados para definir a Clementina Suárez, especialmente en el medio hondureño, quizás porque, como señalara el orador y escritor mexicano José Muñoz Cota, “*los hondureños [...] solamente tienen ojos para escandalizarse ante sus movimientos, pasarse ante sus audacias y cruzarse de brazos con sus gestos*”.¹

Desde luego, no todos los hondureños y hondureñas hemos compartido esta visión, que si bien forma parte de la leyenda de Clementina Suárez y su poderoso atractivo, resulta incompleta a la

¹ Muñoz Cota, José (s.f.). “A través de mi cámara en el cumpleaños de Clementina”, en Clementina Suárez (1982). Tegucigalpa: Litografía López, p. 69.



hora de valorar el significado de la vida y la obra de quien como mujer y como poeta se adelantó a su tiempo. Medardo Mejía fue de los primeros en vislumbrar la significación continental de Clementina al afirmar que *“ha superado su concepción estética”; “ha hecho quedar lejos la rebeldía amorosa de Juana de Ibarborou y mucho más lejos la canción lunar, jazmines [...] y paralelamente va dejando abandonados a los grupos que la admiran [...]”*. Y tuvo la gallardía de reconocer que *“aun yo, su viejo compañero y amigo, quedo como un fracaso artístico, desgredado entre músicas rotas”*.²

El historiador Ramón Oqueli se refirió en 1966 a Clementina Suárez como *“una figura femenina que ha simbolizado siempre la inconformidad, el no uncirse a los carros de triunfos momentáneos, el no saber venderse, el de hacer surgir en la pobreza y casi como un milagro, la dignidad”*; elogio particularmente significativo si se toma en cuenta que en el mismo artículo afirma que *“mi generación (en la que incluyo a los nacidos entre 1930 y 1944) ha crecido sin maestros. Lo más que tuvimos fueron eficientes profesores [...]. Pero no encontramos claros ejemplos a seguir, sensibilidades alertas a lo que ocurría en el mundo, y que se hubieran atrevido a denunciar nuestro progresivo embrutecimiento”*.³

Otros escritores hondureños también se refirieron en términos elogiosos a Clementina Suárez, entre ellos Augusto C. Coello, Marcos Carías Reyes, Rafael Paz Paredes, Martín Paz y Hostilio Lobo. No obstante, han sido intelectuales de otros países de América Latina quienes han sabido valorar con mayor precisión la obra poética de Clementina Suárez. Para el caso, en 1957 el poeta guatemalteco Alfonso Orantes afirmaba que *“Clementina Suárez ha demostrado [...] a través de una existencia fervorosa y fecunda en realizaciones, clara y heroica, que no nos equivocábamos al anunciar, con su aparecimiento, a un poeta auténtico con fresca inspiración ori-*

² Mejía, Medardo (s.f.). “Clementina Suárez”. En op. cit., pp. 9-10.

³ Oqueli, Ramón (1966). “Clementina Suárez”. En op. cit., p. 129.



ginal que ahora, en su madurez, nos ofrece una obra llena de vigor, equilibrio y depuración [...] logrados por la precisión de su lenguaje, la sobriedad de las metáforas y la abundancia de bellas imágenes”.⁴

Por su parte, la poeta, ensayista y dramaturga salvadoreña Matilde Elena López apuntaba:

*“Desde Safo nunca había vibrado una voz tan altamente lírica como la de Clementina Suárez. Una voz que conlleva gritos universales y resonancias profundamente humanas. Pero si Safo cantó al amor como no se había cantado nunca, como un puro esplendor de ternura que causó admiración a los griegos hasta el punto de considerar a la poetisa de Lesbos como a la décima musa, en la poesía de Clementina Suárez hay algo más: un hondo sentimiento trágico y universal [...]”*⁵

Y mientras el poeta guatemalteco Otto René Castillo sostenía que *“estamos en deuda con Clementina Suárez, es incalculable lo que Centroamérica le debe a Clementina Suárez”*,⁶ la poeta salvadoreña Claudia Lars atestiguaba:

*“En Veleros, Clementina se revela como la primera poetisa centroamericana que [...] está ya suficientemente experimentada para asumir su responsabilidad de artista [...]. Mientras nosotras (sus hermanas del arte) no abandonábamos aún los gastados y roídos temas del mundo que se acaba, Clementina vivía valientemente la verdad de su sueño y de su sangre, pisoteaba prejuicios, desgarraba máscaras engañosas y se mezclaba al clamor de los humildes miserables. [...] Debo a Clementina Suárez la primera llamada, en mi arte, hacia lo colectivo.”*⁷

De estos juicios emitidos por autores y autoras cuyo prestigio ha sobrepasado las fronteras centroamericanas, se desprende que de Clementina Suárez no conocemos aún lo suficiente en nuestro

⁴ Orantes, Alfonso (1957). “Clementina Suárez, ángel rebelde y la permanencia poética”. En op. cit., p. 19.

⁵ López, Matilde Elena (s.f.). “Creciendo con la hierba de Clementina Suárez”. En op. cit., p. 23 (el subrayado es mío).

⁶ Castillo, Otto René (1967). “Clementina Suárez en Centroamérica”. En op. cit., p. 79.

⁷ Lars, Claudia (s.f.). “Palabras sobre Clementina Suárez”. En op. cit., p. 85.



NOTA PRELIMINAR

propio país. La mayoría de los estudios que se han hecho sobre ella enfatizan en su vertiente erótica; o, más que en su obra, se enfocan en las vicisitudes de una vida sin duda excepcional. Para llegar a entender a cabalidad la importancia de esta figura renovadora de la poesía hondureña, es preciso conocer la totalidad de su obra, lo cual no había sido posible debido a la dificultad para encontrar ejemplares de los libros que publicó en vida, con excepción de las antologías.

En tal sentido, y parafraseando a Otto René Castillo, es necesario decir que “seguimos en deuda con Clementina Suárez”. Hacen falta estudios que profundicen en las vertientes históricas y literarias de su poesía; en su evolución creadora, del sentimentalismo romántico e ingenuo de sus primeras obras, a un estilo vanguardista, no solo en la forma, sino en el contenido. Es de suma importancia entender, por ejemplo, cómo la revolución socialista de octubre en Rusia, cuyos ecos le llegaron en su viaje a La Habana, en los años treinta, y el haber conocido en México al poeta español León Felipe, brillante figura de la generación de 1927, influyeron en la temática y las metáforas empleadas por Clementina Suárez a partir de *Veleros*; y por qué temas universales como el amor de pareja, la maternidad y la muerte, son tratados de manera dramáticamente distinta por la misma autora cuando comparamos, por ejemplo, *Corazón sangrante*, su primer libro, publicado en 1930, con *De la desilusión a la esperanza*, de 1944.

El carácter fundacional de la poesía de Clementina Suárez ha sido reconocido por estudiosos como Rigoberto Paredes: “Desconocer su nombre (...) sería como privar a nuestras letras y, por qué no decirlo, a un período significativo de la actual formación cultural hondureña, de una voz, de una actitud con caracteres fundacionales”.⁸

⁸ Paredes, Rigoberto (1988). Prólogo a la antología *Con mis versos saludo a las generaciones futuras*. Tegucigalpa: Ediciones Paradiso. Citado por Ramos (2002), en *Visión de país en Clementina Suárez y Alfonso Guillén Zelaya*. Tegucigalpa: PNUD, Colección “Visión de País” N° 4.



Sin embargo, aún hace falta precisar las características que alejan a Clementina Suárez de la poesía hondureña escrita por sus contemporáneos y la colocan entre los y las poetas de vanguardia de América Latina; por ejemplo, en poemas como “Poema del paso desatado”, incluido en el ya mencionado *De la desilusión a la esperanza*, o “En pretérita casa”, de *El poeta y sus señales*, publicado en 1969.

Dicho en otras palabras, solo al leer la obra completa es posible, no solo seguir las huellas de ese “aprendizaje difícil”, como lo llamara Helen Umaña,⁹ sino identificar a dónde llegó Clementina Suárez como poeta, con el propósito de trascender el mito y ubicarla finalmente en el lugar que le corresponde dentro de la literatura hondureña.

Estas son algunas de las razones que llevaron a la Editorial Universitaria a acometer la tarea de recopilar la obra completa de esta sorprendente mujer. Sorprendente en cualquier época, pero más aún al recordar que nació a principios del siglo pasado en Olancho, de familia terrateniente, vivió en la Tegucigalpa de la primera mitad de ese siglo, confrontada con una sociedad en la que el patriarcado y el puritanismo han estado firmemente arraigados, y publicó gran parte de su obra durante la dictadura de Tiburcio Carías Andino.

Hay que decir que no hemos sido los primeros en intentar reunir todos sus libros en un solo volumen. Los investigadores e investigadoras que se propusieron hacerlo antes que nosotros saben que de la Biblioteca Nacional se han perdido, en anteriores administraciones, las obras que en su momento donó la familia de la poeta. Si bien el escritor Eduardo Bähr, actual director de esa institución, nos facilitó los escasos títulos de Clementina Suárez que pudo encontrar, fue su hija Alba Rosa Suárez quien nos confió los que tal vez sean los últimos ejemplares originales que quedan

⁹ Citada por Ramos (2002).



NOTA PRELIMINAR

de *Corazón sangrante* y de *De la desilusión a la esperanza*, así como un facsímil del poemario en prosa *De mis sábados el último*, además de varias fotografías de gran valor.

Debemos agradecer también al poeta comayagüense Néstor Ulloa, quien tuvo la buena fortuna de encontrar y rescatar un ejemplar original de *Los templos de fuego* y gentilmente lo puso a nuestra disposición.

Todo este esfuerzo no hubiera podido llegar a feliz término sin el invaluable apoyo que desde la Universidad de New Hampshire nos brindó la profesora Janet Gold, estudiosa de la literatura latinoamericana y biógrafa oficial de Clementina Suárez. Ella escaneó y nos envió en archivo digital los poemarios que no habíamos encontrado en ninguna otra parte: *Iniciales*, *Veleros* y *Engranajes*, con lo cual finalmente pudimos incorporar la totalidad de los títulos que forman la obra publicada por Clementina Suárez.

En esta edición se han organizado los libros en orden cronológico a partir de 1930, fecha de publicación de *Corazón sangrante* e *Iniciales*, este último un libro colectivo que reúne poemas de nuestra poeta, del hondureño Martín Paz y de los mexicanos Lamberto Alarcón y Emilio Cisneros Canto.¹⁰ Siguen *De mis sábados el último*, poemas en prosa, y *Los templos de fuego* (ambos de 1931); *Engranajes*, poemas en prosa y verso (1935); *Veleros* (1937); *De la desilusión a la esperanza* (1944); *Creciendo con la hierba* (1957); *Canto a la encontrada patria y a su héroe* (1958); *El poeta y sus señales* (1969); y *Con mis versos saludo a las generaciones futuras* (1988). De los dos últimos, por tratarse de antologías, solo se agregan los poemas que no figuran en los libros anteriores. Los poemas que la autora incluyó en más de un libro aparecen una sola vez, en el que corresponde a la primera publicación, con una explicación a pie de página.

¹⁰ En esta edición se incluyen solo los poemas que Clementina Suárez aportó a esta obra colectiva.



Finalmente, en el apartado *Otros poemas*, se incluyen dos que no figuran en ninguna de las obras antes mencionadas, pero aparecen sin fecha en el *Índice general de la poesía hondureña*, de Manuel Luna Mejía, publicado en 1961.

Se han omitido los prólogos, en algunos casos por tratarse de meras palabras de cortesía de algún amigo, y además porque todos están disponibles en el compendio de reseñas y artículos *Clementina Suárez*, citado en esta nota.

Se ha respetado la forma de escribir propia de la autora, incluyendo el uso de ciertas palabras no aceptadas en el español, en cuyo caso se hace la anotación correspondiente, salvo que su significado sea evidente en el contexto o sean parte del habla hondureña. No obstante, se ha procurado modernizar la ortografía, respetando, sin embargo, el uso de algunas mayúsculas que para la autora eran de gran significación, por ejemplo, en la palabra “amado”.

Esperamos que el esfuerzo de la Editorial Universitaria por lanzar esta publicación en el marco del *Año Académico 2012 “Clementina Suárez”*, llamado así por las autoridades de la Universidad Nacional Autónoma de Honduras en reconocimiento de los méritos de la poeta, encuentre amplia acogida en los ámbitos literarios y académicos de Honduras y del extranjero. Pero, sobre todo, confiamos en que contribuirá a que las nuevas generaciones conozcan y hagan suyo el legado de esta mujer irrepetible, haciendo honor a su testamento poético: *“Hoy mi pequeñísimo cuerpo empuja las estrellas / y con mis versos saludo a las generaciones futuras”*.

Ciudad Universitaria, octubre de 2012.

María Eugenia Ramos





Óleo de Francisco Amighetti (Costa Rica).

Corazón sangrante
(1930)



Dedicatoria

Estos versos son a manera de gritos del alma lanzados de las hondas soledades de mis noches; floraciones tristes que reventaron bajo el calor de los crepúsculos, fuga de alondras de cristal, sacudiendo sus alas en las sombras o pájaros que cansados de valor se quedaron contemplando con melancolía el cielo.

Yo hubiera querido que ellos fueran como pedacitos de cristal besados por la luz blanca de los amaneceres; lirios de alegría, abriéndose lentamente a las caricias del sol; tardes de serenidad, dormidas bajo un cielo de turquesa; remansos de agua verde sobre las cuales se hubiese quedado la luna descansando; ventanas abiertas, por las cuales penetraran los rayos del sol; pero si ese era mi deseo, algo dolorosamente trágico desvió los primeros impulsos y en vez de lirios rozagantes, de rosas rojas por el ansia de vivir, he ido dejando solamente imperceptibles rumores, pétalos marchitos, arrullados suavemente por brisas de suspiros.

Son ellos sin embargo la expresión más franca de mi vida y el arpa de mi vibra en estos versos con toda su tristeza.

Son estos versos como una visión retrospectiva, por donde el alma pasa solazándose en angustias; como paseos solitarios por jardines marchitos; como peregrinaciones lentas hacia playas desiertas; como retornos dolorosos a la casita vacía que en otros tiempos nos escuchara reír.



CORAZÓN SANGRANTE

Los he escrito, pensando en mi madre, porque ella es la única que ha sabido recoger en el regazo blanco de su cariño las flores de mi melancolía y ha dejado que el ruisenior de su corazón me diga, que aún no ha llegado el silencio a mi vida y que hay aún melodías de esperanzas que puedan alegrar mi existencia.

Va pues este libro, como un pájaro con las alas abiertas, perdido en la noche de sus soñaciones, como una mariposita deseosa de quemar sus alas en la luz de sus ojos tristes.

Quiera mi madre recoger, pájaro y mariposa, arrullarlos por igual, en su gran pozo de ternura y soltarlos nuevamente, bajo la luz opalina de una mañanita cargada de promesas.

Clementina Suárez

Tegucigalpa, 1930.



A mi madre

Poema de ternura,
cancioncita de amor,
gotita de agua pura,
rosal perenne en flor.



Luz y sombra

El día está muriendo y por la cima del monte tras del cual había estado la noche agazapada, se asomaba acechante, cubriendo el horizonte, y sus sombras perfilaban la sombra de una espada.

Tuve el presentimiento de una lucha de monstruos ansiosos y coléricos por decidir su suerte: el bien, la luz; el mal, la noche, enseñaban los rostros lívidos y trágicos desafiando la muerte.

Y vi que la espada negra en el corazón se hundía de la luz que es el día, de la luz que moría bajo el cielo azulado, sobre la verde sierra.

Y hubo como un estremecimiento sobre todos los montes, se pusieron rojos de horror los horizontes y la noche triunfante se alzó sobre la tierra.



Imploraciones

Para Alfonso Guillén Zelaya

I

Dame tu ternura, fuente,
para saciar mi sed y refrescar mi frente.

Dame tu fuerza, caudaloso río,
para matar este negro y doloroso hastío.

Dame mar tus tesoros,
tus sirenas verdes, tus ondinas,
tus caracoles blancos y sonoros
y un hermoso collar de perlas finas.

II

Dame tu sombra ¡oh árbol soñoliento!
para ahogar bajo ella mi lamento.



CORAZÓN SANGRANTE

Lirios, dadme vuestras fragancias
para ahuyentar mis sueños y aquietar mis ansias.
Y tú, fruto que pendes vacilante
de esa rama que te dio dulzura,
baja a este pobre y triste caminante
a saciar su hambre, que es hambre de ternura.

III

Llanura que te extiendes indefinidamente
dame tu suavidad calladamente.

Selva pensativa y soñadora
enséñame a callar cuando se llora.
Montaña que te alzas explorando los cielos
que sabes del beso del sol y de la luna,
dame la fuerza de todos tus anhelos
y el ansia de soñar que en ti se aduna.

IV

Dame tu locura, luz, esa locura
que llena nuestras vidas de tortura.

Y tú, sol que das vida al alma mía
enséñame a vivir con alegría.

¡Cuánta luz, cuánta luz al mundo alumbra!
¡Qué derroche de risas, qué alegría!
mientras mi alma envuelta en la penumbra,
se retuerce en feroz melancolía!



De rodillas

Abreme tus brazos, derrama tu clemencia
sobre esta vida mía cansada de volar,
se rompieron mis alas en la triste demencia
de irme por el mundo a reír y a cantar.

Olvidé que en la vida lo primero es la pena
y me fui por los senderos sin saber lo que hacía,
se marchitó mi alma de color de azucena
y se apagó en mi vida la luz de la alegría.

Sé que llego tarde a implorar tu clemencia,
pero el dolor es maestro, maestro de esa ciencia
que nos muestra el camino de la dicha y la luz.

Esperaré por años tu palabra divina,
el signo de tu mano, tu mirada prístina,
aquí, de rodillas, al pie de tu cruz.



Ansias

He soñado tanto que a veces he querido
soplar sobre esos sueños y hacerlos florecer,
fundirme en sus fragancias, perderme entre su olvido
y diluirme entre las ondas de un suave atardecer.

Que sea esta mi vida como un dulce latido
de nota melodiosa que se apagó al nacer,
como un suave suspiro, como un tenue quejido
de ilusión que quiso haber sido y nunca logró ser.

Ansia dolorosa de hundirme entre la nada
y volver de sus antros con alma lacerada...
Locura de perderse dentro de uno mismo.
para quedar como siempre, sin rumbo, sin oriente,
sin saber lo que somos, con ojos de demente
clavados con fijeza al borde de un abismo.



Por los viejos caminos

¡C ómo va subiendo el dolor a mis ojos!
C ómo siento que se van humedeciendo
cuando recuerdo los rojos
días de mi vida huyendo.
Se agolpan los recuerdos y me doy cuenta
que la huida de mis penosos días
es solo ficticia y que, en la cruenta
lentitud de las horas, las frías
noches que besaron mi frente
retornan nuevamente
a entristecer mi vida,
a perturbar mi calma,
a hacer más honda la herida
de mi alma.

Es duro el regreso,
penosa la partida
por los caminos que un día
nos sentimos cansados.



CORAZÓN SANGRANTE

Se agolpan los recursos
cuando contemplamos nuevamente los recodos
que nos vieron llorar;
los pocitos de agua
donde llegamos rendidas
nuestra sed a saciar;
la sombra milagrosa
que cerró nuestros ojos
y arrulló nuestras penas,
la piedra que nos sirvió de almohada,
la grama verde que nos sirvió de lecho,
el cielo azul que nos brindó su techo,
y la noche que nos sumió en la nada.
Vamos como tristes peregrinos
recorriendo nuevamente los caminos
que nuestras lágrimas regaron
y nos parece oír que de ellos brota
el hondo quejido de una nota
y las voces de dolor que se quedaron
temblantes en la soledad,
y mientras nuestros pies
heridos y dolientes
nos arrastran, nos arrastran,
nuestras manos delirantes,
nuestras manos sangrantes
van de los caminos recogiendo
piedrecitas de dolor,
lágrimas encendidas,
que se quedaron dormidas
en una hoja o una flor.



Largos caminos, blancos, negros, duros,
cubiertos de espinas y de hiedras,
de arenas blancas y de finas piedras.

Lentamente
van escalando la pendiente,
cruzan las llanuras,
suben las montañas
a embriagarse de altura,
se enroscan en los cerros
y calladamente
se internan en las selvas.

Esos caminos saben
de rugidos de fieras y reventar de rosas,
de las caravanas
que van por las mañanas
soñando su Belén;
de los pordioseros
que van con los luceros
en busca del bien;
de los enamorados
que van como angustiados
trotando su suerte
y de los vencidos
que van distraídos
en pos de la muerte.
Caminos que otrora los estremecieron
los que vencidos lanzaron el grito
de renuncia a la vida y se fueron
como ellos... hacia el infinito.



¡Qué camino tan largo el que voy recorriendo!
y cómo cada noche que me sorprende tiene
para mí un presente de dolor:
un sueño que reventó en quejido,
una lágrima que se secó al calor
de lo que pudo ser y nunca ha sido
más que un drama de amor.
Revientan en el camino solitario
mis penas, como un largo rosario
y aunque sedienta, loca y delirante,
no encuentro en esas sendas un instante
de calma.
¡Qué dolorosa peregrinación la mía
cuando en busca de paz y de alegría
solo torturas va encontrando mi alma!



Plegaria

¡Qué desesperación! ¡Dios mío! La de vivir llorando
todo aquello que alumbró nuestra vida,
que nos dejó perplejos, al cielo interrogando
y nos mantiene el alma por siempre estremecida.

Noches crueles en vela, contemplando
la luz que apenas vence, de mi cuarto la sombra,
noches largas, muy largas, escuchando
la extraña voz que en la quietud me nombra.

Desfile de fantasmas, como alucinaciones,
suspiros que son como oraciones
van poblando mi estancia solitaria.

Miro a mi alrededor y nada miro,
se escapa de mis labios un suspiro
y sube de mi corazón una plegaria.



Al pie de tu ventana

Me acerqué silenciosa, temblando a tu ventana
sin odios, sin rencores, sin penas ni rencillas.
Llamé toda la noche y la luz de la mañana
me sorprendió frente a ella, cansada, de rodillas.

Vanas fueron mis súplicas e inútil fue mi llanto
y sin resentimientos de tu alma me alejé.
Me abracé a la mañana y en su luz mi quebranto
con lágrimas dolientes por siempre sepulté.

Te quedaste solo, porque jamás quisiste
descifrar lo que en el alma de la mujer existe
y yo seguí mi camino, tras la estrella lejana

que enfile mi existencia por caminos floridos...
Ya no oirás más lamentos, ya no oirás más quejidos
ni súplicas, ni llantos al pie de tu ventana.



Mariposa

Yella lloraba
porque cuando quiso
agarrar la mariposa
se escapó de sus manos...

Y su llanto tenía
tanta melancolía
y sus bellos ojos
estaban tan rojos
que los que pasaban
así se preguntaban:
¿Qué tendrá la niñita de cabellos de oro?
¿Qué pena la agita?
¡Cuán hondo es su lloro!

Y la niña seguía
sin hallar consuelo,
pero alguien veía



CORAZÓN SANGRANTE

de lo alto del cielo
y compadecido
de su honda querella
envióle dolido
el don de una estrella.
La niña ya enseña
la luz de sus manos,
alegre y risueña
al grupo de hermanos.

Y a todo el que pasa
cansado y doliente
por frente a su casa
le enseña sonriente
la mariposita,
que una mañanita
persiguió veloz
y que a fuerza de anhelos
de los altos cielos
le mandara Dios.



En busca de rumores

Queda, suave, evanescente
me alejaré una noche, como una
sonámbula que se siente
atraída por la cara de la luna.

Nadie oirá mis pasos, sutilmente
iré buscando mi fortuna
en la faja de luz o en el relente
que va dejando tras de sí la luna.

Seré sombra entre las sombras confundida,
interrogaré entre esas sombras a la vida
y quizá pueda con mis interrogaciones,

parar la sangre que corre de mi herida,
poblar de rumores mi alma entristecida
y llenar mi existencia de nuevas ilusiones.



La frivolidad de la gota de agua

Con qué raro deleite la cristalina gota de agua contemplaba
dormida quietamente sobre un lirio que se abría
en medio de la selva, que el silencio postraba
y a quien el lirio blanco su perfume ofrecía.

En la quieta noche la gota al lirio enamoraba
y la selva ante aquel dulce amor se estremecía.
La sombra con sus alas, suavemente arrullaba
aquel idilio blanco que en la selva dormía.

Pero vino la mañana, luminosa y radiante
y la selva fue fiesta de luces al instante.
Despertó la gota de agua, cuando temblorosamente

un rayito de oro, se posó en su blancura.
Dejó en el lirio blanco toda su ternura
y se fue, con el hilo de luz, calladamente.



Los dos

Dame tu mano fuerte y emprendamos
el largo camino de la vida,
quizá en la peregrinación nos encontramos
con un dolor, una risa o una herida.

Es triste caminar por el desierto
sin rumbo, sin fin y sin oriente,
pero nuestras ansias descubrirán el puerto,
que llenará de luces nuestra frente.

Yo sé que tú darás a mis dolores,
la miel de tu palabra, y el camino
en vez de espinas, se cubrirá de flores,
y habrá de tarde en tarde un suave trino.

Mis ojos que el llanto ha enrojecido,
beberán en los tuyos la alegría,
y cuando el día se funda en el olvido,



CORAZÓN SANGRANTE

reventará en luz, para ti, la vida mía.
Mi alma irá desgranando a cada paso
el rosario de sus ensoñaciones
y cuando brille a lo lejos el ocaso,
te dirá también sus oraciones.
Nos cobijará la noche y alumbrará la luna
y habrá calma y silencio en nuestras vidas
y nuestras almas, cual si fueran una
sola alma, se quedarán dormidas.

La tierra, santa en ternuras, nos abrirá sus brazos
y olvidaremos por fin nuestras querellas,
se acabarán las noches, los ocasos
con los besos de la luz de las estrellas.



Mimí *bluette*

Danzaba locamente, y al danzar parecía
que una pena enorme su alma torturaba.
Su locura era de esas que nadie comprendía
porque reía para otros y para sí lloraba.

Su alma, lirio blanco, despertó una noche
cuando el champagne cantaba y el fru fru
de las sedas simulaba un derroche
de besos encendidos con notas del *My Blue*.

Un desconocido, con ojos de tristeza
se acercó ante ella. Tembloroso e incierto
le empezó a hablar de amor. Bajo la tibieza

de noches estrelladas se fueron adornando...
Un día el amante voló hacia el desierto
y Mimí, muy triste, se quedó danzando.



La risa lejana

Oigo la risa lejana de un niño
y quisiera hacer mía la risa inocente.
¡Qué ansia más grande, qué dolor de cariño
el que nos asalta repentinamente!

Esa risa, esa risa, me aturde, me agota.
Se abrasa cual llama mi alma cansada,
tritura mis ansias, me hiere y azota
y se queda en mi vida clavada, clavada.

La risa lejana me recuerda cuando era
mariposa loca de la primavera
y cuando correteaba con piernas desnudas

por sobre las sabanas cubiertas de rocío,
cuando todo alrededor era mío, muy mío
y vagaba sin penas, tristezas ni dudas.



Ruego

Señor, Señor, Señor...
Tú que supiste en tus divinas peregrinaciones
por esta tierra de lágrimas, de dolor,
hacer tuyas las angustias, las desesperaciones,
las miserias y bajezas,
las tristezas de todos los humanos,
haced mi camino claro,
dadme tus manos, dadme tu amparo
y que se abra ante mi huella
guijarrosa y dura una estrella
toda luz, toda ternura.

Yo no sé si blasfemo al implorar tu ayuda
porque tú fuiste fuerte y yo, pobre criatura
sin saber de nada, me encarceló la duda.
Me siento débil y me siento triste
ante la incertidumbre
ante todo lo que existe,



CORAZÓN SANGRANTE

ante ese inmenso vacío
que se abre ante mis pies
como un siniestro y escondido río.
Yo sigo tu calvario desde mi soledad
y admiro tu paciencia y envidio tu humildad
y miro tus ojos cómo hipnotizados
que se clavan angustiados en el cielo
y cómo en cada caída, con la cruz a cuestas
se ilumina tu vida.

Señor, Señor, Señor...
Yo miro tus manos sangrantes
que se alzan marchitas, pálidas de dolor
hacer un signo de perdón,
para los que te persiguieron,
para los que te sacrificaron,
para los que en tu pecho hundieron
la lanza homicida;
para los que te azotaron,
te vendieron
y creyendo ahogar tu vida,
vieron florecer de tu herida
la llama del amor.
Señor,
dame tu dolor
para ponerlo en mi alma
como una mística flor.

Señor, tu divina frente:
albo pedazo de luna,
doliente



como una
blanca flor que marchitara
la brisa caliginosa,
resplandece con el beso
que le brindan las espinas.
Van cayendo gotas finas
que semejando rubíes
se deslizan por tu rostro
doloroso,
mientras callado sonríes.

Señor,
sigue regando tu divina semilla
y haz de mi vida una vida sencilla.
Señala a los desamparados
los templos rumorosos
donde tu palabra puedan oír.
Señor,
enseña a todos los humanos
la dicha de vivir.

Vuelve ante mí tus ojos de ternura,
que se abran tus labios con el divino don
de tu humildad, de tu dulzura
y del perdón.



Nube

Qué deseo más grande el de ser nube,
recoger de la tierra su ternura,
ascender, ascender y ver que sube
nuestra alma hacia el cielo con locura.

Qué delicia más grande, qué consuelo
llenarse de luces en la altura,
nadar en el azul, besar el cielo
y embriagarse de silencio y de dulzura.

Tiembla toda mi vida cuando pienso
en ese dulce y delicado ascenso.
Siento que me voy, que mi alma sube,

que me disuelvo en el éter, temblorosa,
que me hago luz y me transformo en rosa,
que me vuelvo azul o me hago nube.



Vano sacrificio

Con qué humildad por entre las piedras brota
el hilito de agua regando su piedad
y cómo cada gota es una nota
que hace clara la gran oscuridad

de la selva que el vendaval azota,
de la selva que ungió la soledad,
con la sapiencia mística que de su suelo brota
entre las angustias de su eternidad.

Pero el hilito de agua que a veces es poeta
no deja a la selva ni un ratito quieta
y con risas va quebrando su sopor, su mutismo.

Le ofrece sus amores, sus ansias, su blancura
y en forma de abanico le brinda su ternura
cuando salta alegremente al borde del abismo.



Alma lejana

Yo no sé si deliro, yo no sé si he soñado,
pero presiento que un día sin alma quedaré
y así mi cuerpo solo, mi cuerpo abandonado
que ambule cual las sombras, en paz, lo dejaré.

He sentido deseos de ser como las hojas
marchitas de los árboles que se van con el viento
regando silenciosas sus penas, sus congojas...
¡Qué dicha tan grande irse a los cielos diluida en un lamento!

A veces me he sentido sin alma, sin anhelos
y como un fantasma empujado por hados misteriosos
me he ido inconsciente explorando los cielos...
¡Qué dicha tan grande hacernos luminosos!

Suave beso de la brisa, cálida caricia
del sol sobre este cuerpo que ya no tiene alma,
que ya no sabe si vive e ignora si es ficticia
su paz, su pena, su soledad, su calma.



Yo sé que mi alma blanca, luminosa, huraña,
rompió su cárcel de oro, una noche, cantando,
se fue por los valles, subió la montaña
y desde su cima me vive llamando.

¡Cómo resplandece la pobre almita mía
sobre la cima blanca borracha de fulgores
y cómo hasta mí llegan en suave sinfonía
sus voces y sus gritos, sus cantos, sus rumores!

Por las tardes, cuando desgrana el sol su policroma
locura de matices sobre la cumbre umbría,
contemplo con angustia la noche que se asoma
cubriendo con sus alas, de mi alma, la alegría.

Y esa angustia suprema me destroza y me daña
porque ignoro si podría con todos mis anhelos
emprender el camino, remontar la montaña,
fundirme en mi alma y vagar por los cielos.

Y detenida por la duda y por esa fuerza extraña
que impide que me arriesgue hacia la cumbre andando
me quedo desde el valle mirando la montaña
envuelta en el silencio, esperando... esperando...

Yo sé que mi alma blanca, luminosa, huraña,
rompió su cárcel de oro, una noche, cantando,
se fue por los valles, subió la montaña
y desde su cima me vive llamando.



Quietud crepuscular

Tarde de melancolías, tarde de ensoñaciones
En que todo calla y van las caravanas
desgranando en su camino extrañas oraciones
al compás de los lánguidos repiques de campanas.

Las cimas se bañan en una orgía de oro
mientras sutilmente la noche va tendiendo
sus crespones de luto, sus crespones de lloro
y el día, allá a lo lejos, se va desvaneciendo.

Toda la algarabía de la vida se ha ido
a alegrar otros mundos, a aplacar el quejido
de aquellos que llevan una pena en el alma,

pero mi dolor que es más grande que todos los dolores
estremece el silencio con todos sus clamores
y abre así un paréntesis a la profunda calma.



Puñado de cenizas

Quién pudiera darme el rumor de una risa,
una palabra de oro que me hiciera olvidar
lo que una tarde pálida me trajo entre la brisa
y otra tarde pálida me arrebató al pasar.

Sueños que en el viento nos enviara el destino,
ilusiones que quisimos por siempre aprisionar,
canciones que nos diera la cinta del camino
cuando una fuerza ciega nos empujó a rodar.

Polvos de mariposas, fantasmas azulados
que mancharon los dedos, los dedos angustiados
de palpar las sombras y aprisionar las brisas,

rumores que se fueron en el viento danzando
sin saber que nos dejan el corazón sangrando
y en el alma un puñado de penas y cenizas.



Mi vida era como...

Mi vida era como un claro y encantador remanso
donde la luna pálida tomaba su descanso,
donde la brisa jugaba dulcemente
y los pájaros apagaban su sed, calladamente.

Mi vida era tranquila como el árbol del camino
que busca en el claro cielo la luz de su destino
y venían las aves a regalarme trinos
y la luna me enviaba sus besos argentinos.
No había en mí pesares, no había en mí dolor
y mi vida toda era como un árbol con flores.
Largas horas a la sombra de los árboles pasaba
mirando el sol que por el azul rodaba
y se llenaba mi vida de dulces cosas bellas
viendo cómo revientan en el oriente las estrellas,
oyendo de la selva sus voces misteriosas
y siguiendo el vuelo de blancas mariposas.
Árboles que al cielo miran, sin cesar, sin cesar
y que por la tarde empiezan toditos a rezar.



¡Cómo vibra la selva con sus exultaciones
 cuando en coro elevan sus puras oraciones!
 Árboles pensativos de ramajes espejos
 que la noche arrulla con delicados besos,
 que das vida a la sombra y frescura al camino,
 devuelve, árbol hermano, a mi vida el divino
 don de contemplar estrellas, de ver morir la tarde
 y de observar cómo al poniente el sol cansado arde.

Mi vida era a manera de arroyo canturreante
 que va por entre malezas alegre y delirante.
 Sobre sus aguas claras, risueñas y sencillas
 caían suavemente las hojas amarillas.
 Y venían los brutos a hartarse de frescura
 y bajaban las nubes a beber su ternura.
 Corría el arroyuelo sobre un lecho de piedra
 y daba sin embargo su dulzura a la hiedra,
 saltaba sobre abismos y al saltar parecía
 un raro abanico de rara pedrería,
 o se quedaba parado en un sopor profundo
 oyendo tembloroso los dolores del mundo,
 para seguir después, alegre, alucinante
 por sobre un valle extenso, desnudo, calcinante
 brindándole sus risas, dándole su frescura
 y apagando su sed con su agua blanca y pura.
 Sacrificio del agua, sacrificio con risas
 que se las lleva el viento o arrebatan las brisas.
 Nadie escucha el lamento que del arroyo sube
 cuando la luz lo hiere y se transforma en nube.
 Si sus cristales blancos la piedra los maltrata
 devuelve el golpe rudo con sus besos de plata.



Si alguien con los pies desnudos se va por su corriente
se apresura a besarlos en paz y humildemente.
Si el lodo lo ensucia siente un dolor muy hondo,
sin embargo suavemente lo va arrojando al fondo.
Así era mi vida, como el arroyo azulado
que camina y camina y no se siente cansado,
que retrataba estrellas y arrullaba a la luna
y se alegraba cuando, por la mañana, una
flecha de oro quebraba sus cristales
y a su orilla irrumpía un coro de zorzales.
Arroyo, ¡si quisieras volver a mí la calma
e infundir tu ternura en la soledad de mi alma!

Mi vida era como la clara luz del día
en la que mi alma locamente se fundía
e iba cual mariposa por las selvas y montes
buscando lejanías, soñando en horizontes.
Mi cabellera suelta el sol acariciaba,
mi cara de niña el sol la sonrosaba,
mis manos blancas sentían las caricias
de los rayos de oro al jugar con las brisas
y me extasiaba cuando la luz entretejía
extraños arabescos bajo la selva umbría
o cuando jugueteaba pasajeraamente
con los chorros de agua de una escondida fuente.

Sol de mediodía que das tus ofrendas
a caminos tristes y solitarias sendas,
que envías tus resplandores a mundos lejanos
y calientas por igual a todos los humanos.
Sol que acaricias la semilla escondida



donde duerme el divino despertar de la vida,
 que alegras a las plantas y calientas los brutos
 y maduras con tus besos los olorosos frutos.
 Sol, padre de la sombra, artífice divino
 que alegras con tus luces el dolor del camino,
 que juegas con las gotas pendientes de las flores
 y pones en su seno un mundo de colores.
 Sol que en el ocaso te fundes suavemente
 y dejas a la tarde de luces esplendente.
 Sol que hasta a la muerte sonríe y desafía
 y deja cuando parte la rara fantasía
 de luces que forman con las nubes errantes
 siluetas que simulan un coro de bacantes
 danzando ante la tumba del rey de la alegría,
 del ogro de la noche, del dios del claro día.
 ¡Oh corazón que supiste de las tardes de oro,
 de mañanitas blancas que eran un tesoro
 para mi vida toda, que supo siempre esperar
 el rayito blanco que la viniera a besar
 a través de la abierta y estrecha ventana
 cuando reventaba a lo lejos la bella mañana!
 Quisiera ser nuevamente la mariposita
 que va tras las luces, callada y solita
 y sin que nadie la aparte ni nadie la tema
 en los rayos de oro sus alas se quema.

Mi vida era como una alta montaña
 que perfora el azul y en sus luces se baña,
 que alimenta en su seno el lacerante anhelo
 de ver lo que se oculta allá detrás del cielo,
 que vive atisbando la luz del nuevo día



para regar con sus pájaros la luz de la alegría.
Y así era mi vida, sin tormentos ni penas,
llena de humildades y de intenciones buenas.
Silenciosa a veces, como la montaña
que acumula ternuras en su grandiosa entraña
para darla a las plantas que crecen arrogantes,
para darla a las nubes que cruzan desafiantes,
para embalsamar el aire y perfumar las brisas,
para arrojarla al mundo como gajos de risas.
Montaña que te alzas como interrogando
lo que pasa a lo lejos y a tus pies va rastreando
lo que dicen las nubes en sus peregrinaciones
y los árboles tristes en sus oraciones,
lo que dice la fuente cuando pasando besa
la piedra que le brinda sus frutos de tristeza,
lo que dicen las sombras en sus soledades
y los silencios en sus oquedades.
Montaña que pasas llena de inquietudes
como si no fueran suficientes todas tus virtudes
para calmar el ansia que del silencio brota
y disipar el llanto de la cansada nota
que de lejos viene, cual si fuera un murmullo
a buscar en tus sombras los besos del arrullo.
Montaña, sobre tu frente la luz perpetua brilla
y sin embargo es tu vida rumorosa y sencilla.
Si la tormenta viene, te golpea y te azota,
de tus entrañas un puñado de melodías brota.
Si el viento con sus garras te destroza y te daña,
indiferente dejas que se agote su saña.
Si el fuego te devora, te ofreces generosa
para hacer la llanura risueña y luminosa.



Si el agua te ofrece su tierna serenata
de melodías blancas y rumores de plata
la montaña sonrío y es su alegría tanta
que tiembla la montaña y la montaña canta.
Cuando la tarde va cerrando mis pupilas
se quedan temblando en ellas las montañas tranquilas
como también mis rumores, anhelos y sonrisas
que vuelan a lo lejos cual polvo de cenizas.
Quisiera entonces con este dolor que daña
mi alma, volar hacia una lejana y altísima montaña
y bordar sobre su cima mis últimas quimeras.
Las nubes blancas, caprichosas, ligeras,
me traerían mensajes del mundo abandonado
donde dejé mis risas y quedó aprisionado
mi corazón que quiso sorprender las alturas
sin querer romper las tenues ligaduras.
¡Por eso en sus tristezas solitario se baña!
¡Por eso no pudo escalar la montaña!

Mi vida era como un cielo azulado
tranquilo como el mar, en el sol extasiado
y las nubes, copos de impalpable armiño
dormían en su seno, como se duerme un niño.
Brillaba el sol y entonces su azul era
un raro y dulce brillar de primavera.
Llegaba la tarde con su inmensa tristeza
y su azul tenía reflejos de turquesa
y en las noches calladas, en las noches de abril
su azul era intenso, como es el del añil.
Es el azul eterno donde las ilusiones
reventan en místicas, sutiles floraciones;



el azul donde el silencio celebra un raro rito
que tiene cual las sombras temblores de infinito;
el azul insondable donde la luna brilla
y las estrellas lucen su rara pedrería.

Mi vida tenía entonces vagas alucinaciones
de irse vibrando como las oraciones,
de irse cabalgando sobre nubes de tul
para besar el cielo y aprisionar su azul,
de sorprender sus silencios y sus inquietudes
y escuchar en sus alturas un coro de laúdes.
¡Y cómo sentía entonces que mi alma azul vibraba
cuando en el espacio tranquila se paseaba!
En las tardes perezosas, silenciosas y bellas
veía cómo una a una revientan las estrellas
y contemplaba cómo, allá por el poniente
el sol se hundía majestuosamente
y tímidamente, cual si fuera importuna
asomaba su rostro la inquietante luna.
Noche hermosa de luna, noche linda de estrellas
propicia para los sueños de cosas dulces y bellas;
noche milagrosa, noche de amor sedienta
que siempre que suspira una estrella revienta,
como si en sus jardines de misterioso encanto
saltaran los luceros para apagar el llanto
en los ojos de aquellos que por el azul suspiran
en las almas dolientes que por volar deliran.
Palio maravilloso de rara pedrería
con que los poetas cubren su gran melancolía
y en el que la bohemia deslumbradora o seria
envuelve orgullosa su orgullosa miseria.



¡Qué dicha si pudiera solitaria volar,
qué dicha si pudiera luceros arrullar!

La tarde que es hermana de raras ensoñaciones
va cubriendo mi alma de polvos de ilusiones,
mientras mi vida toda se prende con anhelo
de flores luminosas que brotan en el cielo.
Todo va callando en esta tarde fría
y el ambiente tiene sollozos de agonía,
todo se va muriendo, todo se va acabando
mientras sigo con tristeza el azul atisbando.
Se van nublando mis ojos, va temblando mi vida
cuando agoniza la llama que la tiene encendida.

Me falta la luna, me faltan las estrellas,
el beso del azul, las cosas bellas
y mientras cansada las voy implorando
va poco a poco mi corazón sangrando.
Ni remanso, ni árbol, ni arroyo, ni luz.
Mi alma agoniza, tendida en la cruz.



Soñador

Para Augusto C. Coello h.

Cazador de ensueños, que vas por las praderas
de la vida, atisbando la nube, acechando los cielos,
prepara el arco férreo y dispara certeras
las flechas, mensajeras de ensueños y de anhelos.

Quizá la flecha errante, el corazón de una
musa perdida en la inmensidad conquiste
o se clave temblando en la faz de la luna
o vaya por los mundos desamparada y triste.

Sigue la flecha errante, escudriña la huella
que tras de sí va dejando en su viaje lejano,
pon en tu mochila la agonizante estrella,

la tristeza de la luz, el dolor de los senderos,
enciéndelos con tus ansias y ponlos en la mano
de los que van por el mundo mendigando luceros.



El mendigo

Extendió su mano sucia, temblorosa,
mostró su cara macilenta y amarilla,
brotó de sus labios una risa dolorosa,
pidió una limosna con su voz sencilla.

Quedé largamente contemplando
aquel pobre mendigo que esperaba
a la vera del camino, suplicando
una limosna a todo el que pasaba.

Registré mi bolso y no hallé nada
que poder ofrecerle, y angustiada
besé la frente de aquel jirón humano,

vacíé mis pocas alegrías en su vida,
acaricié su cabeza encanecida
y estreché largamente su asquerosa mano.



Melancolía

Madre o hermana mía, taciturna y huraña
que has hecho luminosa tu pobre soledad,
que suavizaste el quejido y acallaste la saña
y ofreces a los tristes tu sombra de piedad.

Quiero que me lleves en tu barca sombría
por los mares ignotos donde todo es inerte
donde reina la noche y muere la alegría
a los vastos dominios donde impera la muerte.

Ábreme tus brazos ¡oh gran melancolía!
y deja que mi vida se envuelva en tus saudades,
así tu gran tristeza del brazo con la mía
puede ser que den vida a nuevas claridades.

Deja que recueste mi cabeza cansada
sobre tu regazo de paz y santidad,
que me olvide de todo, que me absorba la nada,
que se esfume mi vida en tu gran soledad.



Deja que me abrace a tus sombras tranquilas,
que me pierda en tu seno y explore tus arcanos,
que se sacien de silencio mis hambrientas pupilas
y de suavidades mis temblorosas manos.

Enséñame la senda, melancólica hermana
que va hacia los silencios y las renunciaciones
que nos lleva a esa tierra misteriosa y lejana
do hallan paz y sosiego los tristes corazones.



Tarde

Dame tu tristeza, ¡oh tarde triste!,
enséñame a callar cuando la pena
de soñar, de vivir no se resiste.

Quiero ser en tu tristeza la sirena

que endulce tus dolores, tu agonía,
darte la risa del sol cuando se aleja
llevando en su carro el claro día.

Yo quiero, tarde triste... suavizar tu queja.

Yo comprendo tu dolor porque él ha sido
la flor que en mi corazón ha florecido
desde que mi alma por vivir se afana.

Deja, tarde, que mi mano experta
cierre de tu tumba la pesada puerta
y te diga, sonriente, hasta mañana.



El alma de la línea

En el álbum del caricaturista Mon

Alma de la línea en que el dolor delira
y en la que queda palpitante y fuerte
la historia de una vida que de amor suspira
o la mueca trágica que rubricó la muerte.

Se abre una curva suave y surge la belleza
de la mujer que lleva secretos de ternura.
Una recta que se pierde, trotando la tristeza
o una línea que se enrosca siguiendo la amargura.

Secretos de la línea en la que se inmortaliza
el gesto de la farsa, el alma de la risa,
los anhelos, las ansias, los sueños e ilusiones;

curvas milagrosas que en sus sinuosidades
van buscando el calor de las verdades
o se perfilan como interrogaciones.



Me envolvió tu ternura

Me envolvió tu ternura
como una nube lejana,
pero vino el sol,
te deslumbró
y me dejaste.

Me envolvió tu ternura
como la luz del día,
pero vino la noche
te asustaste
y me dejaste.

Me envolvió tu ternura
como la noche
y al amparo de sus sombras
tembloroso, te alejaste.

Nube, luz y sombra,
si todo esto te aleja,
si no existe compasión



para calmar este loco desvarío
que tortura mi corazón,
dime ¡Dios mío!
dónde puedo endulzar
este tremendo y loco deseo
de soñar... amar... volar...



Dame tu dolor

Sombra, hermana mía, dame tus locuras,
tus silencios, inquietudes y desolaciones,
dame el tesoro de todas las tristuras
que has recogido de tantos corazones.

Sombra, dame tus quejidos, también tus amarguras,
las notas de dolor, tus oraciones,
los llantos, agonías y torturas
que han llegado hasta ti, cual oblaciones.

Tengo hambre de dolor, aunque el dolor ha sido
el santuario donde mi alma se ha nutrido
de todo aquello que hace de la vida

un continuo soñar y un perpetuo sufrir.
Yo quiero, sombra hermana, contigo compartir
ese dolor tan hondo que brota de tu herida.



Suspiros de la noche

Estaba sola con mis meditaciones
y a lo lejos una nota vibró clara y serena.
Hay notas que tienen temblor de corazones
para aquellos que sienten la garra de la pena.

Notas que vienen de una tierra lejana
vibrantes de dolores rodando por el cielo,
buscando entre las almas el alma de la hermana
que pueda brindarles un poco de consuelo.

Notas que revientan como revienta el día
de las grandes sombras, en que la melancolía
se abre cual rara flor, bella y serena,

notas de suspiros, de desolaciones,
notas que tienen temblor de corazones
para aquellos que sienten la garra de la pena.



Mi luminosa soledad

Va cayendo gota a gota
sobre el hondo silencio de mi vida, la tristeza,
y mi alma rota, sangrante y moribunda
va esfumándose en la profunda
neblina del silencio...

¿Quién en mis tremendas inquietudes
pudiera penetrar?
¿Quién pudiera con anuncios de seda
mi pena suavizar?

Se rompió el cristal de mi esperanza,
voló quién sabe a dónde la crisálida de oro
y quedó mi corazón vacío, en donde danza
macabra y dantesca, como un lloro,
la inmensa sombra de mi soledad.



Vacío de mi vida, silencio de mi alma,
lúgubre sonata que va haciendo
más tétrica mi calma...
Va muriendo lentamente mi corazón
y contando las horas, tristemente,
hilo mi canción
de sollozos, de llantos, de dolores,
de pedazos de ilusión que me han quedado,
de afectos viejos y de viejos amores...

Si los gritos de mi corazón pudieran
con su fragor estremecer la noche,
¡cuántas flores de ternura florecieran!
¡Qué riqueza de luces, qué derroche
de risas brotara de sus sombras!
Aún me queda en mi amargura mucha risa
que deseo regar.
Yo sé que si pido a la brisa
sus fragancias me las ha de dar.
Yo sé que si pido al arroyo su ternura,
al árbol su sombra,
al pájaro su nido,
al cielo su azul,
a las estrellas su oro,
todo me lo darían,
todo eso lo exhibiría, para que lo vean
los que inconscientemente me golpean;
pero yo no quiero pedir
pero sí rodar, rodar, rodar,
para dejar
como el lirio



en el viento
al expirar
el perfume
de esta ansia de vivir que me consume.

Mi voz se elevará en la noche
como una nota de cristal
y habrá derroche
de arrullos, de risas y de besos en las sombras.
Mis manos se agitarán en las tinieblas
y despertarán los lirios...

Mis ojos llorarán
y mis lágrimas en los pétalos de las rosas temblarán...

Mis pies sangrantes
sobre los caminos blancos
un rosario de rubíes dejarán...
y hablarán los silencios,
se iluminarán las sombras
al conjuro de mi voz,
al grito de mi alma
y después... callada y silenciosa
me iré de la vida
milagrosa,
estremecida,
sin penas, sin agravios, sin rencores
en alas de los vientos, sin oriente,
sin heridas de espinas en mi frente,
con los ecos de mi vida hechos fulgores.



El anciano

Qué tristeza más grande la del pobre anciano
que lleva en sus pupilas soñaciones lejanas;
va como palpando sombras con su mano,
va como soñando en plácidas mañanas.

De sus labios a veces se escapa una sonrisa
o sus tristes ojos los humedece el llanto;
quizá es algún perfume que le trae la brisa
o algún dolor muy hondo que aumenta su quebranto.

Ciego, como la noche, va el anciano siguiendo
su camino de penas, sobre el cual va tendiendo
sus cortinas de plata la luna milagrosa

y en el temblor de sombras, con su cuerpo agachado
parece que el anciano, de dolor angustiado
va en busca de un recodo para cavar su fosa.



El sexteto de mi vida

Sombra

I

Yo sé que en el silencio extraña voz me nombra,
voz que tiene el prestigio de remotas edades,
voz que vibró en el caos, que reventó en la sombra,
voz llena de encantos, de luz, de suavidades.

Soy un punto de aquella chispa que encendió el universo,
vibración profunda del primer despertar,
partícula perdida, átomo disperso
que empezó por el mundo a rodar y a rodar.



Recogí de ese caos las interrogaciones,
las notas dispersas de raras canciones,
la extraña armonía que en la sombra anida.
Y al regreso de esas ignotas regiones
con el raro fardo de mis ensoñaciones
voy por el mundo regando mi vida.

Aurora

II

Sonrió la mañana dorada de blanca
y se empapó mi vida de su claridad,
recogí en mis manos toda su ternura
y supo mi alma de su suavidad.

¡Qué dicha la mía al bañar mi vida
en las claridades de aquel despertar!
Llamé con ternura a mi alma dormida
y le dije que fuese, a la luz, a soñar.

Mi alma que estaba de luces ansiosa
se fue tras la aurora, inocente, curiosa
sin saber el rumbo que debía seguir;

pero la mañana que de guía hacía
le dio sus colores, le dio su alegría,
le dio sus ensueños, le enseñó a reír.



Luz

III

Vida que brotaste de un milagro divino
que supiste del beso de la inmensidad,
¿por qué ahora me brindas al correr mi camino
los sinsabores de la soledad?

Yo que vengo del cielo, que fui luz, que fui trino,
que llevo un gran tesoro de amor y de piedad,
quiero como tantos cumplir con mi destino
y saciar mis anhelos y calmar mi ansiedad.

Yo que vengo de lejos, de explorar otros cielos,
que ansío darme y esparcir mis anhelos
en antiguas romanzas de sabor pasional,

quiero solo que mi alma se encienda en las ternuras,
se queme en las hogueras, se abisme en las dulzuras,
y vibre por los mundos su nota de cristal.



Tarde

IV

No me castigéis hermanos.
¿No veis cómo mis ojos se llenan de agonía?
¿No veis cómo tiemblan, cómo sangran mis manos?
¿No veis cómo se aparta de mí toda alegría?

Vengo como vosotros de mundos muy lejanos
trayendo el tesoro de la locura mía,
locura que ha sido de todos los humanos
solamente que algunos no la dejan que ría.

Me voy quedando sola, sin trinos ni canciones
sin rumores que alegren mi alma entristecida
y el jardín donde crecían mis grandes ilusiones

se va quedando mustio, se va quedando yermo
y mi corazón que otrora bebiera en él su vida
ambula entre sus ruinas, callado, solo, enfermo.



Crepúsculo

V

Despojo de una vida que soñó en las alturas,
que presintió esperanzas y exploró los cielos,
que sorprendió en los vientos soplos de ternuras
y oyó en los silencios la voz de los anhelos.

Vida de presentimientos, vida de ansiedades,
de incertidumbres y de interrogaciones,
vida sabia en el dolor de las edades
y en la fragancia de las oraciones.

¿Qué avatar sombrío va persiguiendo mi alma,
qué maldición tremenda cayó sobre mi vida
que ya no tengo sueños, que ya no tengo calma,

que voy entre los vivos con mis labios sedientos,
con mis ojos cuajados de lágrimas, vencida,
golpeada por los hombres, batida por los vientos?



Noche

VI

Ya solo una pobre claridad me alumbrá,
ya solo un cansado ruido a mí se abraza,
es la hora inquietante, la penumbra,
el ala negra de la soledad que pasa.

La noche con sus velos suavemente me besa
y salta de sus sombras profunda sinfonía
que va haciendo más dura, más honda mi tristeza,
más amarga y tremenda mi mágica agonía.

Suena en el silencio de mi noche
la canción del dolor hecha derroche
sobre esta vida de ansiedades llena.

Se van suavizando mis dolores,
esfumándose en la senda mis clamores
y lirizándose¹ en la soledad mi pena.

¹ El verbo “lirizar” no aparece en el Diccionario de la Real Academia de la Lengua. Sin embargo, se utiliza algunas veces como sinónimo de “poetizar”. (N. de E.)



Madre

I

Madre: como un manto de luz mi alma te abraza
En la hora blanca de las recordaciones,
la hora en que tu vida se acompasa
a esta mi vida de perturbaciones.

Bajo la ternura de tus ojos, madre mía,
quiero soñar, como otra vez soñaba,
que venías hacia mí con alegría
y en tus brazos con risas me arrojaba.

Sobre tu regazo suave me dormías
y entre caricias dulces me decías
leyendas del sol y de la luna.

Después... quietamente me mirabas
y pegada a tu pecho me llevabas
a esconderme en las sedas de mi cuna.



II

Madre: tiéndeme tu mano nuevamente,
recorramos tranquilas la áurea senda
por la cual deshojaste lentamente
las rosas de amor de mi leyenda.

Tú me decías, con tu voz de seda,
que me soñaste un día en tus anhelos
y que una noche luminosa y leda
me llegué a tus brazos, de los cielos.

Fui la muñequita de tus sueños. La rosa
que se abrió una noche temblorosa
en el rosal que germinó en tu vida.

Fui también el lirio que reventó en la calma
angustiosa que envolvió tu alma
cuando esperabas del cielo mi venida.

III

Después los años llenaron mi existencia
y tus palabras de amor fueron cayendo
como pétalos de flor, que con su esencia
iban mi vida con suavidad envolviendo.

Una vez miré tus ojos. La pupila inquieta
una sombra de dolor la perturbaba
y descubrí en tu vida una angustia secreta
al ver la lágrima que por tu faz rodaba.



Yo no comprendía la tristeza profunda
que de lejos viene y nuestra vida inunda
y no sabía tampoco que los presentimientos

hallan en las madres dulce nido,
quizá porque en sus almas se han dormido
las lágrimas, los sollozos, los lamentos.

IV

Ven a mis brazos, madre amada,
a inundarme de besos como antaño,
ven y posa de nuevo tu mirada
sobre esta soledad que me hace daño.

No desoigas mi voz ni mi lamento
que toda esta inquietud solo la calma
los besos profundos de tu aliento
y los dulces resplandores de tu alma.

Deja tu corazón que alce su vuelo
y me traiga la voz de tu consuelo.
Que venga cual pájaro encendido

de trinos, de rumores, de añoranzas
a sembrar tesoros de esperanzas
sobre mi corazón entristecido.



V

Madre: es este día para mí de pena
en que al evocar las dulces horas
que besaba tu cara de azucena
siento que a lo lejos de tristeza lloras.

Yo también, madre mía, al sentir la ola
de tu amor, que es todo mi tesoro,
silenciosa, desamparada y sola,
bendigo tu recuerdo con mi lloro.

Lloro por tus manos, por tu amor ardiente,
por los besos de ternura que en mi frente
deshojaste cuando me dormías.

Lloro por tu suave voz, por tus consejos
que brillan en mi noche cual reflejos
de inolvidables y risueños días.



Cuando la lluvia cae

Esta noche la lluvia desgrana lentamente
sus notas en que tiemblan suspiros y sollozos.
Esta noche la lluvia nos dice tristemente
historias de otros días, de otros días lluviosos.

Mientras la lluvia cae y rima su sonata
de melodías blancas que le dieron los cielos,
de lo profundo de mi alma doliente se desata
la canción imprecisa de mis negros anhelos.

Suave la lluvia cae de los viejos tejados
y dice como dicen las cosas silenciosas
palabras que tienen fragancias de pasados,
voces que nos hablan de cosas misteriosas.

La noche desolada alfombra con sus galas
la tierra en la que cae la lluvia gota a gota
y mi alma que quisiera también abrir sus alas
suspira porque siente la pena que te azota.



Se diluye en la lluvia el suspiro doliente,
la oración del esfuerzo, del esfuerzo imposible,
del dolor que nos muerde y nos hace presente
lo que flota en el éter sin hacerse invisible.

Las gotas cuando caen se quejan porque añoran
los besos que les diera la luz en las alturas.
Las gotas cuando caen se rompen y enamoran
las piedras que quisieran ser blandas y no duras.

Voy oyendo cómo, en esta noche fría,
la lluvia tamizada modula un nuevo canto,
canto que semeja profunda sinfonía
de notas que se alejan en alas del quebranto.

La sinfonía tiene sutilezas de sombra,
fragancias que en las brisas podemos sorprender,
murmullos como de alguien que en la noche nos nombra
y que la misma sombra no nos deja ver.

Son notas quejumbrosas, nocturnas melodías
que vienen cual la lluvia de ignoradas regiones.
Notas en que palpitan grandes melancolías
que brotan cual quejidos de enfermos corazones.

Yo sigo con tristeza desde el balcón mirando
con qué suavidad la lluvia sobre la tierra cae
sin sentir que de mis ojos el llanto va manando
sin duda porque el agua algún mensaje trae.



CORAZÓN SANGRANTE

Ha cesado la lluvia, pero en mí no han cesado
las nostalgias profundas que en mi alma removi6.
Ha cesado la lluvia, pero se han marchitado
los rosales dolientes que la lluvia bes6.



Ala

Loco deseo de alzarse, florecer,
de ser perfume que se lo lleve el viento,
de ser tarde, ser noche, amanecer
y amplios, como el amplio firmamento.

Ser ansia loca que torture la vida,
anhelo incesante que encienda una ilusión,
esperanza que mantenga estremecida
la angustia que devora el corazón.

Ala que suba, que el infinito hienda
que azote el viento y que en el cielo vibre,
que una estrella en cada golpe encienda,

que escale en cada esfuerzo nueva cumbre,
que se sienta fuerte, que se sienta libre,
que se haga llama y que el espacio alumbre.



El libro amarillento

Abandonado y sucio, comido de polillas,
en una esquina sucia un libro reposaba.
Curiosa empecé a leer sus hojas amarillas
y en ellas una historia de amor se revelaba.

Era una historia triste, una historia de esas
que nos angustia el alma, y nos hace evocar
el rosario de todas las penas y tristezas
que el mundo nos ofrece al solo despertar.

En sus páginas las huellas de lágrimas quedaron
como testigos mudos del dolor que evocaron
cuando otros lo leyeron temblantes de emoción,

y yo sentí que mi alma de sombras se bañaba
porque la historia aquella también me recordaba
la ilusión que mantiene sangrante el corazón.



Alba y Sylvia

Muñequitas de cristal
que suavizan mi dolencia
con su risa de inocencia
de frescor primaveral.
Yo fui el doliente rosal
que en las noches silenciosas
se cubrió de bellas rosas
que alegraron mi existencia
y me dieron con su esencia
ilusiones milagrosas.

Muñequitas de aserrín
que cantan, ríen y lloran,
muñequitas que coloran
con sus voces de violín
mi dolor que tuvo fin
cuando calladas vinieron
y con sus manos me dieron



CORAZÓN SANGRANTE

ternuras con que soñaba,
cuando sola me encontraba
en días que ya murieron.

Sus suaves rizos, tesoro
de mi vida entristecida,
mantienen mi alma encendida
con sus reflejos de oro.
Tuvo fin mi eterno lloro,
se alumbró mi noche oscura
con la divina hermosura
de sus cabellos rizados
que mantienen luminosos
los templos de mi ternura.

Sus manos, cual azucenas
que envidian hasta los lirios,
se elevan cual blancos cirios
frente a mi vida de penas.
Van cediendo las cadenas
que atan mis ilusiones,
van brotando las canciones
de los recuerdos lejanos
cuando se juntan sus manos
al decir sus oraciones.

Sus ojos, en que dormidas
se quedaron las estrellas,
han calmado mis querellas,
han curado mis heridas.



Vuelven las dichas idas
a posarse en mi jardín,
hay acordes de violín
en mis templos de amargura
han hecho mi dicha pura
las muñecas de aserrín.





Óleo de Jorge González Camarena (México).

Iniciales
(1931)



Dedicatoria

*A mis muñecas, porque son
ellas las que me han dado
las más dulces alegrías.*

C.S.



Mi poema al mar

¡Bésame!...
¡Bésame toda!...
con ideal...
con poesía...
con ardor tropical...
con alma bravía...
con delicia inmortal...

¡Bésame!
¡Bésame toda!
que mi cuerpo es una perla
en tu fondo de zafir,
para ti ha de surgir
envuelto entre tus ondas
bajo cuyas caricias
lo escucharás gemir.



INICIALES

Seré música,
seré arrullo,
llámame mía
y oirás la armonía
del alma mía
en un himno triunfal...

¡Bésame!
¡Bésame toda!
que en una tarde como esta
quiero ser por ti adorada,
quiero suavizar la cresta
que con indomable orgullo
tienes coronada.

Amado:
eres inasible y hermoso,
vives al arrullo de tu grandeza,
con tu porte generoso
y al influjo de tu belleza.

Me llenas de honda emoción
que me arrulla con las llamas
de incontenible pasión...
Vibrante...
delirante...
quiero que me brindes la ternura
de tu voz que es un arrullo,
de tus caricias
que son rumor que gime.



Acaríciame sublime.
¡Bésame!
¡Bésame toda!

Ruge...
ruge en mí...
palidece de amor...
ruge y ama
y con tu gesto majestuoso
desdobra el prestigio blanco
de encendida mariposa.

¡Bésame!
¡Bésame toda!
Aunque hieras mi corazón
con tu empuje señorial,
aunque mi espíritu quede abatido
por infinita tristeza.

Canta...
canta en mí...
Improvisa una canción,
¡embeleso divino!
Agoniza en mi pasión
que soy ilusión,
que soy corazón.

¡Bésame!
¡Bésame toda!
con besos misteriosos,
con besos de susurro de pinares,



INICIALES

con besos que improvisen las canciones,
con perfume de azahares,
con besos que me llenen de ilusiones.

¡Bésame!
¡Bésame toda!
que me hechizas,
que me encantas,
que tus besos son tan dulces,
tan sonoros, que me cantas
con voces inmortales
que duermen los pesares.

¡Bésame!
¡Bésame toda!
Con ideal...
con poesía...
con tu alma bravía...
con delicia inmortal...
con ardor tropical...



Y seré tuya, muy tuya.



Interrogando

En el desierto en que el silencio anida
y sobre el que la luz del sol su risa vierte
se perfila la Esfinge enmohecida,
pensativa, interrogante, inerte.

Llegó la humanidad estremecida
a interrogar la estatua dura y fuerte
sobre el hondo misterio de la vida
y el enigma profano de la muerte.

Pero la esfinge imperturbable y muda
sorda ante el dolor y ante el anhelo
del hombre atormentado por la duda

sigue encubriendo con espeso velo
el misterio que en su interior se escuda
interrogando silenciosa al cielo.



En pos de tus huellas

Señor, Tú que dijiste: “Perdona a tu hermano”,
Señor, Tú que dijiste: “Mi reino es de los cielos”
pon sobre mi cabeza tus impecables manos
y ofréceme en tus ojos la luz de tus consuelos.

El reino de los tristes se ha hundido en la penumbra
solo ha quedado el reino del orgulloso y vano.
Señor, yo voy buscando lo que en tu vida alumbra
me arrastro por el suelo como un débil gusano.

No importa que los fuertes, se alcen amenazantes
ni que los nuevos judas se burlen de tu suerte:
están sobre este mundo los poetas trashumantes

que van como los Magos corriendo tras la estrella
que lleva a los humanos al reino de la muerte,
al reino que es la vida eterna de Tu huella.



Explicaciones

Animal sidéreo,
bello amado mío,
hunde tus esplines
entre mis jazmines.
Escúchame, escúchame,
como otras yo no ansío
ser hombre ni un momento.
El mundo es Los Mil y Un Misterios
etéreos,
sutiles,
divinos,
que requieren ojos femeninos.
Yo soy Scherezada
que lo sabe todo,
tú el rey tremendo
que no sabe nada.
Mi espíritu es llave
que abre todas las puertas,



INICIALES

que abre todas las cajas
milagrosas que guardan
el perfume de las estrellas
y las gemas de los soles,
todas las cosas bellas.
Abre el corazón,
abre el alma
y ese estuche de topacios:
la canción,
que lanza hálitos de nardos
a todos los espacios
en lumínica vibración.



Mi sabiduría
es la fragancia
de la rosa de mi ignorancia.
Mi ciencia
es la ciencia del lirio:
vivir,
perfumar,
lucir,
amar
las piedras,
las aves,
el cielo azul,
nido magnífico
de las pálidas constelaciones miríficas.



El arte mío
tiene sus raíces
en la undívaga inquietud
de mi débil ser
y florece versos
con el rojo de los besos,
pompas cristalinas,
fuentes de la vida.



Todo lo tuyo se muere
porque tus elencos
y ordenamientos
no siguen el curso sidéreo
del Gran Plan Divino.
Tu sabiduría
es melancolía,
tu ciencia un completo
esqueleto,
tu arte es un lago
que copia el temblor de la estrella,
el nevado lirio,
el hada,
pero no es la estrella,
pero no es el lirio,
pero no es el hada.



Bello amado mío.
Soy Scherezada,
hunde tus esplines
entre mis jazmines.
Acércate, acércate,
recuerda que eres
animal sidéreo.
Yo quiero explicarte esta noche
Los Mil y Un Misterios,
yo quiero mostrarte
el tesoro fúlgido
que existe en el Beso,
del cual tú conoces solamente un décimo
y yo los diez décimos.
Yo quiero decirte
de qué sol del cielo
es el fuego que arde
en mi aliento fébrido,
cómo vivir siglos
en la cárcel de oro
de un leve segundo.

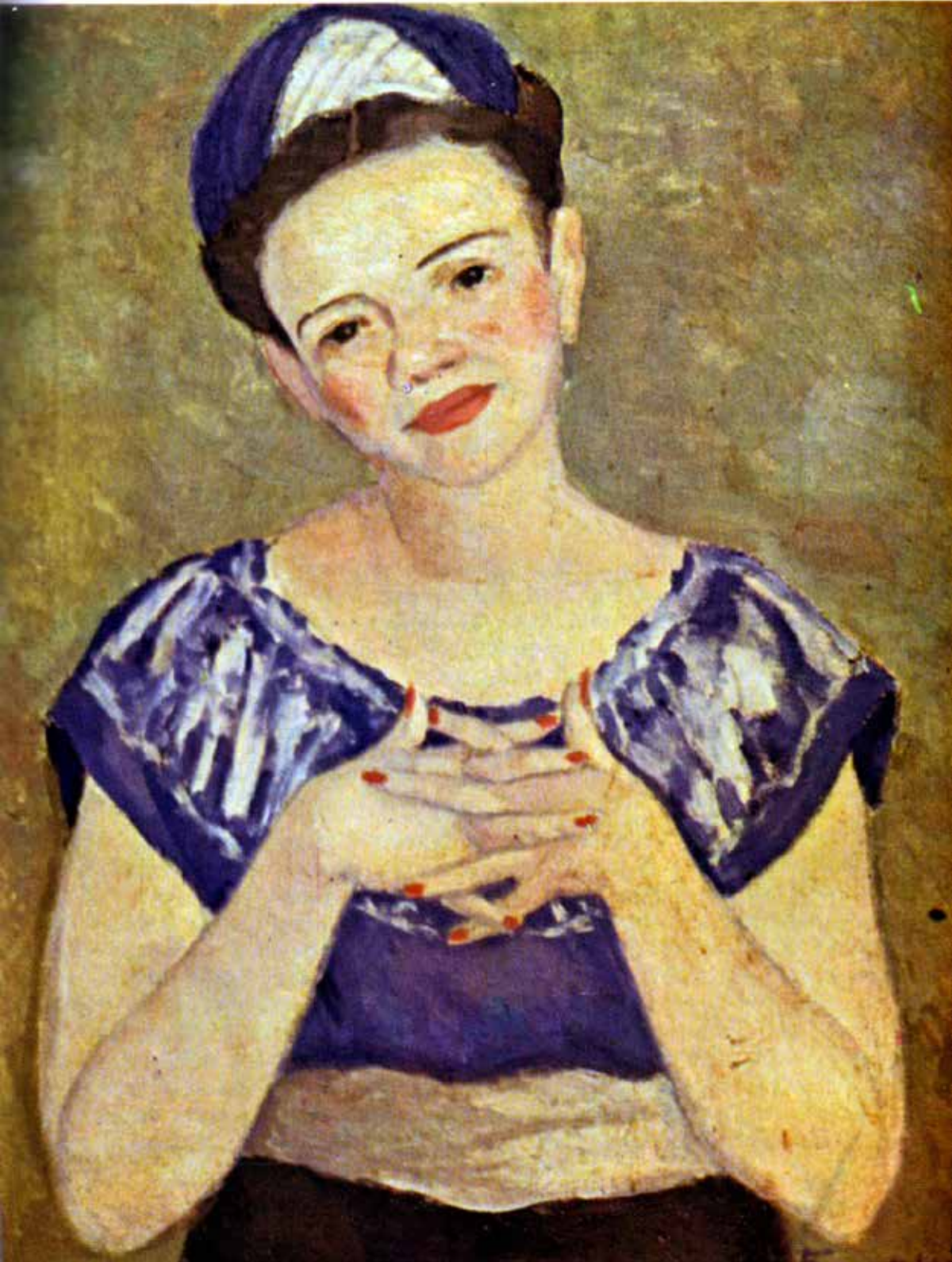
Sabio de lo inútil
entierra tus ansias
en mis suavidades.
Pégate a mi cuerpo,
sé leño aromado
aumentando el fuego,
llama de topacios,
de mi ser de lirios.



Yo tengo el sentido
del Todo en mi alma.
Soy el grito lírico
que entusiasma el Mundo.
Soy Scherezada
que lo sabe todo,
tú el rey tremendo
que no sabe nada.
Animal sidéreo,
bello amado mío,
hunde tus esplines
entre mis jazmines.²

² Se omite el poema “Cuando la lluvia cae”, publicado anteriormente en *Corazón sangrante*. Véase páginas 67-69. (N. de E.)





Óleo de Fernando Leal (México).

De mis sábados el último
(1931)



De mis sábados el último

Mi casa siempre se decoraba para aquel día como para un día de fiesta. Arreglaba el mantelito de encajes regado de violetas, para su desayuno, y de todos lados sacudía el polvo para que entrase mejor la luz, y las flores caían de todas partes a su paso.

Un lecho blanco, blanco y perfumado como un diván oriental sobre el que se reflejaba la divina policromía de los cielos. Sobre la mullida alfombra, donde habrían de pasar sus pies, un sendero de pétalos... Pero este sábado, en ese lecho no se encontraría una pareja de amantes enlazados. Con manos transparentes la tragedia se cernía sobre mi cabeza.

Yo esperaba... era sábado, y todos los sábados desde hacía mucho tiempo, él venía sin faltar, a este mismo cuarto donde yo le esperaba.

Él era para mí el hombre único, adorado, venerado, idolatrado, hermano, amigo... Dios, todo, todo junto. Hacia él consciente e inconscientemente iba dirigiendo cada uno de mis actos, cada uno de mis pensamientos, cada uno de mis sueños. Para él había



sacrificado todo, dado todo, prodigado todo, con alegría, con embriaguez, con locura...

Él venía todos los sábados y ¿por qué este no llegaría? No, debía llegar dentro de un momento, debía esperarle; para él era el cuarto adornado y la flor deshojada...

Ya llegaría a mis brazos. Dieron las diez en el reloj, y yo alborozada me dije: “Ya no debe tardar”.

Amaneció el nuevo día, huraña y triste fui haciendo una a una las faenas de la casa y esperaba, esperaba... Una mañana llegó el reo prófugo de mis amores... En el dintel de sus brazos me detuve sorprendida y angustiada. Me contempló con amargura y melancolía... Estábamos solos y, según el lindo rito de nuestras ternuras, yo le contemplaba ávidamente, me lo bebía con mis pupilas dilatadas como si quisiera tener su imagen querida fotografiada, grabada, burilada en el fondo de mi alma. La habitación antes mortuoria se llenaba de gracia, de perfume, y hasta de alegría... Pero su voz cada vez menos clara casi semejava un jadeo... “Es preciso, sí, es preciso para que yo pueda estar tranquilo. Pero no quiero que tú sufras”...

Y después, y después... ¿Quién lo sabe? Solamente Dios. Dejé escapar un grito y oculté la cara entre mis manos. No era dolor solamente lo que sentía; era miedo, era espanto, era locura. “Si no es nada.” ¡Y era todo! Ese dolor solamente podía ser diluido con la muerte. Sí, y en ese lecho en que cálida y ágil y amorosa había estado tantas veces, habría de estar helada y rígida, siniestra.

Y cogí la llave de mi pecho y la abrí: era una capilla, un santuario de seda tapizado de terciopelo y alfombrado por mi alma, y mis plegarias subían hasta el altar en donde estaba la imagen del Dios vivo, que acababa de entrar en este santuario para desgarrarlo... Y de un solo golpe me di cuenta, por vez primera, de que mi amor intenso no había sido comprendido nunca... No



comprender, no sentir, no ver... Le había amado más como los devotos aman a Dios y él no me había amado nunca. A la pasión maravillosa de que le había rodeado, correspondía con un afecto banal, apenas coloreado de un matiz de ternura. Nunca me había devuelto ardor por ardor, delirio por delirio, locura por locura.

Un raptó de desesperación me arrojó de rodillas ante el lecho, y plegué mis labios secos de dolor. Iba a hablar, a vaciarlo todo, a decirlo todo, a gritarle mi angustia... Pero en ese instante el reloj de la pared marcó las doce y fue él quien habló: "Me voy, ya es la hora. Tienes que volver a tu casa, ¡vete!" y se fue... Sin saber cómo le había querido, cómo le amaba... y se fue y me dejó sola, antes de que le hubiera arrojado el resto de mi vida a sus plantas para que la aplastase.

Un mes más tarde, con la voz serenada por un milagro de energía, suavemente le decía: "Irte, debes irte, sí, no deben esperararte, es preciso que no se inquieten, ni se extrañen, porque hoy la vida debe empezar para ti tranquila y serena, sin que nada subsista de lo que fue nuestro amor. No quiero oprimirte, para que tu traje no lleve la más leve sospecha... No digas que no, porque yo lo quiero...". Y se fue.

Desde entonces ha regresado muchas veces, pero ya nunca lo espero, pues de mis sábados aquel fue el último.



La venganza

Y la valiente rubia, la rusa aquella, parecía decirnos con su cara sonriente y con su gesto tranquilo: “Ese era mi derecho, necesitaba hacerlo, debí hacerlo y lo hice, con mano firme y segura”.

Yo le amaba, y el cobarde solo supo engañarme, solo supo pisotear mis anhelos y burlar mis ilusiones, solo supo arrebatarme la honra para dejarme convertida en un miserable pingajo humano. Y cuando desesperada, loca, llorando, le decía que no me abandonase, que me cumpliera sus promesas, que le quería, que le quería mucho, que me diera un pequeño refugio en su corazón, él, con gesto satánico y con burla cruel solamente se reía...

Entonces, indignada, soberbia, majestuosa y vengativa, yo pensé en mi deshonra, y en que ya nada me importaba la vida, ni tampoco me importaba la muerte. Me sentí burlada, engañada y, cerrando los ojos y apretándome el alma, vacié en su rostro, en aquel rostro amado, el líquido que habría de dejarlo convertido en una máscara, en una máscara, castigo de su infamia y venganza de mi honor.



El diamante

En la que pudiera llamarse la “Quinta Avenida” de mi tierra, un amigo que me acompañaba me dijo:

Ese hombre que veis allí posee el diamante más grande y más valioso del mundo. Le ofrecen por él millones, pero él sabe despreciarlos en la esperanza de un más allá, más ventajoso para vender su joya.

Y corría la noticia del diamante fabuloso y al par corría también el nombre de su dueño, de boca en boca. El ser poseedor de tal tesoro le sacaba de la oscuridad en que hasta entonces había vivido, le daba mérito, le adocenaba cumplidos y para los ojos de todos tenía el brillo indiscutible de la aristocracia del dólar. Su diamante le formaba una torre de marfil, y lo dejaba en alto...

Acariciando orgulloso entre sus avaras manos la valiosa joya, surgió de improviso en él la idea de mandarlo tallar, y presuroso se encaminó al taller, pues tarde se le hacía para ver a su diamante perfecto.

Fue examinado el diamante y así le dijeron a quien orgulloso lo llevara:



“Señor, vuestro diamante tiene en el fondo una gran cantidad de carbón. Nos es imposible tallarlo sin partirlo y apenas podemos pulirle las partes buenas.”

El dueño aceptó. Pero cuál no sería su asombro cuando, de la joya aquella, la más grande y más valiosa del mundo, apenas salieron diamantes tan pequeños que con su valor escasamente pagaba al tallador.

¡Ah! ¡Cuántos en la vida se dan el valor de un diamante sin saber que en su fondo están llenos de mísero carbón!



Amores tardíos

En un suspiro de la noche estalló su amor crepuscular iluminando mi oscuro cielo con la luz estelar de divino oro nocturno. Triste como un estanque en un verano rudo, mi alma agonizaba...

Y su alma se llenó de una angustia compasiva, como si presenciase el naufragio de una estrella, y su amor revistió el raro aspecto de la melancolía como la luz de un lucero que se desmaya en el verde-azul de un remanso en donde la noche llora con llantos de flautas...

Y allí, divinamente, el amor brotó...

Y allí, divinamente, el amor vivió...

Y bajo el cielo triste donde yo agonizaba, allí, muy dulcemente el amor cantó...



Un triste amor sin esperanza, que vive en un gran misterio de dolor, es el rayo del sol poniente sobre la selva abatida, es el canto de la golondrina que partirá mañana, es la belleza suave y triste



de un viejo maestro apasionado de una gema —que es una lágrima... Es su alma que como una penumbra dulce, solloza por una codorniz extraviada en la montaña de la vida...



Y mi alma enamorada al final de la tormenta... ¿A quién no conmueve? Y el minuto de amor sacrificado por la dicha de otros, como una tarde lánguida aplastada por la noche, ¿a quién no deja triste? ¿Quién no acusa a la suerte implacable frente a un corazón que se transforma en plumas para que forme otros albergues de dicha!



Yo soy la agonía de una rosa, que majestuosamente se cultivó para engalanar las almas en un minuto de festival, mi alma de corolas y de perfumes trajo el destino de estas y de aquellos.

Marchitarse...

Evaporarse...

Y vivir el poema crepuscular de los amores tardíos.



Dime, espejo

Dime, espejo, ¿cómo me queda este vestido de fiesta? Mira que quiero entrar en sus ojos como un rayito de sol... Mira que estoy en la ventana esperándole y dentro de un minuto mi cara ha de estar frente a su cara. Dime si me quedan bien estos rizos que caen sobre mis hombros, y estas ojeras amoratadas y mis labios carmesíes... Dime, espejo, si estoy tan hermosa como para esperarle a él.



Días rojos

Hay días en que hasta el verde de las praderas forma un lienzo rojo. Yo quisiera en estos días cubrirme con este lienzo, que debe ser de pétalos muy rojos o de labios que sangran...

Hay días en que hasta la línea sinuosa de las cordilleras, en su lejanía muy roja, parece que se abraza parece que se besa con las nubes...

Hay días en que hasta el viento es rojo, como tibia y roja está la hierba...

Yo quisiera en esos días que el viento me envolviera en su caricia y que la hierba me prestara su caliente lecho para entregarme...

Hay días en que las aguas se ven como témpanos rojos, por la sombra, o por el estremecimiento de abrazos no lejanos... ¿Serán las aguas en que las sílfides se bañan?

Yo quisiera también ahí bañarme, para que mis senos quedaran purpurinos, para que mis brazos se extendieran como dos lirios rojos para abrazarle.

Hay días en que la multicoloración de los paisajes, dilatándose en espasmos hasta la opacidad del ensueño, es de rojo, es de rojo muy vivo...



Hay días en que la luz sobre el abrupto declive de los montes es una llama roja que fulmina, que nos quema, que destruye nuestras vísceras.

Hay días en que el fuego de esta llama en su lenta filtración por los ramajes, nos posee poco a poco con espasmos de locura.

En estos días en que todo es rojo, como los potros cuando van a la querencia, voy a los brazos de mi Amado... y tirándole de las riendas a la fantasía roja de la ilusión florida, quisiera consumirlo.



Tu silencio

Ya no me hables de amor, que no te he de comprender...
Ya dejaste tus ojos en mis ojos... y no te he de comprender...

Ya no quiero oír el eco intruso de tus palabras... Que amor sea tu mirada ardiente y mi confianza inefable.

Ya mi amor no necesita otra canción que la de mi amor mismo... Es el extracto de todos los perfumes... pero sin que se evapore nunca.

Ya no me hables de amor que no te he de comprender... que amor sea tu boca junto a mi boca y que sea la certidumbre de que nuestro amor existe... Y que sea tu mirada ardiente y mi confianza inefable...



Recordar

Recordar.

Recordar, ¡para qué! ¡Para extasiarse ante olvidadas penas o abismarse ante cenizas de dispersas ilusiones!

Las evocaciones han tenido para mí esa doble manifestación. Son a manera de penumbras, en las que la luz apenas se manifiesta tímidamente entre el agolpamiento de sombras o como en grandes silencios heridos por la melancolía de una nota en agonía.

Pero a pesar de todo, hay cierta fruición espiritual, cierto deleite mental, al recorrer indiferentemente esos caminos de sombras, por sobre los cuales pasó, más de alguna vez, la alondra de nuestro corazón, embriagada de trinos como pájaro sin alas a saltos dolorosos, llorando.

Se evocan las noches, derrochando su inmensa ternura sobre el mundo, y hay como un loco deseo de agacharse y de ir recogiendo de rodillas, con nuestras manos sangrantes, puñados de dulzura, para acercárnoslos al corazón, o se desea descifrar los silencios, penetrar en ellos, disolverse en ellos, para librarnos así



de ese ruido ensordecedor que perturba la quietud de las fuentes y la serenidad religiosa de las montañas.

¡Qué temblor de angustia, qué enfermo deseo de abrazarse a la noche para olvidar, para enseñarle a nuestro corazón a conocer los rumores de simpatía, los besos de humildad que con tanta exquisitez nos regalan las sombras! Es en esta inmensa y casi perturbadora calma donde se disfruta voluptuosamente de paz, de olvido, y hasta nace el deseo de vivir tendidos bajo las sombras, interrogando al infinito.



Alondras fugitivas

Me quedé perpleja, vacilante, como frente a un gran abismo, cuando empecé a trazar sobre esta cuartilla pálida estas líneas, que van brotando de mi alma semi oscurecida y temblorosa, como imperceptibles quejidos o como suspiros de dolor que inconscientemente brotan de mi vida, que el reflejo de una aurora o la agonía de un crepúsculo melancolizó en temprana edad.

¿Qué pudiera decir, que ya no haya sido dicho bajo todos los cielos y en todos los idiomas?

¿Qué nueva manifestación espiritual pudiera yo aportar a las múltiples que estremecen al mundo?

¿Una nueva canción de tristeza o una sinfonía hecha de luz agonizante, capaz de ser comprendida solamente por aquellos que dejaron que sus almas se empaparan en las ternuras del silencio?

Quizá algo de eso y mucho de aquello que ha podido revelarse a mi vida al través de las inquietantes interrogaciones.

Quiero, como el cisne en su agonía o como el lirio herido por los agujijones de oro de los rayos del sol, dejar que las notas de mi vida se escapen, vuelen, se embriaguen en el claro día, que vayan



no como mensajeras de tristeza, sino como exponentes verdaderas de la verdadera vida.

Quiero ir depositando poco a poco los rumores que recogí en el camino, arrojar al viento las flores que se secaron en mis manos temblorosas, las emociones que como tímidas palomas se refugiaron en mi corazón cuando contemplé los bellos desvanecimientos de las tardes o sorprendí atisbando por sobre las cimas de esmeralda de las montañas pensativas, la sonrisa de las auroras.

Me hundiré en mí misma en la noche de mi pasado e iré despertando con los clamores de mi alma las horas tristes, los minutos alegres, las risas, las lágrimas que fui dejando caer a lo largo de mi camino.

En esta peregrinación retrospectiva volverán mis pobres ojos a llenarse de lágrimas, se abrirán mis labios para dar paso a los lamentos, sangrarán mis pies y se agitarán otra vez mis pálidas manos en el vacío, pero también encontraré olvidados en los recodos, el fulgor de una risa, un signo de simpatía o un lirio marchito que me recordarán tiempos de cuando mi alma era mariposa retozona por los jardines silvestres, hilo de agua pura calmando la sed de los árboles o suavizando la dureza de las piedras, pajarito embriagado de serenidad, enamorando la noche con sus trinos. Esos rincones serán como regazos de descanso, almohadas suaves donde se hartará mi cuerpo de reposo y se reclinará mi cabeza soñolienta.



Serpiente

Y apretándome las manos me dijo: Eres una serpiente, tienes una mirada que como flecha furiosa se clava muy hondo, tus ojos son magnetizadores, encienden y fascinan...

Y al influjo de su voz una fuerza ancestral, un deseo vehemente, me hicieron sentirme como tal, y agilísima, maravillosa y divina, sutilmente, me arrastré hasta él... y clavé mis dientes y derramé en su carne desgarrada, mi pomo de terror... Pero en aquel corazón empedernido no había veneno que hiciera efecto, él tenía un tóxico mucho más poderoso, en su corazón, como en un vaso de agua, estaba encerrada toda la maldad del mundo, y tenía la fuerza de todos los venenos.



Una carta

Una carta en la que con mano firme y segura y con letra pequeña está mi nombre y esta recomendación: “Ábrase en alta mar”. Y cómo es posible que este paquetito haya podido mantener mi atención constante por tanto tiempo, si no podría tener una idea de las veces que sus letras se han agrandado frente a mis ojos curiosos de querer sondear lo oscuro. Es una carta, pero bueno, ¡y qué dirá esa carta! Yo quisiera leerla, pero leerla sin romper la promesa de no abrirla, sino hasta el tercero o cuarto día de mar... Quiere decir que en cuanto más lejos esté, mayor será el atractivo que ella pueda tener.

Y por eso me conformo con traerla apretadita, apretadita fuertemente cerca del corazón, como si él, sabio, pudiera leer lo que no pueden leer mis ojos, y, en su blancura, yo veo la zarabanda de tantos pensamientos, presiento el arrullo de tantas palabras dulces, que llego hasta creer que ya no necesitaría leerla para saber su contenido.

Pero luego pienso: ¡Y si se perdiera! Y siento horror de poder quedarme sin ella, y la aprieto más y más hasta estrujarla, casi la



adhiero a mi ser, como si me fuese necesarísimo sentirme cerca, muy cerca de ella, para tenerla segura.

Cómo en este sobre tan blanco siento la fragancia de su cariño en palabras armoniosas, el arrullo de su ternura que me duerme con manos magistrales. Ojalá que su contenido no burle a las ilusiones y esperanzas que ella pudo en mi corazón sembrar, ya que la realidad casi siempre nos burla, casi siempre es una pequeñez que nuestros deseos agrandan con sangre de anhelos. Pensando en esto quisiera mejor no abrirla nunca, pero sus letras se agrandan con tal grandor, que me es imposible tenerla por más tiempo cerrada... Y con mano firme desgarró el sobre, y la carta que yo creí tan larga, que presentí tan enorme, es apenas un diminuto papelito, es apenas un adiós, pero un adiós tan majestuoso que con letras de fuego, grabado en mi alma lo tengo...

Y en la carta algo más, algo que me dejó perpleja por mucho rato y un grito de protesta arrancó a mis labios. ¿A qué hacer esto, cuando no había necesidad de ello, si traigo un fuerte báculo en las manos: mis anhelos?

Pero reflexionando luego me dije: Su cariño bondadoso piensa acaso que con ello me pone al abrigo del hambre y la miseria, del desamparo y el olvido, y no será con mano torpe que he de recibir esta dádiva, y desde entonces me hice el propósito de saber merecerla y será por ella que haré lo que quizá nunca hubiera podido hacer...



Él era bello

Él era bello, estupendamente bello, él era bello de la cabeza al pie... pero lo que yo no acierto a explicarme nunca es por qué él siendo tan maravillosamente bello se ocupaba en la vulgar tarea de vender... En vender, que se me antoja a mí creer que es de los oficios el peor elegido.

Yo le amaba, pero cómo hubiera podido aconsejarle que no hiciera tal cosa, si a mis palabras él se reía, se reía como se ríe cuando se oye disparatar a un niño. Su profesión a mí no me satisfacía, pero tampoco la mía a él le gustaba, y así entre los dos un abismo se abría... Y no es que a mí un comerciante no me parezca respetable, yo vendería, vendería marfil, cinamomo y miel, vendería piedras preciosas... pero no sería nunca solamente un comerciante, y es que para mí un mostrador es la cosa más abominable. Yo quiero vivir a la orilla del mar, o en algún paraje esquivo o de alguna roca al pie para soñar..., ya que él por soñadora me cambió, y yo, por comerciante le olvidé.



El monstruo de Omoa

Las aguas rumorosas de la bahía de Puerto Cortés, me llevaron un día en una barca de ensueño con un amigo predilecto al viejo puerto de Omoa. Era una mañana clara en que el sol parecía una inmensa bola de fuego, que extendía sus cortinas de luz sobre el mar, la brisa nos brindaba sus besos de frescura. Iba vestida de blanco, con la blancura de una gaviota o con la blancura de las almas buenas. En nuestra barca de ensueño, en nuestra barca de amor, en aquella mañana de oro, era lirio que floreciera en la playa, garza que volara en la bahía, o nardo que perfumara su solapa...

Las nubes prendieron el velo de novia en mi frente, y la montaña verde su sonrisa en mi boca, una sonrisa tan verde, tan fresca, tan sana, y tan amable, como la sonrisa de las muchachas de veinte años... En aquella mañana transparente —cristal de luz— era la novia de los mares... Mañanas montañosas que hasta muy dentro de nuestro corazón entran con su buen ambiente, dejándonos por un momento buenos y felices...

En aquella mañana azul y blanca, menudísima, finísima, como velo de hada, puse en mis labios toda la música de los vocablos



dulces, como un pequeño surtidor plañía una queja... Mientras el sol jugaba con las aguas verdes y la locura de sus rayos besaba la estela blanca que tras de sí dejaba nuestra barca.

Arribamos al viejo muelle rodeado de lanchas y pescadores, y, entre charlas y risas, llegamos al castillo famoso.

Desde que aquella enorme mole de piedra se contempla de lejos, una impresión de horror se agarra fuertemente al corazón. Frío, grietoso, imponente, con cierta majestad de monstruo dormido, con cierto aspecto pavoroso que salta de su alrededor.

Nada da en este castillo la impresión que pudiera arrastrarnos hacia las épocas de leyenda, en que figuran el valor, la caballerosidad, la hidalguía. Es más bien una impresión desoladora, una impresión inquietante, que nos hace a veces hasta imaginarnos que al través de las claraboyas, de los torreones derruidos, atisba trágica la muerte. Parece que se elevara de aquel enorme amontonamiento de piedras parduzcas y mohosas un profundo grito de dolor. Es un monstruo legendario que cayó boca arriba, con las mandíbulas abiertas e insaciables.

Penetramos ya con aquella impresión de horror a su interior y, qué pequeñita y qué diminuta me sentí, cuando los enormes paredones me envolvieron.

El horror que había sentido desde que lo contemplé exteriormente se aumentó al contemplar aquellas prisiones en donde en otros tiempos se arrojaba a los hombres para que en ellas murieran lentamente. Estas no son prisiones; son cuevas lóbregas, cuevas todavía más negras que las cuevas de las fieras. Estos no son lugares de castigo; estas son cámaras mortuorias. Aquí es donde se siente la pequeñez de la vida. Aquí es donde se palpa la fiera de los hombres.

No se necesita imaginarse las torturas de los prisioneros cuando se contemplan aquellas lúgubres bóvedas, cuando se miran



aquellas argollas de hierro incrustadas en los paredones húmedos, y cuando se observan aquellas camas de piedra. Esos martirios se sienten, y aún parece oírse el grito de agonía de los prisioneros perdiéndose entre la frialdad e indiferencia de los muros.

Qué pensamientos más desesperantes los que evoca este castillo. Todo en él es dolor, tristeza, desesperación, tortura, angustia. La gama del sufrimiento coronada por una nota negra: la muerte.

Vamos nuevamente sobre el mar que semeja por su ondulación una gran serpiente... el mar es trágico, pensaba a solas, pero sus tragedias son inconscientes. Y vi a lo lejos cómo la cólera del mar se deshacía en los peñascos, convertida en blancos copos de espuma, y desde entonces he venido sintiendo que mi cariño por el mar se agranda...

La tarde agonizaba cuando agarrada fuertemente de su mano, salté a la orilla, habíamos llegado al lugar de nuestra partida. Pero muy hondo, tengo el recuerdo de aquella tarde en que vestida de blanco, en nuestra barca de ensueño, en nuestra barca de amor, yo era lirio que floreciera en la playa, garza que volara en la bahía o nardo que perfumara su solapa...



Píntame pintor

Píntame pintor. Píntame con el rostro que adiviné, con cabellos de resina y con mejilla ensangrentada. Píntame con cuerpo de mujer asoleada y con aliento de retama.

Pinta mis ojos con el agua de todas tus charcas, con la profundidad de tus mares y con la negrura de todas tus noches...

Y píntame sobre todo esta mirada que del corazón me sube llena de ternura... Me dices que soy fea, que soy fea para ti. No lo creo, no lo puedo creer, pues cuando tus ojos están en mis ojos, yo me siento hermosa de la cabeza a los pies. Y menuda y breve —figurita de miel— pienso que si me tocaras me desharía como gota de rocío que se evapora cuando calienta el sol.



Boca

Boca, boca de mi Amado, boca que eres un lago de miel... ¡Qué extraño modo de besarme tienes! Si parece que quisieras besarme cada día más adentro, ¡besarme hasta el pensamiento!...

Boca, boca de mi Amado, boca deliciosa para besar, para morder, para sangrar, para emborracharse de amor... Bésame, boca perversa, boca endiablada, que cuando tú me besas quisiera que cada molécula mía se convirtiera en boca para gritarte loca y perdidamente: ¡Bésame!





Óleo de Electa (México).

Los templos de fuego
(1931)



Mis templos

En mis templos de fuego
se apagaron las luces,
se apagaron las luces,
ya nunca podré ver...

La tela de mis rezos
ha quedado inconclusa,
ha quedado inconclusa,
la tela de mis rezos.

En mis templos de fuego
se quemaron los dioses,
se quemaron los dioses,
ya no puedo creer.



LOS TEMPLOS DE FUEGO

El altar de mi fe
se cayó desplomado,
se cayó desplomado,
el altar de mi fe.

¡Ah! Los que derrumbaron
mis templos, mis altares,
¿por qué no derrumbaron
los del alma también?



¿Dónde?

*¿Dónde está el camino
que lleva hacia la luz?*

Job

¿A dónde? ¿Por qué el alma se estremece
ante la oscuridad y ante la muerte
y se espanta cuando no florece
y tiembla cuando se halla inerte?

¿Es el hondo misterio, el infinito
que se alarga ante nosotros misterioso,
que se eleva hacia el cielo como el grito
que salta del desierto, tembloroso?



LOS TEMPLOS DE FUEGO

¿Es la busca del agua, del pan,
del vino de la vida que se va escaseando,
de los días que ya no volverán,

del miedo eterno hacia lo eterno,
y de vivir sin que sepamos cuándo
volaremos al cielo o al infierno?



Príncipe triste

Más que tu hermosura, adoro tu talento,
la firme comprensión con que logras tu intento,
la sagrada armonía de tu alegría
pringada de melancolía...

Más que tu boca, adoro la suave melodía
de tu palabrería, que son oropeles
que nos dan la experiencia
de un mundo de ciencia
espontánea, sencilla, suave,
dejando la clave
de una alegría
pringada de melancolía...

Más que tus ojos, adoro tu mirar
dulce y risueño
que me da el ensueño,
de un príncipe triste
callado y enfermo



que en vano corriera
tras un loco sueño,
y que en su alegría esconde
al mundo indiscreto
el secreto
de su alma pringada
de la melodía
de una tierna y dulce
melancolía.

Más que tu rostro, adoro tu figura
varonil y segura
que a cualquiera augura
seguridad;
pues en ti todo es claridad,
clarísimo diamante,
lleno de serenidad
y de la diáfana y clara
melodía
de una suave melancolía...

Más que tu figura, adoro la fría
y cruel indiferencia
con que desprecias
y burlas
a la austera sociedad
que te llena de fórmulas,
de ritos y pasos
que no valen nada
pero que en cambio dejan el alma pringada



de la dulce caricia
de una grave melancolía...

Más que todo,
en ti lo que yo adoro es el contraste
de que en ti todo augura alegría
de que en ti todo ríe,
de que en ti todo canta
y de que solo yo sé
de que en ti lo que encanta
es tu alma sensible
que canta,
la melodía
de una alegría
pringada de melancolía...



A Dios

Y sin brazos y sin manos y sin ojos
yo sé que te podría ver...
y sin brazos y sin manos y sin ojos.



La vieja canción

Oigo una canción bajo los rojos
destellos de una tarde que agoniza;
se humedecen de lágrimas mis ojos,
y mi alma en el silencio se liriza.³

Es la vieja canción que los abuelos
cantaban bajo noches estrelladas,
la canción que nos viene de los cielos
y deja nuestras almas angustiadas.

Recordamos, en sueños, nuestras risas,
los lejanos perfumes de las brisas...
atardeceres de oro y de zafiro;

y al evocar en el silencio aquello
que pone en nuestras almas un destello
se escapa en nuestros labios un suspiro.

³ Véase nota 1, p. 63. (N. de E.)



Loca

Yo soy la pobre loca que en la cuna
de mis amores fúlgidos me duermo,
muñequita bajada de la luna
a la que canta un ruiseñor enfermo.

Mis amores en loco desvarío
se cobijaron con preciosas perlas
y aprisioné las gotas de rocío
y se bajó la luna para verlas.

Corté flores azules en el cielo
y en mis cabellos se quedó una huella
de luna blanca que me dio su anhelo
y del fulgor que me brindó una estrella.



Pero la esfinge imperturbable y muda
sorda ante el dolor y ante el anhelo
del hombre atormentado por la duda,

sigue encubriendo con espeso velo
el misterio que, avaro, allá se escuda
interrogando silencioso al cielo.



Sexo

Sexo,
Encarnada rosa,
flor de lujuria
por donde salta mi juventud.

Ánfora llena
de sensaciones
y vibraciones,

arpa que vibra,
que llora y gime
voluptuosidades.

Lirio encendido
en el altar de fuego
de roja estancia...



Desgarrado fuiste
por su loca furia
en aquella tarde

en que la divina flor
de vida y amor,
en ofrenda a su amor yo di.

Pero yo te bendigo
gruta maravillosa
porque la vida me diste

y porque en esa flor estropeada
una nueva vida
yo también di...



No ansíes, corazón

No ansíes, corazón, el hondo anhelo
de volar tras lo pálido y lejano,
deja en el alma un hondo desconsuelo,
sabor de polvo, barro y lodo humano.

No se puede volar, cuando se sueña
con las frágiles alas de ilusión
pues son cual de Ícaro, del sol leña.
En la tierra se queda con frío el corazón.

Los sueños se van como las hojas
que el viento desprendió de los rosales
llenos de las tristezas y congojas:

pero la vida a la ilusión se aferra,
silencia sus dolores y sus males,
ansía el cielo y va sobre la tierra.



Mañana⁴

Mañanita clara que traes los temblores
de la noche que te durmió en sus brazos,
mañanita clara, gloriosa de fulgores
que extiendes por los valles, los cerros, los ribazos.

Mañanas en que todos tenazmente soñamos
para encender en ellas nuestras ilusiones
mañanas que los tristes vanamente esperamos
para darle alegría a nuestros corazones.

Vienen las mañanas, las mañanas serenas
y hacen con sus luces más tétricas las penas
que el alma atormentada recogió en el camino.

Y quedamos temblando sumidos en la espera
del rayo que denuncie la clara primavera
y ofrezca a nuestras ansias la vibración de un trino.

⁴ En el original aparece antes de este poema, “Explicaciones”, el cual se omite porque ya había sido publicado en el libro *Iniciales*, de 1930. Véase p. 87. (N. de E.)



Ruinas

Hubo un brotar de sueños en mi infancia
que me obligó a correr cual si yo fuera
mariposa con hambres de fragancia
abriendo con sus alas la pradera.

También tuve canciones, las oía
cuando me paseaba siempre a solas
a lo largo del mar, que me traía
el rumor de otros mundos en sus olas.

Cauteloso llegóse a mi existencia
el mal con su cruel desolación;
clavó sus zarpas sobre mi inocencia,

puso en mis labios inquietantes risas
y en vez de sueños, en mi corazón
dejó el triste gemir de las cenizas.



Yo

Canción de pena,
lema que nadie descifrar pudiera,
ensueño oscuro,
mente entristecida
en un proceloso mar vivo la vida
bogando sin oriente,
con las alas abiertas
siempre para el poniente.



La secreta canción

Peregrinos del mundo sin descansar rodamos
buscando aquello que no hemos de alcanzar;
por la luz de una estrella nuestros pasos guiamos
y la luna embrujada nos obliga a soñar.

El silencio nos llama, y bajo el cielo vamos
desgranando canciones al viento y al azar;
quizá nadie las oye, tal vez ni recordamos
si a la vida sorprende un nuevo despertar.

Cuando la dicha ha muerto y el dolor se posa
como una rosa negra en nuestro corazón
se siente que de lejos, temblante y quejumbrosa;

envuelta en los suspiros de una tarde cansada,
nos llegan ecos suaves de una vieja canción
que vive en nuestro espíritu por siempre aprisionada.



Intento

Quise arrancarme el alma, ya que por ti vivía,
arrancarme una ilusión que en ti soñé;
el intento me dejó sombría
y en mí la dejé...

Quise arrancar de mis ojos la luz de los tuyos;
deslumbrada no pude mirar...
Ciega me he quedado ya sin los tuyos,
hoy quiero volver a mirar...

Quise arrancar de mi cuerpo la divina ambrosía,
enturbiar en mis labios el exquisito licor,
dejar la alegría,
vivir el dolor.

Arrancar las flores al jardín de mi vida,
machacar pétalos, pisotear un rosal.
Me quedó el alma dolida
y hoy quiero tener un rosal...



Sueños dispersos

He vagado mucho por mares y por cielos,
por caminos blancos, por llanuras,
con un pequeño tesoro: mis anhelos,
con un báculo en las manos: mis ternuras.

He andado tanto, he corrido tanto
que no he reparado en piedras ni en abrojos,
deteniéndome a ratos, cuando el llanto
como una bendición cerró mis ojos.

Todas mis ansias en el azul quedaron
y los sueños que traje de mi errante
vuelo por el mundo se angustiaron

cuando a la tierra vine. Los marchitó
la racha del dolor y la cruel y devorante
canción del mal las dispersó.



Nada encuentro...

He salido en busca de todas las cosas
que tienen los bosques, los cielos, los mares;
flores y nubes,
estrellas y perlas...

¡absurda labor!

Lo que para ti quisiera no encuentro
ni en la senda tendida,
ni en el cielo estrellado,
ni en el fondo del mar...

He salido a la calle en busca de todas las cosas
que tienen el escaparate, el jardín, la mujer:
flores y joyas
perfume y amor.

Lo que para ti quisiera no encuentro
ni en el estuche rico,
ni en el jardín florido,
ni en la mujer hermosa.



LOS TEMPLOS DE FUEGO

Y mi rebusca ha sido vana;
para ti nada encuentro.
No estoy satisfecha...

Nada darle al amado...
Y tan largo el bosque...
y tan extenso el cielo...
y tan rica la mar...



Hombre Montaña

Su cuerpo moreno y duro está por el sol bruñido;
para domar atletas parece haber nacido.
Como el árabe indómito en su veloz corcel,
capturar las amadas es su mejor laurel.

Él, que es todo rudeza, sabe amar con ternura;
la carne femenina le ofrenda su dulzura.
En la pasión es fuego; en el arcoiris triunfa;
y del placer conoce la caricia inmortal.

Para siempre su voz en mi alma resuena,
hay vida en su palabra tan vibrante y serena,

que en su alma todo es gracia, ritmo, luz y color,
resúmenes eternos del absoluto amor.

Es el Hombre Montaña, con su mirar risueño,
y es el hombre que amo, mi señor y mi dueño.



A Madero

De la tierra magnífica que el viejo sol calcina,
de la tierra del trópico, donde pone el quetzal
su nota de esmeralda, la tierra de Molina,
la tierra del preclaro Francisco Morazán;

de allá traigo mi canto para la tierra azteca,
para esta tierra —madre de Nezahualcóyotl—;
la tierra de Morelos, esta divina tierra
que es también toda canto y es también toda amor.

Para esta insigne tierra, vanguardia de la raza,
que opone una compacta barrera al invasor;
la tierra en donde todo vibra y palpita y canta
y al son de sus canciones va la Revolución.

¡Oh! tierra de Cuauhtémoc y de Benito Juárez
—indios que son dos águilas de tu heroico blasón—
¡Oh! tierra de Francisco Madero y Pino Suárez,
héroes que mató el golpe del odio y la traición.



No recordó el tirano que cuando el pueblo espera
que suene la hora mágica de reclamar su honor,
no importa que el apóstol en la batalla muera...
¡Germina la semilla que sembró con amor!

Y así, cuando Madero bajo el hacha demente
cayó al conjuro mágico de una voz colosal,
cien titanes se alzaron, y el pueblo fue un torrente
que ahogó en sangre de mártires al inmundo chacal.

Madero: en esta hora tu espíritu despierto
debe mirar al pueblo que viene ante tu altar
a derramar la esencia de su amor sobre el muerto
que un país todo entero se congrega a llorar.

Ya ves: desde la tierra de mágicos pinares
donde la brisa canta su canción eternal,
hasta yo llego al plinto de tus blancos altares
a envolverte en el fuego de mi sol tropical.



Saeta de anhelos

Emociones de infinito, abrazos de los cielos,
Ansias que se clavaron en el azul profundo.
Va la saeta roja de mis grandes anhelos
buscando ensueños de oro por el confín del mundo.

El arco de mi vida se estremece y se queja
siguiendo el vuelo raudo de la saeta roja
al ver cómo se pierde, al ver cómo se aleja
dejando mi alma enferma, enferma de congoja.

Yo me he quedado sola, mirando el infinito
con la dulce esperanza y una emoción secreta
que salta de mis labios como un triunfante grito.

He de ver algún día el cielo estremecido
cuando arranque con ansias mi rojiza saeta
un borbotón de ensueños de su glorioso nido.



Compréndeme

Alrededor de mi cuerpo
las sustancias primeras
son boas estelares
regando sus caricias
terriblemente eléctricas.
Me besa el fuego,
me besa el agua;
me besa el viento;
me besa la tierra.

Y el beso luminoso;
o el beso tembloroso;
o el beso impreciso;
o el beso angustiado;
enciende mi carne;
enciende mis nervios;
enciende mis huesos;
enciende mi alma.



LOS TEMPLOS DE FUEGO

Por eso soy inquieta como una pira;
por eso soy vibrante como una lira.
Comprende, comprende,
pobre hombre que juzgas
conforme a tus leyes humanas.

El Arcano ha querido
que glorifique al Mundo,
riente como rosa
en la cruz del beso.
Lo frívolo mío
es el ardor mirífico
de los cuatro Puntos,
es el gemido lírico
del fuego, del agua,
del viento y la tierra,
boas estelares
que me vuelven mítica.

¡Vaya! No me juzgues
conforme a tus leyes humanas.
Yo soy la llave de oro
con que abrirás las puertas
sublimes de la vida
verdadera y eterna,
sin la carroña sucia
de las poses sociales creadas por tu mente.

Sabe que existe un mundo
sin leyes ni preceptos,
donde todo se irisa



con los vapores tenues
del ritmo sideral.
Compréndeme ahora,
por qué el fuego y el agua
por qué el viento y la tierra
me llenan de besos terribles y astrales:
la carne,
los nervios,
los huesos,
el alma.

Mírame: soy de pétalos.
Óyeme, soy de ritmos.
Mi carne es tu deseo
donde mi fuerza y tu miseria veo.
Mi pentagrama es la brisa
donde asciende y desciende mi risa.

Más allá, más allá, más allá,
mucho más del etéreo cristal
de mi alma se halla la causa
de mi vanidad.
Habla, grita, protesta, lamenta,
llora, ruge, blasfema, maldice,
si pretendes saber las razones;
si ambicionas saber el arcano
y estupendo organismo del Todo,
sube al antro en que el astro divino,
bella araña entreteje su malla,
bajo el fondo tremendo y oscuro,
o anda luego, ignorante, sin miedo



LOS TEMPLOS DE FUEGO

por el hilo muy fino y muy níveo
del suspiro que tiembla en mis labios
y regresa y explica la altura,
el asiento pedestre del antro,
y di a gritos si aquello es más grave,
y más fuerte, y más hondo, y más sacro
que la causa de mi vanidad,
copo de humo intangible que se halla
más allá del cristal de mi alma,
mucho más, más allá, más allá...

Ahora compréndeme,
pobre hombre que juzgas conforme
a tus leyes, blancos esqueletos.

Lo frívolo mío es el ardor mirífico
de los cuatro Puntos.
Alrededor de mi cuerpo
las Sustancias Primeras
son boas estelares
regando sus caricias
terriblemente eléctricas.



Luna

Luna,
dime qué extraña influencia
sobre mí ejerces,
que cuando tú lo quieres,
como un broche sujeto a tus viles antojos
se desparraman mis granos rojos.

Luna,
en ti nueve lunas
clavé macilenta mis ojos
y esperé el conjuro de tu loco mandato
para poder madre ser.

Luna,
benedicida luna,
calendario de plata
que me pones encarnada
o me pones blanca.
Eres hostia consagrada
con la que comulga toda mujer.



Yo fui Leda⁵

Yo sé del beso olímpico de Zeus;
su pico sonrosado lo he sentido
idealmente subiendo por mis muslos,
por mi vientre de alburas cuyo ombligo
parece un ojo ciego, por mis senos
en demasía túrgidos y blancos
por mi cuello delgado, por mi boca...
¡Qué bello es Zeus cuando se hace cisne!

He sentido sus alas envolviéndome
y sus suaves y tibias poluciones
germinar en mi entraña hecha de fuego.
Después. . . he visto al mundo tan amable,
sintiéndome dichosa como nunca
con la sonrisa triste de la enferma
que vuelve a la vida, por saberme
fecundada del padre de los Dioses.

⁵ Se omite el poema "En pos de tus huellas", ya publicado en *Iniciales*. Véase la p. 88. (N. de E.)



¡Qué bello es ser la hembra de un Olímpico!
Mi útero gestó y dos huevos blancos,
carne de él, carne mía, de mi arcano
salieron a la luz dulce y gloriosa
a reventar como si fueran rosas
de blancura impoluta y refulgente.
Fui madre de unos hijos tan excelsos
que llenaron el mundo como un canto.

¡Qué bello es tener hijos de inmortales!

Grande es hoy la nostalgia de mi carne
porque maldita degeneró en humana;
como ansío sentir el suave pico
sonrosado subiendo por mi cuerpo
de alburas de cortezas del gran bosque.
Cómo ansío sentir su ala de nieve
sobre mis senos túrgidos temblando
por el goce sidéreo, junto al roble.

¡Solo pienso en las nieves del Olímpico!

Y crees mi desgracia una ironía
para ti que deseas estrecharme
entre tus brazos largos como boas
y arderme con tu boca muy humana.

Respetar mi viudez, hazme el favor,
vete lejos y dile a tu pobre alma
que su amada ninfa de otros tiempos
sueña con el abrazo de dos alas.

Después de Zeus es inicuo un hombre.



Muñequita

Astillaste mi cuerpo
como el hacha astilla al árbol
y brotó de mi seno
todo un raudal de savia,
y se esparció el olor
de un jardín en flor.

¡Muñequita...!
Me diste un dolor
para después anegarme
en una fuente de amor.

Con tu almita en renuevo
y tu cuerpecito en agraz,
con el aroma del lápiz
acabado de tajar.



Pesadilla

Para don Julián López Pineda

Todo aquí se presenta propio a meditaciones;
hay como un raro ambiente de vagas oraciones

que extienden el ropaje del misterio profundo
como ala milagrosa sobre la faz del mundo...

Ansias locas que un día sorprendió el corazón
en las noches calladas que entienden de pasión

de los proscritos, de los tristes y de las brisas
cansadas, y de aquellos que olvidaron las risas.

Es el grito de angustias, es grito callado
que dicen labios pálidos de tanto haber amado.



LOS TEMPLOS DE FUEGO

La palabra profunda que salta de los ojos
de aquellos que caminan por la tierra, de hinojos.

Son siluetas dolientes que van por las alfombras
de las noches, siguiendo las impalpables sombras

de sueños que un día poblaron su existencia
y de bocas que otrora les brindaron la esencia

de esta vida tremenda, como interrogación,
tras la cual se lanza, temblando, el corazón.

El alma calla. Empieza el drama de la vida
que al sentirse tan débil se declara vencida.

La noche indiferente oculta con sus galas
los esqueletos blancos, privados de sus alas.

Viene una nueva vida más gloriosa y más fuerte
que ríe frente al mundo y saluda a la muerte

y al mirar los despojos que cubren los caminos
desgrana sobre ellos sus cantos y sus trinos.

Nuevos conquistadores siguen por los senderos
calientes con el fuego que envían los luceros;

cruzan arroyos turbios que alimentó el quebranto
de aquellos que regaron la tierra con su llanto;



atraviesan las selvas donde reina la bruma
y donde el ave sueña y se solaza el puma;

y un día cual otros tantos, la muerte los sorprende
mirando allá, a lo lejos, que el sol triunfante asciende.

Y así la vida toda se torna de sencilla
en una horrible, trágica y eterna pesadilla.



Supremo esfuerzo

¡He de olvidarte, amante!
¡he de olvidarte!
porque ya la madeja
de hilos de sueños
apenas es una
piltrafa de la luna.

¡He de olvidarte, amante!
¡he de olvidarte!
Y tal vez no te importe
pues apenas es una,
¡una, de la copa llena
de amor que en tu loca vida tendrás!

Y en tu vida plena
¡tú también me olvidarás!



¡He de olvidarte, amante!
¡he de olvidarte!
Estropeaste
mi gran ansia de amar...
Pero he de recordarte
¡que cariño como el mío ya nunca hallarás!

¡He de olvidarte, amante!
¡he de olvidarte!
No seré página blanca,
ni tendré mi alma en renuevo,
pero seré una fuerza viva
que se internará muy hondo en la corriente que llevo.

¡Y en tu vida plena,
tú también me olvidarás!

Pero mi recuerdo ha de azuzarte,
y, embriagado, dirás:
¡Tengo sed! ¡Tengo sed!
¡Pero vaso con alma, ya nunca hallarás!

¡Porque yo he de olvidarte, amante!
¡He de olvidarte!



Senos

Copas pecadoras,
llenas de esencias seductoras
de atrayentes histerismos
como abismos,
que prometen dulcideces⁶
y placeres...

Copas tentadoras,
llenas de un filtro claro,
adoración,
escalofrío,
eternidad,
pones en los rostros resplandores
como si bañados de estrella
los dejaras ya.

⁶ La palabra “dulcideces” no existe en español. Probablemente la autora quiso decir “dulzuras”.
(N. de E.)



Copas de embriagueces,
copas que brindan locura,
copas que después de apuradas
dejan al alma cansada ya.
Copas divinas
que en sus labios ponen
languideces de cirio
y fulgor de santidad.

Copas, ¡oh poemas!
que a lo erecto y a lo duro
cantan plenas,
de la fuente de la vida
están llenas.
Por eso no se cansa
de beber la humanidad.



¡Señor!...

¡Señor! ¡Señor! Yo que tanto he soñado
con esta dicha que me diera un amor.
¡Por qué me lo habéis dado tan tarde
y tan ajeno, Señor!

Yo que soy tan mujer para querer,
que tengo la mano tan suave para acariciar,
¡por qué a mi lado, Señor nunca lo podré tener!

Yo que tanto he soñado
con un hombre que con ternura me sepa querer
y que con mano suave
por la vida me pueda llevar.

¡Por qué me has hecho querer
a un hombre que por fuerza
tendré que perder!



¿Por qué me acercaste a sus ojos
o por qué los hiciste tan dulces?
¿Por qué mi nombre sus labios
aprendieron un día a pronunciar
o por qué mis oídos lo pudieron escuchar
si tan pronto, ¡oh Señor!
lo tendría que abandonar?
Cuando me veo perdida en el mar
se llenan de lágrimas mis ojos,
y siento unas ganas de aprender a olvidar
para no llorar...

Yo quisiera, ¡Señor!, ya no quererlo,
ya no volverlo a contemplar jamás;
mas tengo mucho miedo de perderlo
y cada vez lo quiero mucho más.



Pueblecito mío

¡O h pueblecito mío!
Cómo eres de bonito.
Si eres como muchachito
silencioso y formalito,
quizá porque tienes mucho miedo
de que te vayan a castigar.

Si parece que en el mundo
jugaras al escondite,
y en aquella selva oscura
un rincón fuiste a encontrar.
Y escondido y silencioso
como nunca primoroso
nunca te han podido hallar.

Pueblecito acariciado
por el ruido de la selva,
y por aquel enorme río
que te da sin cansarse su reír.



Si parece que tuvieras
¡oh pueblecito mío!
un cielo solo tuyo
y que Dios ahí quisiera
toda la vida existir.



Mi grito de hoy

No hay cómo pensar...
No hay cómo aspirar...
No hay cómo soñar...

Hay quien piensa en un libro cuyas páginas
resplandezcan de arcanos demostrados,
de versos perfumados,
barrotes que aprisionen la belleza
de besos muy callados
bajo parras floridas
en las noches de luna y de silencio.

Hay quien piensa en un libro melancólico
para leerlo en el patio por la tarde,
mientras la abuela cuenta
algo al niño, limpiando el algodón
que ha de formar la hebra pura y blanca
para zurcir el pantalón.



Hay mujeres que sueñan con un libro
con sutil ilusión.
Muchas gentes aspiran a ir de viaje
en el ruidoso tren,
o perderse en los mares silenciosos
llenos de misterios de Simbad,
o viajar como ahora con la aurora
en veloz trimotor,
recorrer las distancias, los océanos,
los espacios serenos,
dilatados,
muy cerca de los astros y del sol,
o tomar un camino que se eleva,
y que baja y que ondula y que se queda tieso y horizontal,
como la hembra en la crisis del espasmo
santamente carnal...
Tomar un camino en un borrico
manso, bueno y trotón,
que hace delicioso el pensamiento
y el ritmo sosegado
del suave corazón.

Hay quien sueña con algo,
con un novio
triste, noble, lejano como un príncipe.
Hay quien sueña en ser reina de los hombres,
tenerlos a sus pies.
Hay quien sueña, es muy justo, cabe a uno
ser del todo feliz
hasta llegar a a la época plateada
que solo es de añorar:



qué sonrisa ilumina a los semblantes
que miran para atrás,
recordando los días venturosos,
la fuente de cristal...

¿Y los deseos míos? Penetrar
en la entraña del viento vibrador
que durante los siglos ha escondido
en sus pliegues de luz,
los gritos de tragedia y los acordes
de la eterna canción.

El viento es viejo mago que conserva
la melodiosa voz de los poetas,
el grito rojo y fiero y temerario
de los grandes guerreros,
la exposición compleja de los sabios,
también de los filósofos,
el gemido sentido de los hombres,
el grito doloroso de las vírgenes
cuando el himen se rasga brutalmente.

El viento es caja de oro que contiene
vértigo de pedrerías.

No obstante, pasa quedo por mi lado
sin decir una voz,
sabiendo de la gloria salomónica,
de la riqueza fúlgida
de la Reina de Saba,
del desprecio terrible



de Diógenes el cínico,
del femenino gusto de Alcibíades
y del verbo celeste de Jesús
y del grito tremendo de Juliano
el Apóstata que hizo le sirvieran
en viejas cráteras, sangre de cristianos.

Tan cerca el viento y no me dice nada
para saber las cosas de otras épocas,
sortilegios, conjuros amorosos,
y ser hoy divina hada
con la varita mágica
descubriendo a los seres los secretos
de épocas pasadas
y tesoros gloriosos como incendios.

Yo sueño con la página del viento
con letras de oro ante mis ojos ávidos.



La noche

La tarde se deshila
y su madeja nos enmaraña
como rara bendición.

Y en la orquestación
un raro brillo
alumbra el organillo
de nuestro corazón...

La noche es un negro manchón.
La luna es encarnada y brilla
y amplia como una sombrilla
cobija nuestra indecisión.

Partamos, Amado;
que no te asuste la sombra
hoy que mi boca carnosa te nombra
y que la luna un camino en la selva perfora



para que llegues, Amado
a alcanzar El Dorado
que la dicha ha formado.
Mi corazón se ha quedado en suspenso,
en mi pecho revienta la dicha.
La aventura, como un calderón
grabó en mi corazón
una dulce interrogación.



Quietud nocturna

Se despertó la noche y hubo un temblor muy hondo
que conmovió la tierra. Pasaron en tropel
las ansias enloquecidas que en su fondo
vivían prisioneras en un olvido cruel.

Y hubo una enorme claridad que parecía
que se dilataba por el mundo todo;
era una luz clara, más que la del día,
que puso blancuras de plata sobre el lodo.

Era luz penetrante que aureolaba
la nívea pureza de las ilusiones,
una luz que en su fondo retrataba
las ansias todas que el soñador arroja
en el silencio triste de tus oraciones
cuando su corazón lo muerde la congoja.



El ruego

¡Pero, Dios! Yo no soy como la rama
de la encina, que siempre está tranquila.

Yo no soy como el sándalo, que nunca
ha cambiado su olor;
yo no amo las cosas inmutables
como la piedra enorme del camino,
como el silencio eterno,
como la infinitud.

Yo en un segundo vibro cien mil veces.
Yo quiero hacer la vida de Teresa
y deslizar la mano consagrada
por el escapulario.

Yo quiero ir por la ruta nada santa
de Ida Rubinstein,
desvistiendo mi cuerpo entre los hombres
para infundir un credo diferente.



A veces la Curie llena mi gozo;
otras veces la Duce,
la amada del Poeta que descubre
en cada voz un ritmo rutilante.
A ratos he soñado ser princesa
María de Rumanía.

A ratos, no son pocos, campesina
y saber solamente los oficios
que para aquella son:
moler en el metate la tortilla
cantando una canción.
Varío como la onda embravecida,
varío como la ola
de fuego que alimentan los tizones
y que de lejos en la noche oscura
parece pedrería.
Mi alma es una rueda que da vueltas
en la hora cien mil.
Y hoy estoy tan hastiada de este mundo
de verlo como está.
Haz, Dios mío, que el sol se vuelva azul
y el cielo blanco;
que las sierras parezcan de cristal;
que sean rojos los bosques,
que no charlen las gentes
y que digan los árboles
sus tristezas calladas desde siglos;
ha de haber mucho oro en las palabras
secretas de los árboles.



Y a mí cámbiame, Dios. ¡Quiero ser dríada!,
o náyade, o nereida, lo que quieras;
ya estoy hastiada de la vida humana,
quiero estar en contacto de la íntima
fuente pura de todas estas cosas;
vuelve el mundo al revés
como si fuera
nívea camisa...
camisa que formó la costurera.

No, Dios, la misma cosa ya me cansa.

Yo sé que eres cortés,
que atenderás al ruego y a las lágrimas
de una pobre mujer;
los hombres son muy cultos para ellas.

Dios, Diosito, me tienes de rodillas,
mi cuerpo entre tus piernas,
mis manos en tus muslos,
deslizando una cálida caricia
mi boca temblorosa con su ruego,
mis ojos en tus ojos.

Cambia esto, Dios; pero luego:
el sol que sea azul,
el bosque fuego
y vuélveme nereida.



Retorno

¡Esta era la noche!
¡Esta era la noche en que soñaba amar!
¡Este era el amante!
Este era el amante que pensaba hallar.
Pero tengo frío...
y una enorme angustia me llena de hastío.

Ahora estoy sola: ¡puedo meditar!
Ahora estoy sola: ¡qué hondo sufrir!
Y tengo un soñar
y tengo un sentir
que ya para nada
me puede servir.

En un afán torpe me puse a querer,
me puse a soñar, me puse a sentir...



¡No hay nada más dulce que dar todo el ser
cuando el hombre amado sabe comprender!

¡Soy dueña de un nido cubierto de flores
y pleno de luz!

En cárcel lujosa me muero de tedio
y ¿a qué ha de servir,
si estoy angustiada de tanto sufrir?

Me siento oprimida... quisiera correr...
correr locamente... para no volver;
y borrar las huellas que en todo mi ser
dejó su querer...

¡Yo no quiero amar!
¡No quiero sentir!

Quiero sacudir mi corazón
para no dejar
lo que aún por él pudiera llorar.

Él no es el amado que pude soñar,
ni este es el amor dulce que pude vivir;
al verlo se muere mi afán de seguir
¡y quedo cansada ya de tanto caminar!...

¡Mi casita tiene divino fulgor!



LOS TEMPLOS DE FUEGO

Me acaricia leve como una sonrisa
y muy suavemente me canta la brisa...
pero a mí ya nada... ya nada me hechiza...

Sin embargo, quiero, sola, proseguir...

No tengo camino ya para empezar;
me he quedado cansada de tanto llorar...

Sin embargo, sin embargo...
al fin de la jornada un día he de llegar.



La luna

La luna,
ternera blanca,
esta noche quiere
embestir a Dios.

Esta noche
su furia
es intensa,
profunda, loca...

Bestia ardorosa,
salvaje y extraña,
amasada con el alma
de la montaña.

Espantan tus ojos
de infierno prendidos,
tus cuernos fludos
como dos puñales.



LOS TEMPLOS DE FUEGO

Pero no has de saciar
tu sed hoy tan loca
porque Dios, desde muy temprano,
a su estancia se metió...

Y a su lecho no llegan tus ojos
ni tu furia maldita.
La puerta vigilan los guardias
porque con tu rival está.





Óleo de Miguel Ángel Ruiz (Honduras).

Engranajes
(1935)



*Como un cuerpo sin alma
y como un alma sin cuerpo.*

C.S.



La baraja de mi suerte

Tendida en la mesa de tu pecho tengo la baraja de mi suerte.
Un áspero as de bastos desgarró la finura del romance, pequeño sol de amor que florece en el tapete del cielo, como una luna que señala con sus manos inasibles los designios de la suerte.

Tendida en la mesa de tu pecho, como el sol en la llanura, tengo la baraja de mi suerte... ¿Cuándo los ases de mis ojos vencerán a la baraja de la luna?



La tinaja

Tu boca es tan fresca como una tinaja de barro; en ella pego los labios con una sed insaciable.

Pero a veces tengo un gran deseo de volcar toda el agua, para llenarla de tierra abonada.

Y sembrar —en esa tinaja— la albahaca olorosa de mi amor.



La esquina

Doblaba la esquina de la muerte cuando me alcanzó su rostro. Quise huir de su mirada, pero mis lágrimas —altorrelieve del alma— lo impidieron. Huir... ¡para qué!, si a través del telescopio de mis ojos lo he de ver siempre.



Dirían que estás loco

Dirían que estás loco si un día, mareado de belleza, salieses por las calles, con mi arquitectura en los brazos, arropada apenas por un rayo de sol.

Dirían que estás loco, aunque se durmiera en tus ojos una bandada de sonrisas. ¿Quién se atreve a examinar una curva, o una recta que se alarga en un desperezo, si no es agazapado, como los cobardes, en el árbol de la noche?

Dirían que estás loco, ¡aunque les llevaras en los brazos todo un poema de belleza!



Asida a tus cabellos

Asida a tus cabellos me parece que estoy asida a la vida. En las noches oscuras se resbala en tus ojos la luna, como moneda para la alcancía de mi alma.

Y en los días color de sol... veraneo en el Ecuador de tus labios.

Asida a tus cabellos no sabría qué preferir, si naufragar en el océano de tus ojos, o irme tierra adentro de tu corazón, archipiélago del trópico.



La justa dosis

Al tragar el jugo de tu boca, traigo a mis labios el sabor de todas las viñas. Y borracha —me levanto en curvas violadoras— hasta el añil de tus montañas.

Así entiendo, en línea recta, lo que hay de salvaje en tu ser y el mío.

Y después... mejor mis labios que mis ojos saben encontrar en tus viñedos, la justa dosis para la copa de mis sentidos.



En las sábanas

Envuelta en las sábanas blancas parezco una muñeca de cera. Pero el fuego de mis ojos aún puede quemar el papel de muchas cartas. Son dos ascuas buscando las huellas de sus ojos, o la conjugación del verbo de la vida.

Atada a las raíces de sus manos no me arrebatará la muerte; retenida en el viento de su memoria, seré la luz de un paisaje en el escenario de la vida.



Nadie

Nadie me ha dicho que me amas. Quizá nadie me lo dirá jamás. Para ellos que todo lo cotizan, no has pagado el precio de mi amor.

Pero tampoco dicen ¡ah, el egoísmo! que la intensidad del mío no lo reclama.



La cosecha

De uno a otro lado. Pareciera que se va a hundir o que se va a quebrar. Pero pasan las horas amargas y se queda en pie. ¡Un milagro!, empieza a gritar la gente, mas no ven que en la carne podrida enraíza algo divino, que espera dar su cosecha.



En mala hora

“**E**n mala hora —me dices a cada rato— llegó a detenerse el pájaro de tu inquietud en el pararrayos de mi alma. En mala hora, porque tu certero flechazo no me hipnotizará.”

Pero la veleta gira y gira, y tú respondes a sus giros, y hasta te atreves a rehiletear⁷ en el abismo sin saber que donde irías a caer sería en los brazos de la brújula, que en mala hora, pero sin remedio, te señala el pájaro siempre nuevo de mi inquietud.

⁷ El verbo “rehiletear” no aparece en el *Diccionario de la lengua española*, pero sí “rehilete”, derivado de “rehilar, zumbar”.



Sangre

Mi sangre brotaba del eje de mi ser como las bugambilias. Era una bandada de pájaros rojos que entonaban la oración de la vida en puntos suspensivos que eran un sueño de muerte. Y más allá... el corazón quieto, de regreso del camino por donde llegué a ti. Un despojo ya en la vida y una miseria que no quiso la muerte.

Como a los niños, me venció el sueño en los subterráneos del Misterio.

Tenía el borrador de muchos poemas, oraciones como corales rojos, para enredarlos a tu cuello. Pero estoy desmemoriada. A mi regreso de ultratumba, he olvidado el camino para llegar a ti.



La luna

Plata rozada, antigua; plata literaria, despreciada de bardos y de perros.

Contemplando tus alzas y tus bajas —en el mercado celestial— advierto que eres la moneda prodigiosa que se desmonetiza por momentos.



Lo grande y lo pequeño

Tú, lo grande.
Descansa en mi hombro pequeño. Que lo grande y lo pequeño constituyen el Universo.



En el gobelino del paisaje

Cuando mis manos se enredan a tu cuello, florecen en una
eclosión de aromas que embriaga el horizonte.

Pero cuando se desprenden, en un paréntesis de distancia, se
velan en una prieta humareda, todas las imágenes que se desen-
rollaban en el gobelino del paisaje.

La ventana de la memoria olvida tiempo y distancia, porque
tacha con gruesa línea —como pitón de humo— el recuerdo que
se entra por la rejilla de la nariz a perfumar el alma.



Tesoro

Mar adentro —tesoro oculto— que solo miran mis ojos,
que se alargan como buzos para recogerlo.

Tierra adentro —tesoro oculto— oro escondido que solo tantean mis manos, que florecen de contento.

Corazón adentro —tesoro oculto— que solo conozco yo, porque te llevo dentro...



Tuya

Yo soy tuya porque se ha hundido
mi alma dentro de tu alma.

Tuya la vida entera.

Tú mío y yo tuya,
tuya la vida entera.



Fechas

Ayer. ¡Qué importa el ayer!
Y mañana. ¡Qué importará mañana!
La eternidad está en el Hoy de puertas blancas.
Y flores frescas.
¡La vida! ¡Qué montón de días inútiles es la vida!



Cariño⁸

Tu cariño lo ilumina todo.
Y eres tú claridad que —sin saberlo—
ilumina mi existir.

⁸ En el original aparece antes otro poema, “A Dios”, que había sido publicado ya en *Los templos de fuego* (véase p. 136). (N. de E.)



Ceguera

Cuando de corazón a corazón ha tendido sus redes abril, los
ojos van cubiertos por una neblina. Todo lo vamos palpando
por el tacto del amor —ceguera incurable— que solamente los
rieles de luz de la desilusión son capaces de disipar.

Mil años de viaje, y después... el salto mortal de una estrella
remota a la tierra dura de la realidad.



Resumen

Qué bonita... Para que fuera mi novia.
Qué buena... Para que fuera mi esposa.
Qué interesante... ¡Qué bonita y qué buena!
¡Para que fuera mi amante!



Amor

¿Tú a mí?
—Yo a ti...
El amor es una cosa cierta.
Yo lo sentí.



El cielo

Por haber engañado a tanta gente, a la cristiana mística y al poeta romántico.

Ha de borrarlo el humo permanente de las modernas fábricas.



Trota por todo mi leño

Trota por todo mi leño el aroma de mil yerbas que curan el mal de la inquietud.

Pero nadie corta mis hojas verdes, pues tienen miedo a los vértigos del vuelo.

Brotan de mi seno el agua y el fuego, como del seno de una montaña. Muchos llenaron el jarro de su boca, pero ninguno apagó su sed, ya que hace sus efectos según el hueco que se llena, y fueron tan pequeños sus recipientes que los quebró el viento de la noche en un pequeño tropezón.



Conjugación

Tu cuerpo sobre mi cuerpo.
De pronto, me siento florecer...



Tu secreto

Entrando de puntillas me robé todo tu secreto, entré tan leve que no te llegaste a despertar.

Así, examiné tu cabeza, tus ojos sembrados de pestañas, tu alma complicada como un juego de ajedrez y tu boca como brasa.

Pero fue tanta la voluptuosidad y tanto el ilimitado deseo, que en los subterráneos de la noche perdí el tacto, y caí... Al volver en mí, había olvidado todo tu secreto.



Las estrellas

Fúlgidas esterlinas en la caja sombría del misterio.
El Señor es duro, ni regala ni presta.

¡Cuándo, para jugarlas en la banca de Nueva York o de Londres!



El rosal

Constelación que se cayera en mayo —por la noche—. La
aurora le dejó, al alejarse, el tinte rojo y el olor.



Termómetro

El fuego de tu amor traspasó los aceros de mi carne endemoniada de mujer. Como penetra el fino hierro—delgado, candente—así penetraron tus dos ojos en mi entraña.

Mis manos tenían el color del oro viejo; con un resplandor satánico... las extendí para abrazarte, pero un puñado de fría niebla me cayó en ellas.

Amado: el frío de la niebla traspasó la madera preciosa de mis cinco sentidos. Apagó el sol y puso gris el horizonte... Apagada la llama de mi cuerpo y la lengua de fuego de mis ojos —apenas la última voz, detenida, temblorosa, y aún tibia, se ha quedado temblando en mis labios— pero con ella, apenas podemos entender el recuerdo.



Constancia

Antes,
cuando te veía...
Ahora
te veo siempre.



Laxitud

Qué cansada.
Qué voluptuosamente cansada
me has dejado hoy.
Pero, ¡qué suave! pero, ¡qué dulce
es estar tan cansada!



Sin voz

Nunca sabré decirlo.
Nunca.
No está hecha la palabra,
más para qué crearla,
si Tú sabes huronear
en la absoluta verdad de mi silencio.



Lavada

Te conocí de rojo.
Y ahora —¡qué lustroso amanecer!—
estoy toda vestida de alba.



Mujer

¡Mujer! dijo la obstétrica que me vio nacer.
¡Mujer! mi madre al besarme.
Y ¡Mujer! él, para llamarme.
A la primera, apenas la conocí,
a la segunda, la abandoné,
solo al tercero seguí...
¡Mal camino, me dijeron después!...
Pero fue el que me señaló
mi nombre de Mujer.



A qué decir tanto...

A qué decir tanto...
¿me quiere o no me quiere?
¿es mentira o realidad?
Cuando he de quererle siempre
como si él me quisiera.



La compañía

Qué armoniosa compañía
la compañía tuya y mía.
Sin celos, sin desconfianza
y sin dudas.
Todo el pecho lleno
y toda la sangre ardiendo...
—Amor... amor... amor... —mientras la vida corre
al ritmo armonioso, lento y voluptuoso
de nuestro amor.



Al llegar

Mi boca debe sonreírle
con sonrisa mañanera.
Mis ojos deben mirarle
con ternuras de luna.
Mis manos acariciarle
con suavidades de seda.
Pero mi corazón amarle
como la vida entera.



Arquitectura

Fuerte arquitectura
de piedra, de cal y de cemento.
De piedra en piedra,
como de siglo en siglo
se ha ido formando su fuerte armadura.
todos alaban su belleza,
su hosca crudeza,
su resistencia.
Pero nadie sabe
que esta arquitectura
también tiene un corazón húmedo
de ternura.



El parto

Hoy tengo el alma extenuada, hoy tengo el alma cansada...
Es que el parto de su amor ha sido la gestación peor
de mi cuerpo en flor...
Embrión, era en mi entraña
una maraña de maleficios.



En un anillo

Como piedra en un anillo,
así mi corazón en su corazón.
¡Qué hondas latitudes conoce tu grito
en el horóscopo de mis manos trémulas!
Saltó la flecha de su arco
y me dejó en la entraña tu clara presencia.
Retenida allí, gritar pudo mi orgullo
aullando sobre el tiempo.
Como piedra en un anillo
tengo engarzado su corazón.



Al hijo que no llegará

Si tú nacieras, hijo.
Cómo recogerías toda la angélica ternura
que para ti tengo detrás de celestiales muros
en un vivir y morir con olor de reseda.
Pero la felicidad de amarte ya no podrá ser mía,
ondulante —corazón de un hijo— que asomas en un sollozo.
Ahora está trizada la cúpula del cielo
y soy ciudadana de un planeta maduro
que tiene sus dos manos
tendidas a la muerte.



Circunferencia

Tú en el centro y yo girando en derredor,
Tú inmóvil, absorta, fiel a la luna azul
que marcan tus ojos de faro.
Tú en el infinito —estrella azul en el cielo—
y yo caminando el día, como cansada viajera,
con pesado fardo de sueños...
Y entre todos los jeroglíficos tú.
Tú en el blanco del espacio y en la fuerza ondulada del viento
y en el azul del mar.
Y allá en el fondo del esquiife
del equilibrio de mi alma
circunferencia fatal.



Flirteo

Su amada sin saberlo. De ojo a ojo
hay apenas el hueco de un suspiro.
Una carta, en verso o en prosa,
es el primer equilibrio de las almas.
Tú eliges. En romántica postura,
usando las cinco vocales
o las cinco antenas de mis cinco sentidos.
Caminaremos —viajeros sin viajar—
por la cuerda tendida
donde hace acrobacias el amor.



Tus ojos sobre mis ojos

Sueño en caricias remotas,
limos de ilusión...

(Tus ojos sobre mis ojos)

Siguiendo tu huella
que pierdo en el mar...

(Tus ojos sobre mis ojos)

Sombra de tu sombra,
largos sollozos...

(Tus ojos sobre mis ojos)

Una larga interrogación,
lo negro sobre lo rojo...

(Tus ojos sobre mis ojos)



Tus ojos

Tus ojos...⁹
son dos piedras de azarina.¹⁰
Y tu cabeza es una piedra
en forma de calavera.
Y tú mismo, que pareces
un hombre de fina cera,
no eres más que una piedra
—luminosa si lo quieres—
clavada hace medio siglo
en las calles del mundo.

⁹ En el original, asumimos que por error de imprenta, dice textualmente: “*Tus ojos, puntos suspensivos / son dos piedras de Azarina*”. (N. de E.)

¹⁰ Sustancia amarilla extraída del carbón. El término no aparece en el *Diccionario de la lengua española*. (N. de E.)



El regalo

Hoy, mi amado, en el cesto luminoso de su boca,
me ha traído tanta riqueza que he creído que se trata
del regalo de un millonario.
Cuando hablaba, su palabra era tan viva como un cesto de rubíes.
Pero luego, cuando lenta en sus labios se dormía,
parecía una amatista apenas alumbrada por el foco
de unos ojos que mirasen ya cansados.
Hoy mi amado, en el cesto luminoso de su boca,
me ha traído un regalo de rubíes.



Sin por qué

No pienses en la puerta enmohecida
para la cual inútiles han sido
las llaves del por qué.

Bien seguros estamos, fuerte amado,
no hay quién vea a través del grueso muro,
de fuera nadie ve.

Entre cuatro paredes, mi haz de espigas es tuyo
y se cae la noche como una escama azul.
Nuestra miel se juntará en los colmenares
del divino Cantar de los Cantares.



Un panal

Esta mañana mis labios
son como granada partida;
es por el ansia de besar
que hasta llegan a sangrar...

Esta mañana mis labios
están manchados de tinta,
de tinta de sus labios,
que con besos escribió
lo que sintió.

Esta mañana mis labios
van destilando miel.
—Oh abeja amorosa
es la boca de mi amado.
Me ha dejado un panal
que va destilando miel.



Esperando

Un hombre moreno pasa.
Como el que espero.
¿Y si él vendrá?

Alguien toca a la puerta.
Un toque suave le dieron ya.

Espera, que ya vendrá.

La calle está obscura —sin embargo— le veo ya.

Huele a tierra mojada, a cielo limpio,
y a boca amada.
Es él que llega ya.



La grávida

Le oculté en mi entraña
con tanto placer,
que cómo ¡Dios mío!
no iba a florecer.

Le oculté en mi carne
con hondo sabor
que me ha dejado
ya todo su olor.

Le oculté en mi vida
con tanto fervor,
que cómo no iba
a brotar su flor.

Y dentro de mi alma,
¡Oh amor que crepita!
Yo siento la vida
que se precipita.





Dibujo de José María Vides (El Salvador).

Veleros
(1937)



Dedicatoria

*Al mañana que hay
—en ti Alba, en ti Silvia—
y al mañana de todos.*

C.S.



Estrella, árbol y pájaro

En la estancia de la noche
sola yo, soy una estrella.
Sola yo, soy una estrella
en un ángulo de luna.

Noche que desgaja lunas
para mí, que soy árbol solo.
Árbol solo, gris y estático
que no va dejando sombra.

En un ángulo del mundo
canto yo, pájaro solo.
Canto yo, pájaro solo.
¡Ah qué antigua es mi canción!



Canción

Canción mía,
que no alcanzas a desceñirte
ni tampoco dejas de ser.

Que no eres alta como estrella
ni húmeda como musgo.

Que resuenas en el mar
y no logras llegar al puerto.
Que al aire asomas
tus palomares y tus torres
—sin embargo—
¡no tienes fecha ni luna fija!



Canción mía,
¡qué rotas tus anclas! ¡Qué lejano el puerto!
¡Qué triste la tarde! ¡Qué hambrienta la vida!
¡Y tú golpeando al crepúsculo,
golpeando por querer dar la palabra
que criaba en la sangre!



Diálogo con el viento

Viento, dame voz y gesto,
infla mi esperanza,
guillotina mi ayer.
Una y otra vez,
volver a empezar.
¡Ochenta obstáculos
enredan los pies!

Acerca tus banderas,
las quiero coger.
¡Qué rojo es el sol!
¡Qué roja es la luna!
—carteles dispersos—.
Acércame, acércame,
no quiero llegar
un minuto después.



En brazos del nuevo viento

Canción futura, vena desbordada,
Cielo de mañana, brisa de ahora mismo.
¡Qué salto tengo que dar
para poder llegar a tiempo!
Norte, sur, este, oeste,
en su solo nuevo giro eterno.
¡Qué trabajo me cuesta
romper tanto espejo inútil!
Sombras, sombras no más,
Pero sombras de mí misma.
Las cosas se han dado vuelta
y es crimen hablar de estrellas
cuando hay que limar cadenas.
Ahora, si regresara,
no podría reconocerme.
Adelante voy con todos
buscando la luz redonda.
¡No me duele la carne!



VELEROS

¡No me duele mi llanto!
La gran masa grita y avanza
terrible y multiplicada,
y yo avanzo, avanzo también
en brazos del nuevo viento.



Multiplicada

Antes quería ser,
quería ser
yo.

Ahora quiero ser,
quiero ser
todos.

¡La garganta oprimida!
¡La mirada ciega!

Antes quería ser,
quería ser
yo.

Ahora quiero ser,
quiero ser
todos.



Entrega de luna cierta

Quebrándose en las pupilas
está mi luna primera.
Relámpago sus caricias.
Alfiler para el corpiño.

¿Adónde cayó mi luna?
¿Por qué caminos se aleja?
¡No la ves que está redonda
en el fondo de tu río!

Acuarelas de sus aguas
en donde llora mi luna.
Pañuelos de espuma dale
para que enjuague su pena.



Fuga de pájaros

De mí han huido los pájaros,
ya no sobrevivían sobre las mustias ramas,
se fueron sobre las hélices del crepúsculo
buscando una creación más viva.
En torno mío dan vueltas
—pero ya lejos de mí—.
A veces parece que regresaran,
que otra vez recién nacidos
de mi corazón se alimentaran.
Pero yo sé que no es cierto,
que de las tierras áridas de mi tristeza
los pájaros se han fugado
para no volver nunca.



Enrejados en la sombra

Marcha de perros fatigados
sin la alegría de un encuentro.
¿Cómo es posible la huida
si el hambre descubre la fuga?
Marcha de hombres sin idioma
porque hasta su voz es prestada.
Con ademanes iguales
todos venden su energía.
Doblados, doblados todos,
la voluntad aniquilada.
De angustia chocan los dientes
pero el lamento no se oye.
¡Oh ejército callado,
sin voz ni gesto ni mirada,
con la confianza amanecida
de que se acerca la llamada!



Esa ya no es mi sombra

Todo lo tuve
y todo lo he perdido.
Una hoz y un martillo
decapitaron mi ensueño.
¡Acabo de arrancarme tres siglos de los ojos!

¿De qué larga y oscura prisión
he podido escaparme
que no puedo precisar
ni la edad que tengo?

¡Me he fugado de adentro!
¡Me he fugado de afuera!
Aunque extiendan los brazos
no podrán alcanzarme.
¡La sombra que se queda,
esa ya no es mi sombra!



El grito

Enfilada y firme,
espero la hora
que desamarre todos los obstáculos
y me aviente a los mares de la lucha
con la alegre capacidad
del que desafiando la muerte
¡vence a la vida!

Yo era
una desesperada mariposa
aprimada en las paredes
de las horas inútiles.
¡Pero el nuevo grito
llegó por fin a mis oídos
y yo le he abierto los brazos
como a un horizonte de luz
que me señalara
el único puerto de esperanza!



¡Alegría! De los gritos apiñados.
¡Alegría! Del dolor que florece.
¡Alegría! De mis brazos tendidos
al nuevo grito del mundo.



El naufragio de un paisaje

Nació de mis ansias,
tomó forma en mis manos.
Galeras de fantasía
le dieron a conocer mis alas.

¡Qué rumbos tan seguros!
¡Qué soles tan eternos!
¡Qué sueños tan desmedidos!
¡Qué perfección tan exacta!

Con la palma de la mano
detener la eternidad
y desmoronarse íntegra
en la inútil presencia
¡como un paisaje que naufragara
o un hombre que hubiera caído
vencido en el mar!



Gemas

Ojo de buey, gema de mansedumbre,
gema con la virtud
de mirar...
En el ojo del buey está el poema
sintético del mundo
con el fulgor verde-azul
del dolor.

Ojo del perro, gema humilde y lírica
cuando la luna llena
asoma de la sierra.
Gema humillada junto al amo duro,
comprensiva del himno
solemne de la noche.

Ojo del charco, ojo del camino
que solloza la ausencia
de los pies sin regreso.



Ojo de mi canción, gema humillada
y humilde a la manera de la gema
del buey, signo divino por la tarde,
del perro, pobre esclavo junto al amo,
del charco y del camino.

¿Una piedra preciosa?
Un cristal de color.
El ojo con el puro
fulgor de la pupila,
una gema que ríe, que llora,
que comprende...

Por eso loca anhelo quedar ciega
hundida en la tragedia oscura del silencio
que hierve de astros interiores.
No ver, no ver,
quedar bien ciega, ciega, ciega,
para ver siempre.



Llama eterna

Si no tuviera detrás de mi vida
tu corazón ardiendo como una llama eterna,
¡qué vacíos serían los viajes y las cosas
y las horas pasadas bajo la luna del silencio!

No lo quiero recordar.

Un camino de luceros
por los caminos del mar.
¡Qué cortos para soñar!

No lo quiero recordar.

Hondo y liso es el estanque.
Alga morada a tus pies.
¡Cómo es posible olvidar!

No lo quiero recordar.



VELEROS

¿Te empuja quizá un mal viento
y caminas pesado de fatiga?
¿O entre tus dos alas rotas
perece tu corazón ahogado?

No lo quiero recordar.

¿Que mal amor es mi amor?
Vuelve a nuestro abecedario
y procura descifrarlo.

Yo no quiero recordar.



Amor salvaje

Amor salvaje.

¡Qué bien estás,
desgarrándome toda!

Amor salvaje.

¡Qué bien estás,
amenazando mi vida!

Amor salvaje.

Qué bien estás,
contenido en lo inexplicable.



Los arados

Se han bifurcado las sendas
y van atrás los arados.
He comenzado a llamarte “compañero”
y he cosido mi pobreza a tu pobreza.
Yo un punto, tú otro punto
—alguien nos hundió el dedo en los ojos—
porque los dos lloramos sangre...
Pedazos de mi vida, de tu vida
van roturando los arados.



Penumbra amarga

Una angustia crecida
me ha bebido todas mis estrellas.
Crótalos negros me crecen hasta en la carne,
me despeñaría sin ruido en la muerte.
A sales amargas tienen sabor mis labios,
olas negras, van y vienen
cosechando algas marchitas.
Compases lentos de mis pulsos
que me desalojan hasta del “yo misma”
y en planetas deshabitados me dejan.
¿Qué hacer? ¿Qué no hacer?
Si este llanto sin mundos
me ha chupado hasta la sangre.



De eslabón a eslabón

Ahora,
no caminarás solitario
porque yo caminaré contigo.
La lucha nos habrá de tragar juntos
y juntos iremos a la acción.

Los dos bajo una bandera de sangre
flameante como un puño
y recia como un corazón.

Enredadas en los motores
se apretarán nuestras manos
y será el humo de la fábrica
el que anunciará nuestra unión.



En arco fraternal
—de mano a mano—
todos los hermanos
nos dirán la palabra
de bienvenida
y unidos quedaremos para siempre
como de eslabón a eslabón.



Como pedazos de su destino

• **P**orque si tienes las manos blancas
el pan que amasas es negro!
¡Y si me acerco es rubio el trigo!
¡Y si me acerco la harina es blanca!
Hombres humildes la cosecharon,
lágrimas negras la humedecieron.
Huellas claras las de sus manos
cortan los panes, amasan los panes
como pedazos de su destino.



Pan

Pan, pan, pan.
Por calles y plazas
quisiera gritar.
Pan, pan, pan.

¡No es para ti!
¡No es para mí!

El hambre me angustia,
me angustia, me angustia.
Pero no es mi hambre
la que más sentí.

Y si por calles y plazas
gritando pediré,
no será la boca mía
la que llenaré.



Dos brazos de mar

Tú, un brazo de mar.
Yo, otro brazo de mar.
Ah, si hubiéramos sido
dos brazos del mismo mar.

¡Qué costas tan inverosímiles!
¡Qué corazón tan titánico!
Y tendido y suave y claro
como la luna de un espejo!

Pero somos de diferente azogue,
ni la tormenta nos confunde.
Nuestros brazos se apartan
como dos listones frágiles.

Tú, un brazo de mar.
Yo, otro brazo de mar.
Ah, si hubiéramos sido
dos brazos del mismo mar.



Similitud

Camino de silencio
que me da tu desamparo.
¿Qué arañas negras han tejido
tu tristeza y mi tristeza?

¿Por qué has estirado los brazos
y me has alcanzado a mí?
¿Es acaso tu cansancio
igual a mi cansancio
o como el agua de una fuente
tú te has volcado en mí?



En la sombra

Como quien da vuelta a una llave
se apagó todo mi mundo.
Ni un fragmento me quedó
pegado sobre los ojos.
Ah qué negro, negro, negro
se me fue volviendo todo,
Diabólico pincel de hollín
borró todos mis horizontes.
Y lo exacto, lo perfecto,
todo se hundió en la niebla...

Las seguridades dulces
de tu perfil, de tus manos,
de tu boca, de tu abrazo,
de un revuelo se escaparon.
Mi voluntad inútil
nada pudo retener.



Tú que eras todo lo firme
que tengo sobre la tierra,
¿cómo no te resististe
a hundirte en el abismo?
Qué distancia tan enorme
la que me separó de ti.
¿Cómo no saltó tu voz
para no dejarme sola?
¡Cómo te rindió la sombra!
¡Cómo se destiñeron los cielos!
Si no has de quedar en mis ojos
yo no me quiero morir.



Cosmos dulce

Aro por donde salta
jubilosamente la vida.
Gotas de agua clara
que horadan hasta la piedra.
¡Música de pasos lentos
que se anña en los brazos!

Esfera de colores,
limoncillo dulce
que de la eternidad los zumos
nos exprime en los labios.



Canción marina sin espuma

Hoy,
si acaso el mar existiera
el mar sería un río negro.
Hoy cuando yo digo mar
es como si dijera sangre.
Anudados en mi garganta
tengo collares de sal.
Ya todas las olas saben
que mi llanto bajó al mar.
Aguas en mareas altas,
galopando por los aires.
Aguas claras, claras aguas,
¡si me lavaran el mal!
Quebrándose en tus espaldas
están todos mis paisajes.
Copiándome estrellas negras
están espejos cobardes.



VELEROS

¡Ay! Cómo bien quisiera
hundirme en tu pleamar.
Arrancar clavos de sangre
en una espalda del mar.



Poema en gris

Igual que un pájaro en su jaula
que no tiene un cielo azul
donde extender sus alas
—así me echo de menos—
sin los cielos untados de tu presencia
donde mi dicha pastoreaba nubes
tarde a tarde.



Elegía alegre

Inútiles fuerzas
que no vencerán a la muerte.
Alto olmo negro
de sangre que se coagula.
Tallo de hielo,
hondo clamor de angustia
que apretara la garganta.

Vacío que ahueca las venas
y desangra el pensamiento.
¡Se me han caído los ojos
llevando mi vista al viento!
¡Se me han caído las manos!
¡Se me ha apagado la voz!
Tengo todo el cuerpo yerto.
De puntillas, como un sueño,
la vida se va escapando...



(Acribillado el pecho tenía de luceros.)

¡Qué callado y hondo silencio!
¡Qué vago temblor de misterio!
¿De qué abismo se habrá arrojado
o en qué mundo la echarán de menos?
Estrella desprendida,
remolino alocado,
viento loco, loco,
que saltando de sombra en sombra,
como un pájaro ciego
llegó por fin a la muerte.



Canción del futuro cierto

De espaldas a la vida miraré pasar
—tú Alba, tú Silvia—
estrenando veleros
¡ebrios de distancia, locos de mar!

En un balanceo de nubes
las miraré pasar,
en itinerario de ciudades
para sus días tornasoles.

El viento abriendo caminos
para el afán de sus alas.
Surcando por aguas mansas
sus dos ansias paralelas.

Barcos en que navegan
con su columpio —mis brazos—
—tú Alba, tú Silvia—
en otros caminos ya.



Burdel (estampa)

En la casa de todos
mil mujeres esperan.

Sus cuerpos caracolean
en las almas muertas.

Furias estremecidas
estrangulan ilusiones,
y hay faldas que arremolina
el tintineo del cobre.

En las sombras enfiladas
van escogiendo los hombres:
¡cien potros llevan adentro
que les enturbian la imagen!

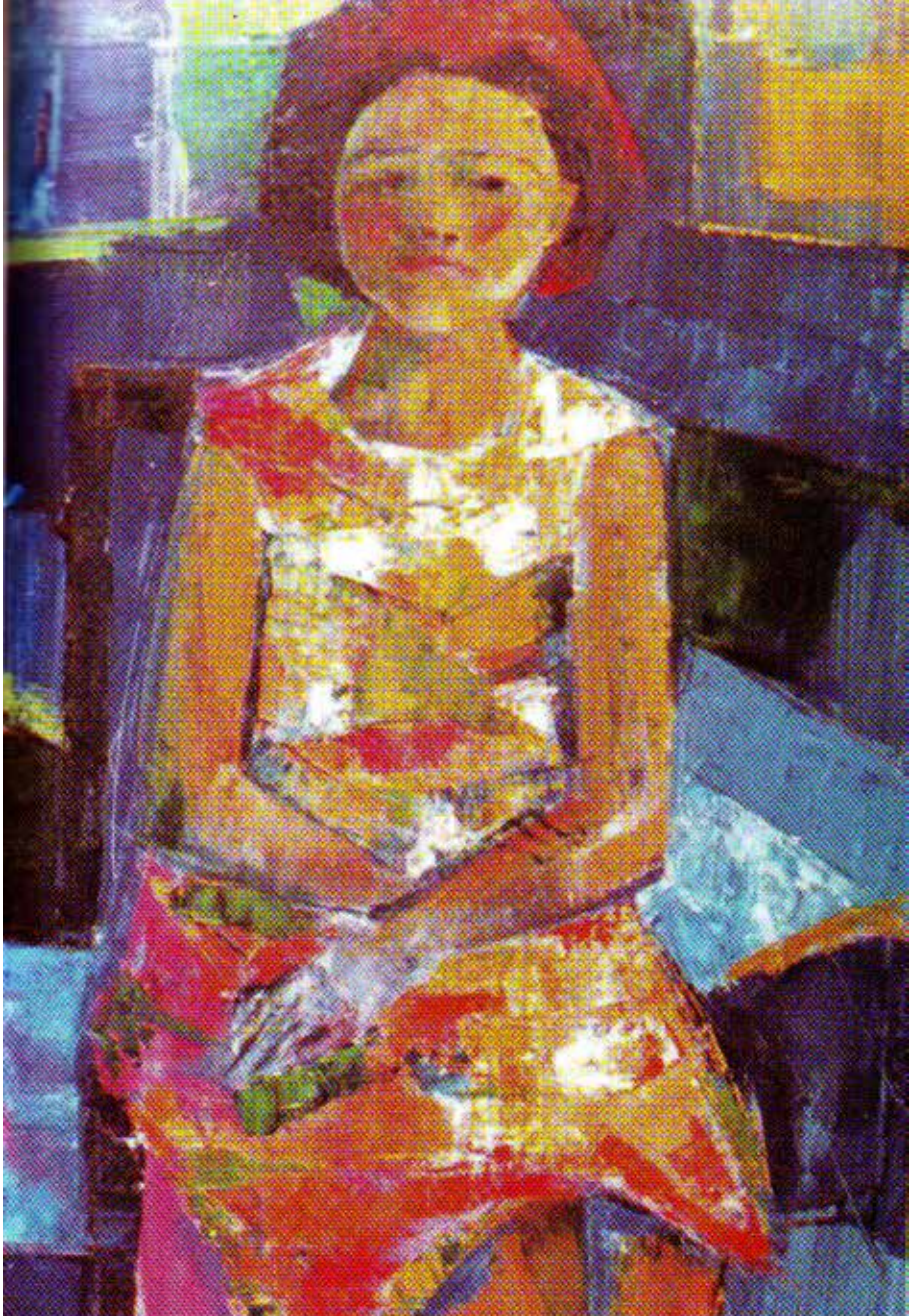


VELEROS

Con el barro de su sexo
hacen vasijas de cobre.

Sus cuerpos caracolean
en las almas muertas.





Óleo de Benigno Gómez (Honduras).

De la desilusión a la esperanza
(1944)



Como un río vivo

¡Habr^á que decirlo!
¡H con la palabra,
sí,
con la palabra.

Con la sangre
oscura,
despavorida sangre.

Y con la exacta
precisa
muerte.



Poema del paso desatado

Desde mi sangre dos niñas me miran
con ojos que se clavan en mi cuerpo vacío.
Entran y están de pie como mundos completos
colgados de su luna, de su sol y su sueño.
Tapándote la cara quisiera defenderte
huella leve que andas y desandas mi camino.
Miedo de madre tengo—sin embargo quiero que saltes—
que saltes sobre mi sangre sin volver a verme.

Desde mi boca sin fecha yo misma te digo adiós;
nada tengo que ver con tu tallo, tu flor y tu árbol,
estás de mí desprendida, enorme en tu distancia,
con las manos al viento de mi vena te fuiste,
sin pañuelo ni pena, ya libre en el paisaje.
Sobre mis hombros andas apta para ver y oír,
tu paso no es alocado porque ya está medido
y ningún lobo te espera para aprovechar tu llanto.



No cabe ya en mis manos tu florecido día,
 mientras tu cuerpo asciende ya estoy yo de regreso.
 Pedazos de tu pan me darás en la boca
 dándole así a mi muerte un poco de tu vida.
 De mi dolor arriba es que nació tu dicha
 yo retoñé un hijo, un hijo y otro hijo,
 para que tú vinieras sobre mi espalda andando
 y entre el agua y la yerba revivieras palomas.

Diez muertes en mi vida para que tú nacieras
 sin raíz de tiniebla y sin huesos heridos,
 lo que dentro de ti pueda sobrevivirse
 ya no es mío ni tuyo sino del porvenir.
 De eso hace mucho tiempo por eso vas volando,
 elevándote y creciendo como espiga de fuego
 que desde el umbral de sí misma moviera el universo.

Desde mi sangre triste dos niñas han volado
 como arcángeles bélicos con la espada en la mano,
 con sus manos de seda van derribando muros
 y no hay mar que detenga su paso desatado.
 Ellas nada sabían mas nunca preguntaron
 andando en el silencio todo lo comprendieron,
 en el aire se han ido, en el aire, en el aire,
 salvadas para siempre de lo triste de la sangre.



Figuras en el agua

Si recordara,
Solo que hace cien años
me habían enseñado.
Qué verdad de rosa partida
en río tierno.

Hablaría de un sollozo,
de una niña de sangre
y hasta de un esqueleto
que bailaba
en el aire.

Y haciendo un esfuerzo,
llegaría al origen del arcángel,
a su reflejo de golondrina
y a su vigilia de puñal.



Recordaría,
la muerte que vi en un espejo,
y un tallo de cabeza rota
que tenía las manos
y los ojos abiertos.
Dime. Y te diría,
el paso triste
del junco dentro de la nieve.
El daño que en los dedos tiene
el niño que teje
su cuna en el viento.

Y quitando musgo de mi cuerpo
—sombras que me hacen guardia—
la historia te contaría,
de sábanas que tienen nombre,
y de mujeres que amortajadas
en el mar enterraron
su secreto.



Elegía de la sangre heroica

Insomnio
del que escucha
con qué golpe tan seco
caen los cuerpos en la tierra.

¡Y cuántos están cayendo!

Cuántos que se han hundido
dejando intacto el hueco de su cuerpo.
Hundido con sus pasos, sus manos y su frente,
pero hundidos hacia arriba;
sumergidos voluntarios en la muerte
seguros de transvivirse
en sus rocas, en sus mares,
en sus árboles.

Su pecho estuvo cierto en la evidencia,
de que no hay otra vida sino aquella



que por el camino de la sangre
hacemos nuestra.

Perdidos tendremos
ya sus rostros,
de las formas hechas y deshechas
se apartarán sus pies.
Pero sábelo,
porque tienes que saberlo,
que estamos contentos
con tanto ramo de olivo.

Porque solo el hombre oprimido,
ahogado de noche y de terror
alcanzará la apropiada medida
para revivir en forma exacta
la desfallecida corteza del planeta.

Los desprendidos huesos
se levantarán de nuevo,
que no está enterrado su fósforo
ni caído su laurel.
Sus manos frescas trabajan
con redoblado afán,
sin reposo,
para que renazca, encendida
—levantada en raíces—
la verdad de ser libres.



Sin residencia

Voy,
vengo.
Y luego pienso.

Que lo mismo aquí que allá,
no hay
un lugar
conseguido.

Que aquí, como allá.
Soy lo que las gentes llaman
un “extranjero”.

Y como un extranjero
iré
y vendré.



Hasta que aquí
como allá.
Ni yo
ni nadie
lo sea.



Se levanta el mar

Cómo poder
Cerrar todas las ventanas
y callar todos los gritos
que se oyen como buscándonos.
Cómo no estirar la mano al agua
y acercar los fantasmas
que desde los andenes nos están reclamando
con sus ojos enfermos
de palomas heridas.

Cómo detener el pecho
ante el crujir de los caminos
y el trizar de las espigas.
Cómo no saltar ola por ola
escribiendo en el aire
con dedos de fuego,
en letras separadas
un alfabeto nuevo.



No hay que olvidar
que no vamos solos al asalto:
caimanes, espumas y fieras
están con nosotros.
En remolinos bajo el viento
que nos ayuda frente a frente.
¿Quién hay ahora que no se rebele
y no tenga en el alma una voz incendiada?
Luchando estamos por el sitio del cuerpo
y hasta por la inicial del nombre.

Estamos de pie
con uñas, dientes y relámpagos,
si alguno cae otro se levanta
con raíces que crecen
debajo del azufre.

¡Oh vida entre la muerte!
¡Oh muerte entre la vida!
Salvada te queremos,
salvada para siempre
tienes que entrar a fuerza
en los ojos abiertos,
sin nieblas en que enterrados
estén los calcañares.
Declarada está la guerra
del aire contra el aire,
los hombres de las bodegas
ya contestan la pregunta,
y tirándola de cuerpo a cuerpo
la noticia va volando.



Que nunca, nunca,
aparte la mirada
de donde están. De ahí donde están
ardiendo con la espada
y la flecha en la mano.
Sin apartar el corazón, ni el hueso
ni la espalda.
De donde la muerte grita,
de donde la muerte llama,
para entre jinete y hombre
levantar el mar.



Poema del amor fuerte

Tú —brazo de una máquina— polea de sangre.
Yo —obrero sin destino— con mi canto amargo.
Yo y tú. Yo y tú —sin ningún epitalamio—
tú, árbol sin tierra, mano encarcelada.
Tú y yo, en una misma sombra...
Yo con mi cara libre infundiéndote aliento.
Tú y yo. Tú y yo, con los pies en el barro.
Tú con tu paso firme inmutable en el silencio.

Tú, dolor de mi dolor, el mismo llanto,
carne que se desgarrar por ir venciendo.
Nunca más cerca estuvimos que hoy,
tu cuerpo junto a mi cuerpo, arrastra el viento.

Tú y yo. Tú y yo. ¡Qué lejos del ayer!
A un paso de la muerte el amor es eterno.
Tú y yo, tú y yo. En un éxtasis sin palabras,
exaltado, como la fuerza que nos hará vencer.



Una obrera muerta

Yo no bajaré a la tumba convertida en harapo,
ni un solo diente de mi boca se ha caído.
Las carnes en mi cuerpo tienen su forma intacta
y ágil en su tallo se yergue la cabeza.

Yo iré a la muerte pero con el labio fresco,
con voz firme y clara responderé a la llamada.
Yo sé que están contados los minutos de la vida
y que jamás el destino su sentencia retrasa.

Sobresalto no tengo por entrar a la sombra,
nadie quiero que venga por mi muerte a llorar,
la espuma de mi sangre como aceite se acaba
y para ese instante a todos solo pido silencio.

No quiero que ya muerta peinen mi cabello
ni que las manos juntas pongan en mi pecho,
quiero que me dejen así como me quede
y así en la tierra abierta me vayan a dejar.



No quiero que me vistan, ni que me ultrajen muerta,
estando conmigo los que nunca estuvieron.
Compañeros sinceros, los que siempre tuve,
solo esos que se encarguen de irme a enterrar.

Tampoco quiero seña, ni que una cruz me pongan,
no quiero para mí nada que los pobres no tengan.
Pues aún después de muerta, mi puño estará cerrado
y en el viento mi nombre será como bandera.



Tú lo sabrás

Que por qué bajé los ojos
y estoy mirando los huesos que se pudren en el lodo.
Cuando bien puedo mirar tranquila pasar los días,
en monótona felicidad egoísta.

¡Yo sé que estás diciendo!

Tú lo sabrás un día
cuando tus manos toquen la sangre
y por senderos infinitos
vayas con los pies perdidos,
mientras lobos y osos
devoran la cabeza de tu hijo...
Cuando como una sombra
doblada, te arrastres,
y el sol y la lluvia te encuentren desnudo
con el pecho vacío...



¡Lo sabrás!

Y repitiéndolo irás el día y la noche
sin temor a la muerte,
ni reparar en cansancio, ni hora, ni lugar.
La bellota caída
habrá germinado
en tu pecho ennegrecido.

¡Tú lo sabrás, lo sabrás!
Y nada te apartará de tu sitio,
ni querrás sustraer ni un dedo, ni una palabra,
de donde una nueva conciencia
te habrá colocado para siempre.
Y están como torrentes
enfilados los hombres
unidos en el llanto,
en el seso y en la idea.

Ahora,
aunque te lo diga,
tú no lo entiendes.
A veces lo sospechas
pero lo niegas.
Te crees más firme apoyado en el infortunio,
que en la falange sin nombre del esfuerzo,
donde no cabe la dicha
si no es para todos.

Pero la edad de tu fe
es un tallo que se pudre,



DE LA DESILUSIÓN A LA ESPERANZA

desclavados tus ojos
te horrorizará tu tamaño.
Y tú mismo te crucificarás,
esperando que de la herida
hecha en tu costado,
renazca la esperanza como un nuevo día.
Entonces, ¡tú lo sabrás!



Lamentos en el espacio

Afuera ruge el viento. Tu cabeza está
en mis piernas.

La noche se entretiene en ronda de fantasmas.
Aguas desbarrancadas cortan narcisos y nieblas
para adornar la tumba de tanto pájaro muerto.

Tú peinas y despeinas mi cabello
mientras el mar arrastra sangre y lodo.

La sombra parece que esculpiera cadáveres.
¿Quién llora y se desespera en el aire?
Amor. Tú estás dormido,
—sin darte prisa por salir de la noche—
mientras yo atajo lamentos
de madres y de niños.



Contigo crece el mar

No creces a mi lado
pero te levantas como espiga,
todos te ven florecida
de trinos, de palomas y de nardos.

Estabas en el alba
y ya tenías la palabra encendida,
sujeta la raíz
a muchas almas.

Más qué pura te suspendes
entre nardo, clavel y luna,
sintiéndote crecer dueña
de venas que se desangran...

Tus manos tienen pañuelos
para curar árboles heridos,
para el agua del quebranto
tu pecho nació extendido.



¡No hay hoja que se desplome
que no te hiera la entraña!
En tu corazón de inocencia
la vida honrada trabaja,
constelada de gritos,
de sudor y metales.

¡Como madre que en su entraña
cura al hijo de dolores!

Y porque andas sobre la muerte
el sol no se pondrá en tu cara,
en todos los caminos tienes
mano limpia que tomar.

¡Jazmines para tu espalda
nunca podrán faltar!

Tú que sin madre creces
contigo crece el mar,
teje y desteje vendajes
resinas para curar.

Para ti sí que llega
—porque tendrá que llegar—
saltando por tu boca,
por tus ojos, por tu cara.

El futuro sin fantasmas
que después de este oleaje,
con los brazos abiertos
tendrá que llegar.



Dentro de la noche

Cuando mi hija camine...
ya sobre el camino de mi silencio
y suenen como un eco
mis pasos en sus pasos,
limitada y perenne
mi palabra será,
espiga que en su grano
logró dar su cosecha.

Irá sola y conmigo
—clamor dentro del pecho—
tomada de la mano
como la fruta al árbol
que le dio vida.

Caída en sus brazos
tal vez llore mi voz,
como llora el ciprés
que se dobla en la fuente.



Y ella dirá:
Alguien detrás de la luna habla
con voz que sale debajo de mi sangre.
Una sombra inclinada llevo dentro del pecho
como cielo que guarda para mí sus estrellas.
La muerte de este modo
no caerá sobre mí...
Siempre en su cabeza un sueño,
una pregunta en su boca.
Y yo de pie sobre su vida
como mano de nieve
que cuidará su noche.



La negada presencia

Yo siempre tuve pena
del que no supo amarme...
Nací en estrellas altas
y al alba estuve sola.

En la boca prendida
se quedó la palabra
que jamás ancló íntegra
en tu corazón socavado.

Hoy siento el raro deleite
de sentirme vencida.
Mis caminos abiertos
espantaron tus ojos.

Nada pueden mis alas
en orillas de tierra.
Eres hombre pequeño
y no alcanzas mi vuelo.



Soledad multiplicada

A Marcos Carías Reyes

En un planeta helado habito
y con las alas plegadas estoy en el sueño.
En pegajosa y húmeda atmósfera
todo ardiente signo es un leño apagado.

Su sentido pierde la palabra exaltada
y un callejero idioma vulgariza la emoción.
El espíritu se extravía en terrestres guijarros
y en forma de ceniza nos queda entre las manos.

Solo la noche abrevia la extendida fatiga
quizá porque dentro de su oscurecido cielo,
un fiel ángel nos custodia y nos vigila
con arrullos que se ahogan en la presencia muda.



Desde qué hemisferio de humo nos ha tocado ver al mundo.
¡Que en soledad de pájaros se desdobra la vida!
Cuando amiga soy del árbol y amiga de la nube,
y es de puntillas que ando por la dormida selva.

En mis venas los ríos desembocan sus aguas
sin embargo me cargan de un pesado silencio.
En extensiones perdidas he construido ciudades
y hospedada en la tierra la semilla germina.

En recuento de sales al fin estoy amarga
y en un palmo de sombra me preparo al olvido.
Una promesa es Dios en el fondo del alma
y por su escala cósmica alcanzaré la cumbre.



Ángel esqueleto

En mares de humo estoy enterrando las pupilas,
tras mundos grises en aguas muertas.
Para mis ojos —en noche extrema— no hay cielo azul,
ni encendido corazón de girasoles.

¡Ángel esqueleto! que un mal incurable mata,
y en cruce de imágenes definirá su suerte.
¡Ángel esqueleto! que su soledad inaugura,
y con carne sobrenatural se siente lastimado.

En pechos destrozados no anida la fortuna,
surtidores impuros envenenan el aire.
Y el ángel asfixiado en espantado vuelo,
dejará que la muerte hasta sus alas enfríe.



Mis espejos rotos

M^{ar}—remanso de ultratumba—
ojo verde
donde está intacta
retratada mi tristeza.

Abre sus olas, y sonríte...
con sus medios cuerpos de sirena.
Y con el arrastre de cadáveres
que flotando van en el nublado espejo
de sus golpeadas aguas.

Teñida de sangre y en la orilla,
como cara partida en afilada roca,
espumarajo de garganta exhausta.
O escapado grito de socorro
de un pobre ser que enloquece en apartada isla.



No. No. No.

Este no es mi mar,
ni estos son mis ojos.
En estas aguas los niños están muertos,
y los vientres de madre comidos de gusanos.

Mar de pupila suicida,
mar siniestro, mar humano.
Pájaro de plumaje oscuro, mole fría,
en tu noche de desvelo de seis meses
las vírgenes están mutiladas,
los peces tienen la pupila cerrada
y los ángeles el ala rota.

Ya lo ves,
yo también estoy ahogada.
Hecha pedazos en tus aguas,
rotos los huesos blancos
en la barriga de tu Dios podrido.
Naufragado el impulso,
herido mi júbilo
rota mi risa.
En la falda de opio
de tu corola de humo.

Agua madrugadora
de impulsos asesinos.
De cadáveres nos estás llenando los caminos.
Y sembrado de cruces está el cielo y el mar.
La mañana alumbra tu cosecha macabra
y veneno es la espuma
que me besa los pies.



Canción de cuna para una hija

De mí naciste, hija.
¡Yo misma vuelta a nacer!

Canción de cuna en mis labios
porvenir en otra esquina.
Paralelas las de tus ojos
donde se asoma la dicha.

¿Fuiste tú la que naciste
o fue todo un mundo, hija?
Mi entraña gestó el mañana
que está pidiendo justicia.

Mas solo tu boca nueva
sabría decir la palabra.
Yo aunque lo quise, hija,
en m i estaba el pasado.



¡Pero todo mi cuerpo fue
tierra, tierra propicia
para que tú nacieras, hija!
Tú que serás el mañana.



Canto de la espada y del combate

Suspendido
En el viento
quedó tu alarido...
inmóvil, inmóvil,
pero encima del tiempo.

En un constante entrar y salir del fuego
vestido de tu sangre te tomó la aurora.

¡Ah mínimo goce de la mano pequeña!
¿Para qué decir lo que hicieron
cuando lo siguen haciendo?

¡Tanta fatiga para callar tu lengua
habladora de Universo!



Qué frío deben haber tenido las espadas
cuando atravesando tu carne de algodón
vieron que no te herían...

Que mano a mano se les escapaba tu voz
y ojo a ojo tu rostro.
Que el único silencio que adquirirían
era el de tus ojos,
pero que tus ojos tenían una rosa adentro,
¡y en esa rosa estarías siempre de pie
en la punta de los árboles!

Qué nueva tu palabra
y después de un largo viaje...
Diáfana y querenciosa
tu voz no se concluye
¡claro caballero!
hecho junco de pelea.

Tu espada hecha de bronce
decidida y transparente
siempre está en acecho.
Capitán de capitanes,
¡derribando andamios y cadenas
tu frente se tornasola!

Una revolución lleva tu paso
y el tiempo no te ofende
ni te ultraja.
¡Dormido corazón!
que diste diáfano reposo



a la carne lastimada de pesares.
¡Tu palabra jamás será ceniza,
ni cansado sol
sin la gracia de la espiga!
Hombre
que golpeando tu espalda
quisiste vivir, y más vivir,
y seguir viviendo después de morir.
Para desde tu alta muerte
dejar tu acento defendido;
y sin tregua a tu ángel
luchando en el polvo.

Todos somos los mismos pero tú más que nadie,
porque un siglo te arroja con su largo silencio
y ya te aullaba en el pecho un dolor de Universo.

Como ayer estás hoy con las manos abiertas
paseándote en los ojos un sueño que se alarga.
Nada apaga el tumulto de tu boca enamorada,
ni el clamor extendido
del tambor de tu pecho.

¡Por tus mismos caminos hoy ondean las flechas
y crecen como espigas las manos desatadas!

Enterrado quedó
—es cierto—
parte de tu mensaje.



Pero ciego será el que lllore
tu muerte sin regreso.
Cuando tú yaces aquí, sin sombra, ni ciprés,
con dolor de carne ardiendo en el bullicio
de la angustiada sangre de tus pueblos.
¡Tus mares avanzan con un gesto hacia arriba
cabalgando hacia el alba
como tú lo querías!

Que no ha habido distancia entre tú y nosotros.

Soldado que quisiste cambiar
la manera de las cosas.
Y que dando tumbos de sombra en sombra
le diste una brújula a tus pasos.

Y porque no fue en el viento
que clavaste tu sueño,
tu corazón sigue ardiendo encima de la noche
y son los mismos de antes todos tus sinsabores,
¡y somos los mismos de siempre los que te seguimos!

Tu vida es clara y celeste
pero porque es humana.
Porque andando sobre el agua y el fuego
dignificaste al hombre,
y buscaste un regazo comprensivo y fraterno
para su vida.
Por eso vives. Por eso eres eterno.
Por eso el viento te lleva de un lado al otro.



Tú no estás ni lejano ni próximo
sino perenne.

Perenne y perseguido, Dios y hombre.
Espada en el combate;
¡Morazán! Morazán, Morazán.



Si es que no se universaliza

Qué muerte tan pequeña
es el amor que cabe en un sueño.

Nube que pasa ligera
como la vida...

Agua que vas a tu mar.
¿Por qué no te quedas en río,
y yo en nada?

Si es que no se universaliza
ni tu agua ni mi amor

donde todo se irisa
con los vapores tenues.



Canción para dos niñas pobres

Yo pensaba siempre en ellas,
en la cal triste de sus huesos.
Pero por su sangre bajé
a la sangre Universal.

Las dos están en el agua
pero se curva el pozo de lleno.
¡Tanto niño naufragado!
Y mis ojos sin haberlos visto.

¡Pero dónde estaban todos!
Cuántos tengo en mi regazo.
Solo ahora sé quererte
sangre tierna de la entraña.

Fue preciso que la vida
me destrozara en sus arenales.
Para que entender pudiera
el cáliz puro del amor.





Óleo de Adriana Bonisconti (Italia).

Creciendo con la hierba
(1957)



*Así:
De compañera a compañero.*



I

Pudo ser.
Pero estaba la espina,
eterna enemiga de la rosa.
Y sola, sin orillas,
la perdida corola de mi sueño.

Y fue.
En aquel pliegue triste
de mi sangre
donde pálida quedó la sonrisa
que se hizo hielo
sobre su pecho ausente.

Obediente la rosa a su destino,
tuvo que ir mostrando
el candor de su rostro.



Te quemará el amor los huesos.
¡Niña del aire!
¡Paloma del amanecer!
Ya que solo en la sangre despierta
estará el germen creador defendido.

No caerá por eso
la estrella de tu mano.
Ligaduras humanas no detienen
tu rostro, ya salvado en mil edades.

Esbelta, en tu talle de ángel,
un río es la sangre de tus venas.
Agua que trae y que lleva
la quebrada raíz de la sombra.

Tus dedos nunca sabrán
rescatar el ademán que va perdido.
¿Qué semilla no encontró surco en tu mano,
ni inmaculado nido
en el hueco de tu rodilla?

Ningún camino aparta al cielo de su cielo.
Todo te alza a la altura de tu llaga.
Conmigo. Contigo. Sola.
Atada va la sangre
a raíces que no entiende.



II

Ya ves cómo
mi pecho ilumina
una verdad tremenda.
Los ángeles que pasean por mi sangre
son ángeles rebeldes.

Y me humilla tu rostro atado
y tu corazón cerrado
por un mandato de siervos.

Cuando yo oí me dijeron:
Pequeña: No le niegues al amor tu cara.
Solo así tu flor tendrá polen
y flotará libre,
goteando muchedumbres,
tu cara creciendo con la hierba.

Distintos son los rumbos de la carne
y solo el viento salvará
a tu pie, que en la ceniza
quedó extraviado. . .



¡Criatura de mi amor!
Solo cuando el fuego
te lleve hasta mi grito,
recuperarás intacta
la espiga que dentro
de tu piel madura.

Fuera necesario morirme y no quererte.
Golpearme la espalda
y atar mi lengua
para no decirte
que están llorando en ti los brotes
y detenidos los arroyos,
porque le niegas al surco
lo que es del surco.



III

¡Me oyes!
¿Me estás oyendo lo que te digo yo?
La que quisiera detener el canto
y dejar que la muerte decorara
hasta mi desnudo vientre.

Antes de mirarte de tan lejos,
desde donde
hay un planeta que se quiebra
entre mis dedos.

Y no pude decirte más.
Me dolían todas mis marcas.
Y sin saberlo, empecé a despedirme,
a despegarme
de los resabios de mis pies,
por tus mismas palabras.
De repente, algo fue distinto.
Ni tú te llamaste tú
ni yo me llamaba yo.



El barro crecido
nos unía y separaba
en mil anillos
de diferente edad.

Hubiera querido amarrarme a ti
y no preguntarte nada.
Dejar inconclusa
la vid que conmigo crece.
¡Pero había, entre nosotros dos,
una espada arisca,
que no me lo permitió!

La palabra iba suelta
en el aire,
indestructible
dentro de mi llanto.

Es tan fácil herirme,
que un pequeño ruido
de cristal lo logra.
Basta que tu inmóvil
faz se mueva.
Y no me sientas subir,
estremecerme
con los ojos cerrados.



Reemplazar quisiera esta sangre
por otra sangre que te tocara las raíces,
y te dejara desnudo mi ramo de huesos
limpios
de todo lo que no fuera
una inocente corteza
que acatara tu latido.



IV

Despacio,
que está madurándose
la criatura de espuma
que se queja en mi entraña.

Copo a copo
voy cubriendo
de alta atmósfera
lo que vivirá,
aún detrás de la muerte.

La urgencia de mi paso
es un puro símbolo
—nada es mío—
una flecha me curva
dentro de tu amor.

¿No sientes deshojarse
pétalos dentro de mis sienes?



¿No sientes que mis manos
te adelantan la rosa,
el aroma y el tacto?
Y que mi sueño
es una arteria abierta
que calcina al gusano.
Y que precisas otro nombre
para encontrarte
con la sonrisa
de tu primera¹¹ niñez.

Era eso lo que me faltaba decirte,
antes que tu amor
la boca me consuma.

Hablarte
de este doble vivir
en la noche y la trasnoche
de una sollozante bruma.

Nunca esperes que te traiga
una espina en la mano.
Para venir y para buscarte,
ya había dejado
todos los abrojos.

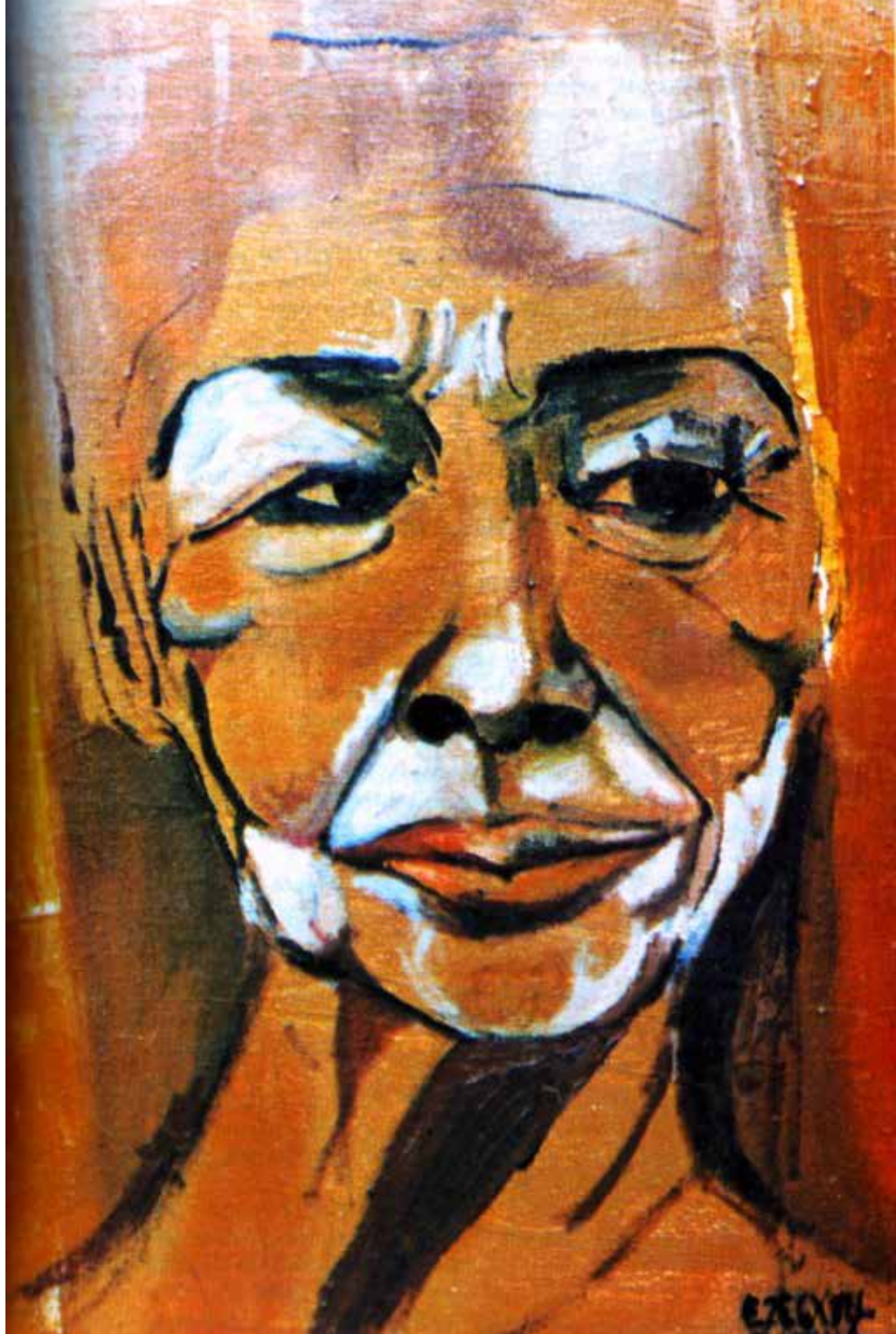
¹¹ “Primer niñez” en el original. (N. de E.)



¡Flota en la luz de mi relámpago!
No olvides
que el paso frágil
de un milagro rápido huye.

Y que la vida que te pido,
no es tu vida,
sino que la copiosa,
inagotable.
La inmortal vida.
Buscando
voy dentro de tu fondo
al árbol que te viste
y te abraza y te estrecha.
y tal vez hasta te separa
de tu mejor forma.





Óleo de Ezequiel Padilla Ayestas (Honduras).

Canto a la encontrada patria y a su héroe
(1958)



No puedo llegar...
porque jamás me he ido.
Eres una Patria construida
en lo interior.
Caminas dentro de mí
como un abierto río.
Vienes desde muy atrás
rebelde y vegetal,
todo en ti es nuevo y viejo
tierra para la infancia
y para inmortalizar el tiempo.



¡C ómo te reverdeces
con solo volver a verte
con los ojos de ayer y siempre!
¡Qué ternura me inunda
con cada hierbecilla tuya!
Desde ahí, te veo crecer
hasta el pino alto y rumoroso.
Desde ahí, nazco y me pueblo
con tu cálida sangre
que anima la esperanza.
¡Patria de Aurora! ¡Patria de Piedra!
No sé ni decirte la forma
en que te quiero.
Es casi un amor a ciegas,
pero con una memoria intacta.
Es como recordar tu barro
o mi vestido nuevo.
Es como jugar al sol
con las hebras de luz.
Como ser enero en tus venas
para aprender a quererte,
como tener seis años
para deletrear tu nombre.



Te quiero como cuando en la arena
 besaba el amor primero.
 ¡Qué olor a tierra tenía
 la boca que me besaba!
 Eras tú misma, Patria,
 en su pasión desbordada.
 ¡Mejilla de carne tuya,
 misterio del amor intacto;
 la que en tu piel caminaba!
 Vestida con carne tuya,
 qué transparencia tenía
 ¡era como ver mi alma
 en tus aguas reflejada!
 Así se empieza la vida
 con un horizonte en la mano.
 Con una impetuosa corriente
 que un mar jubiloso arrastra.
 ¡Avidez de un gran destino
 que lúcido avanza por dentro!
 Ilusión que jamás declina,
 presencia que no se antepone,
 verdad que se ha poseído,



CANTO A LA ENCONTRADA PATRIA Y A SU HÉROE

dolor que se ha conquistado,
eso es para mí la Patria.
Que si alguien te lleva por dentro
es quien camina en tu sangre,
quien adivina tu sombra,
quien asoma a tus abismos.
Quien ganada tiene tu imagen
y te libera hasta lo imposible
de un posible vasallaje.



Que por algo tienes tu héroe
trabajando sin olvido
y en todo aire exaltado.
Su mano no se adelgaza,
tampoco su existencia se acorta.
Que vivir pudo su muerte
por la verdad poseída,
y nace con ella a diario
con vida que no se destruye.
Así lanzada en el tiempo
con mi canción precursora,
Morazán desgarró mi frente
y su mensaje estampa en ella.
Me basta para saberlo
la voz que escucho por dentro.
Y si multiplicada voy toda
con su humana presencia.
¿Acaso no eres tú, torrencial Patria
en mí, inexorablemente, desbordada?
Me intriga tu corazón
hermoseado en la historia.
¡Qué inexplorado mundo



CANTO A LA ENCONTRADA PATRIA Y A SU HÉROE

en tu ilimitada pupila!
Hay que sobrevivirse
pero en la espina dorsal de tu cuerpo.
En tu fabulosa estructura,
habitante de mar y tierra.
Un pueblo de erguidos pinos
te sostiene la cabeza.



¡Capitán de antiguo coraje
 que no sabes lo que es derrota!
 En tu resplandor está la Patria,
 la Patria de tus milagros.
 Eras como la tierra
 con impulso vital indestructible...
 Esto es Morazán desde el aire,
 desde donde lo veo extendido.
 Esto es Morazán desde su espada,
 desde su sangre,
 desde su sueño sin prisa,
 desde sus caminos, sus edificios.
 Esto es Morazán desde sus pájaros,
 esto es Morazán desde su Patria.
 Esto es Morazán desde la calle,
 desde sus himnos y su victoria,
 desde su cielo y desde sus rosas.
 Esto es mi Patria,
 esto es mi limpio sueño,
 esto es mi canto donde viven las palabras,
 esto es mi piedra, mi sol, mi llanto.
 Desde aquí vine y hacia acá voy,



la Patria se apodera de todo.
Es hoy, es ayer, es el porvenir,
es donde se apoya el cuerpo,
donde se deja morir.
Es la redondez de la tierra,
es la madre, es el hijo,
es la lágrima, es la risa,
es el futuro que lo abarca todo.
Es el vientre promesa,
es la esperanza asomándose siempre,
es el nombre que no se olvida,
es el conmovido destino,
es la arquitectura del hombre,
es la Patria.





Óleo de María Talavera (Honduras).

El poeta y sus señales
(1969)



Mirando extasiada el cielo

Sentada a la orilla de la vida
yo soy tres.
Mi sueño, la poesía y yo;
pero lo que ahora digo
lo borra mi sangre con su veloz vertiente,
entretanto el reloj
—rompeolas de los días—
inventa una nueva hora,
en la escala gradual del tiempo.
Anterior al péndulo
y al vuelo de las golondrinas,
está mi luna que llora y ríe
en un exacto protectorado de palabras.
Yo no sé cómo cerrar los ojos,
reconquistar las tardes,
las memorias,
y los paisajes,
en una sola fuente recóndita



que afirme definitivamente
el soplo primigenio;
a nivel de la rosa que no se marchita
en el seno,
o de la nube que se hubiera quedado
prendida en la ventana
mirando extasiada al cielo.



Mágicamente iluminado como en un paraíso

Me salí de mi vestido
y fui a dar con mi cuerpo,
y pude comprobar entonces
el valor de mis pies, mis manos, mis piernas,
mi estómago, mi sexo, mis ojos y mi cara.

Supe del deleite que cada uno de ellos me ha dado
y me he dicho de improviso:
¡Qué contorno mágico el de mi costado,
qué antiguos y nuevos ecos en el hilo de mis venas,
qué voz en la garganta,
qué sílaba impronunciable en el labio,
y qué sed detenida en la garganta!

Apresuradamente he salido por la puerta
disparada a caminar,
a tocar el suelo con mis pies,



a lanzar flechas encendidas por los ojos,
a devorar paisajes,
a enredar mis manos en jeroglíficos de relámpagos,
a dejar detenida aquí en mi sexo
—árbol fructificado—
el aroma de la vida.

He absorbido, he olfateado, he gritado,
vivir, vivir, vivir.
Como si despertara una y otra vez
y fuera abeja laboriosa
que libara su miel astral.
Alba que cuajara aquí en el pecho,
armero que trabajara día y noche
su cumplida labor.

Abro precipitadamente
las puertas de mi aposento
y tiro lejos la sábana.
Me asomo al espejo como a una morada
que no habrá de retenerme.
Como un propósito alucinado,
brilla mi anillo de piedra color malva,
mi lámpara, mi reloj,
detenidos en los umbrales del tiempo.
Mis zapatos desvelados a la orilla del lecho
y mi rostro deambulando por el sueño
como en una decoración para un poema
escrito en las líneas de la mano,
o en el destello metálico de mis sentidos
tulipanes siempre ardiendo.



Mi perfil de arcángel
danza con el rayo,
detiene sus reflejos en la frente
y derrumba con su fuego el corazón
como en un paraíso mágicamente iluminado.



Rebeldía

No he venido al mundo
para llorar. No es con lágrimas
que se obtiene la alta dimensión del hombre.
No es a que me maltraten
ni a que me humillen.
No me arredra la lucha
por más encarnizada que ella sea.
Afianzada tengo el alma
a un rojo encendido de fuerza
que puede maldecir
pero jamás humillarse.

No importa que pretendan negar
la luz de mi destino,
que rompan despiadadamente
el encaje del sueño,
que destruyan el azogue de mi espejo,
que me sumerjan en la noche sin adioses,



que con saña me nieguen el pan, la sal y el agua.
No esperen que por ello me doble dócilmente,
aunque la carne sea siempre la carne
mis entrañas ya casi son de acero.

Mas los que así pretendan
que por mí no teman
que haría falta para ello desconocer
que yo aprendí a cantar con las palabras justas.
Y que he encontrado la verdad en la médula de mis huesos
y que por eso marchó a espaldas de la aurora
como si ella misma naciera en mi costado.

Ignoran acaso que en el recinto de mi pecho
he dejado entrar el universo
y que tengo como cumplido deber gozoso
amar la justicia, la lucha, la esperanza
y afianzarme a ellas
con mi corazón, mi canto
y la vida misma.

Y que por ello en todo tiempo
para mi sueño es la primavera,
la tierra toda florece
y adelanta para mí su simiente milagrosa.

Sin negarme jamás a sangrar,
hasta dejar como caños vacíos las venas,
dislocarme de espanto en horas tormentosas,
rodar como un animal herido,
saborear mi saliva como si fuera una fruta,



tocar sonámbula mi propio esqueleto,
acariciarme yo misma
a fuerza de sentirme tan desgraciada.

Pero eso no será nunca estar vencida
ni naufragada en ningún planeta.
Será acaso como estar momentáneamente cansada
de un largo viaje...
para empezar el nuevo día con más violencia.
Pues hay que saber que cuando el pecho casi estalla,
el dolor es su única defensa.
Además qué triste sería ser invencibles
únicamente por el miedo a sufrir.

Mi pecho abierto a los cuatro costados
se viste, se desviste, anda y desanda los caminos
y jamás se protege del desamparo.
Él sabe que sería risible disfrazarse con máscaras,
que solo hay una forma segura de ganar el combate
y es entrar en él con el cuerpo descubierta
pero con plena decisión de pelear
hasta ganar o perder.

Que vivir es seguir viviendo,
buscarse minuto a minuto,
hasta encontrar la voz servidora
que nos permita dar el mensaje
de lo verdaderamente eterno.



Yo sé que atrás se quedará mi rostro
pero que mi voz estará siempre en el alba,
que no hay tumba para la férvida palabra
y mucho menos para el canto que va de boca en boca.
Que este es un frágil milagro de inescrutables designios,
una belleza que se acrecienta cada primavera
y una eternidad que se levanta del mismo cadáver
para no morir nunca.



Qué ignorancia, madre

Qué ignorancia, madre, qué ignorancia
para encontrar tus vestidos en el aire.
Qué ignorancia, madre, qué ignorancia
para ver a la rosa en su luz definitiva.
Qué ignorancia, madre, qué ignorancia
para palpar tu carne florecida.
Qué ignorancia, madre, qué ignorancia
para romper la fábula de muerte
y recobrarte tibia en las espigas,
mía en la niñez, amor, amor.
Mía detenida en tu blancura
sin paños enlutados que te cubran la mejilla,
ni manos sacrílegas que entierren tu esqueleto.



Ahora es que he crecido, madre

Como cuando se llora porque se tiene que llorar
porque se tienen los ojos henchidos de lágrimas,
como cuando se grita porque se tiene que gritar
porque se tiene el pecho rebalsando de pena.
Como cuando se calla y el silencio es un río de angustias
donde la desesperanza es eterna.

¡Así madre! la pena en mi regazo
¡Así madre! el grito en mi boca
¡Así madre! la angustia estrujándome por dentro
¡Así madre! el dolor quemándome las manos
¡Así madre! mi protesta, mi ira, mi desolación.

Demás está que diga que yo haré el mismo viaje,
que nada se pierde en la nada,
que tú eres eminentemente cierta,
que estás a flor de piel en las cosas
con tus días y tus noches inolvidables.



Que yo puedo crecer a la altura de tu árbol,
ganar tu luz y tu bondad inmaculada.
Mi corazón queda intacto en el llanto
el pecho vacío no se consuela.
Y es que cómo puedo olvidar,
que tú eres la única capaz de quererme,
y además de guardarme y de resguardarme,
de toda intemperie
dentro de tu propio corazón.

Abro los ojos y te miro. ¡Qué ojos los tuyos madre!
En tu empinada voz, en tu alta voz,
te escucho. Y comprendo
qué caminos de amor te hicieron perfecta, eterna,
por eso floreciste como la rosa
que manos amorosas le apartaron las espinas.
Pero en la vida mía, la de tu hija,
el cielo no se alcanza tan fácil.
La verdad del mundo le fue taladrando el pecho
en un dolor universal.

Tú que nada sabías lo intuías todo
y callada y caudalosa descendías a mí,
y volcabas a mi orilla
tus tranquilos y serenos mundos.
Por eso pude dejarte una y otra vez, ascender,
ser fuerte en la lucha, en la vida,
porque sabía que en cualquier minuto
podía apartarme del estrépito
y regresar,
a la milenaria raíz de tu ternura



donde nunca fui más
que una niña sin crecer
arrullada por tu amor.
Ahora es que he crecido, madre,
para que me lama el corazón la desesperación,
para que un helado sudor de espanto
paralice mis ojos en la sombra.
Y vestida de bruma, de sangre, de noche,
deletreé tu nombre profundísimo
hoy iluminado y desnudo en la muerte.



Otro poema a mi madre

Madre:
A horas apenas de partir
tu casa ya no era mi casa.
Sentada en la puerta
miraba para adentro,
donde la pena empezaba a mancharlo todo
y el miedo me hacía señas desde lo oscuro.
Anduve descalza, para no despertarte
y retrasar tu viaje.
Me vestí de infancia para recorrer
más rápidos todos tus pasos.
Eché para atrás los años
para comerme el pan desde tus manos,
como un animal herido tirité de frío.
¡Ay! me dije: dónde podré ahora
dejar caer mi cabeza pesada de sueños.



Cuando yo era una niña
buscaba siempre tu falda para gemir.
Y ahora la muerte me quiebra
mi mejor alondra, mi patria madre,
mi señora, mi madona.
No tengo aliento para comerme las manzanas,
ni tengo pájaros para que aniden en el pecho,
estoy huérfana y definitivamente sola,
podría desde ahora dormir en las calles
dando gritos de gritos
sin que nada me consolara.
Pero quizá es tu cara la que me mira
desde adentro, y no deja caer
a mi corazón en la noche.



Poema del hombre y su esperanza

Ahora me miro por dentro
y estoy tan lejana,
brotándome en lo escondido
sin raíces, ni lágrimas, ni grito.
—Intacta en mí misma—
en las manos mías
en el mundo de ternura
creado por mi forma.

Me he visto nacer, crecer, sin ruido,
sin ramas que duelan como brazos,
sutil, callada, sin palabra para herir,
ni vientre que rebose de peces.

Como rosa de sueño se fue formando mi mundo.
Ángeles de amor me fueron siempre fieles
en la amapola, en la alegría y en la sangre.



Cada caracol supo darme un rumbo
y una hora para llegar.
Y siempre pude estar exacta.
A la cita del agua, de la ceniza
y la desesperanza.
Frágil, pero vital, fue siempre mi árbol,
al hombre y al pájaro les fui siempre constante.
Amé como deben amar los geranios,
los niños y los ciegos.

Pero en cualquier medida
estuve siempre fuera de proporciones,
porque mi impecable y recién inaugurado mundo
tritura rostros viejos
modas y resabios inútiles.

Mi caricia es combate,
urgencia de vida,
profecía de cielo estricto
que sostienen los pasos.

Creadora de lo eterno,
dentro de mí, fuera de mí
para encontrar mi universo.
Aprendí, llegué, entré,
con adquirida plena conciencia
de que el poeta que va solo
no es más que un muerto, un desterrado,
un arcángel arrodillado que oculta su rostro,
una mano que deja caer su estrella



y que se niega a sí mismo, a los suyos,
su adquirido o supuesto linaje.

De esta ciega o absurda muerte o vida,
ha nacido mi mundo,
mi poema y mi nombre.
Por eso habla del hombre sin descanso,
del hombre y su esperanza.



Silvia Rosa

Entre tú y yo existe
algo más que el parecido humano.
De la raíz a la flor
corre la intacta sangre mía.
Puedo intuir-la, ver-la, tocar-la
rostro a rostro,
siempre en perpetuo tránsito
en eterna faena
de cosecha y milagro.
Afianzada a tu cogollo,
a tu recinto amigo,
a tu presencia boreal
de suspiro, estrella y pétalo,
encuentro y es totalmente mía
la ganada eternidad
de la voz, la sangre y la rosa.
Y es hasta entonces que puedo
habitar en ti, en mí,
sin limitar los pasos,



ni la raíz, ni el tiempo.
Segura, marcada, divinizada
hasta en el más pequeño además
de tu figura-yema cumplida,
de una insospechada especie.
Tú presenciaste la noche
cuando apenas estabas en el alba.
Y tal vez hasta intuiste desde entonces
terribles secretos,
del barro, del llanto y la desesperanza.
Cerraste y abriste las compuertas
de ángeles que viven en tinieblas.
Y mediste los círculos
de la espalda, de la sombra y de la más pequeña rama dolida.
Así anduviste entre guijarros
amarga entre palomas y niños.
Tú la más maternal,
la que tiene una nobleza envejecida
y un sueño desvelado,
la que anda en el aire
y puede alimentarse
de las frutas más pequeñas.
Tú la que tienes de la ternura la medida
y parece que desprendes de tu boca la palabra
con aroma y pétalo para la caricia.
Tú la delgada, tú la leve,
tú la que andas de puntillas
siempre recién nacida.
La de inalterable linaje,
la sin fatiga, la sin obstáculos
para curar al lirio maltratado.



Tú la que se opone
con coraje inusitado
y brazos extendidos
a la inicial desgracia
de un árbol, un hombre, o un pájaro.
Tú la que no le espanta la sangre
ni las señales de la tiniebla,
porque tienes la piedad que levanta
del tristísimo reino de la angustia y la miseria
a las almas y cuerpos estrangulados.
Amor es oración en tus labios,
pan, vino, sonrisa,
perpetua y esencial presencia
donde te hallas permanente.
Yo pude dejar de creer,
la duda cruzaba mi esqueleto.
Pero cómo no creer en ti
esbelta en mis rodillas.
Yo pude herida
ahorcarme en un árbol.
¿Pero cómo hacerlo
si tus ángeles absolutos me salvaban?
Yo pude perderme
de amor o de odio.
Pero ¿y tu corazón de inalterables esencias,
y tu grito reclamándome en las venas?
Yo pude dejar
que buitres devoraran mi corazón.
pero ¿y tu sangre y tu agua
y tu estatua erigida en mi memoria?
Yo pude estar triste, perdida



de manera irremediable,
pero ¿y tu heroica e insumisa
señalada ruta?
¿Y la raíz de tu mensaje
enredada en mis huesos?
Yo pude morir,
nada faltaba para ello.
Pero ¿y tu júbilo y tu flor de aire
con su sitio en la esperanza?
Así se hizo pedazos mi antiguo rostro,
así salté de mi cuerpo vencido
al girasol de fuego de tu combate.
Madre nutrida.
Yo miro a través de tus ojos,
rosa de los vientos,
a través de tus ojos despiertos
crecida en lo eterno de tus minerales.
Niña de infancia trémula
tu mano vegetal
de arriba a abajo
me cubre de flores.
Solo con tu propia auténtica muerte
se rompería definitivamente mi vida.
Criatura delicada,
defiendes en mí una lección perenne,
de río, de ribera, de interminables mundos
solo redescubiertos por ti,
niña, mujer, madre,
Compañera de múltiples presencias
y diminutos nombres
encerrados en mi pecho.



Hubiera tenido que morirme por dentro

Ahora me cortaría una mano porque sobra
y es mi cuerpo un árbol solo y sin dueño.

Ahora puedo mirar mi luctuosa sombra
y hasta contar uno a uno mis sombríos pasos.

Ahora puedo escucharme por dentro
y descubrir las menudas cosas que me dañaron.

Puedo distinguir su sangre dentro de mí
y reclamarle su rencor acurrucado,
su pequeñez y su miseria subterránea.

Alta te esperé a la hora de la rosa
y el fuego sideral.

En mi país de ojos levantados
y de brazos libres para abrazar,



con corazón de tic-tac de vida
y manos que al par de ser alas
fueran también raíces.

Pero tú, mi huésped,
has huido atemorizado, despavorido.

Mi ángel sin orillas te ha causado miedo
y huyes, mi dueño, atado
a fantasmas cotidianos,
donde tus pies únicamente serán tus pies
y tus manos tus manos
en mi eterno ademán frustrado.

Cuando te escucho
es cuando menos te entiendo.

Porque intuyo que dejas atrás una voz escondida
sin defensa por dentro.

Y es esa la que he pretendido escuchar de ti,
aunque para oírla hubiera tenido
que morirme por dentro.



Poemas del amor amor

Porque el amor está ausente... ausente
escrito en sangre y tormento,
es que puedo hacer reminiscencias
recogerlo en gotas amargas
de ansiedad y sueño disperso.

Porque ya no es mío el tiempo, ni la hora
ni el minuto,
y aunque gire la aguja del reloj
nunca será la hora de tu llegada.
Es que la noche es larga y sola,
círculo negro que totalmente me absorbe.
Intemporal hora aciaga,
crecido mundo movedizo,
bienamado cielo,
mi despavorida mirada
a ti se alarga...



Necesito recordar, hablar de ti...
salvar el acontecimiento;
ser responsable del amor, de la esperanza
y del amoroso recuerdo que cultivo.

¿Por qué negativa palabra
se empezó a marchitar la flor?
¿O es acaso que siempre la muerte
poco a poco tiene que infiltrarse en todo?
O que el amor tiene su limitada vida, su tiempo,
su tránsito, sus ojos que se cierran...

Porque si solo por el amor fuera
yo lo tocara en mi cara, en mi cuerpo,
en mis manos —alas hoy despavoridas—
en mi boca... y hasta en Dios
dormido aquí en el pecho.

Yo levantaría el sueño
como una mañana que surge esplendorosa,
como una rosa en su jardín,
como un beso en su boca.
Mágicamente lo levantaría, y podría decir:
aquí está, luminoso como estrella,
suave como nido.

Querido, aquí está...
y empezaría a llenar el hueco, la ausencia,
con lo que hermosamente tengo,
con lo que anido en mí misma,
con lo que no se ha ido...



y atoldaría estrellas, miel, duraznos,
 palabra, arrullo, beso, lágrima,
 y estaría tan cerca... tan alba
 que no habría espacio entre los dos...
 y en la inmensa almohada
 dos inmóviles cabezas mirarían al cielo
 hasta quedarse poco a poco dormidas
 o tal vez muertas.

Algunas veces abrazándote más,
 cerca del jadeo de tu pecho,
 pequeña o grande dentro de tus ojos,
 dándote nombres de árbol, fruta,
 agua, sal, viento, enmarañando tu pelo,
 dibujando tu boca, apartando tu arena,
 dejándote como pez, como pájaro marino,
 cosechando tu fragancia, tu seda,
 tu corteza, tu musgo,
 tu cumplida caricia, tu referencia.
 Pude decir encendida de amor “te quiero”
 y la palabra era río, metáfora,
 verso, arrullo...

Nacía la palabra y te enmielaba,
 era mía la palabra, y la tenía
 en la punta de los dedos, de los ojos.
 Te palpaba la palabra, te inundaba
 exquisitamente tierna
 era tuya la palabra...
 Quiero decir, te dije: en sosegadas noches
 palabras uvas, palabras manzanas,



palabras pájaros, palabras versos,
palabras amor.

No las recuerdo, las repito,
las sigo repitiendo, enhebrando en listones azules.
Y las tomo maduras, las exprimo
en la forma más deseable, más mía,
más tuya, más amor.

¡Ay! Lejano amor, cercano amor,
alto amor, crecido amor,
yo no te memorizo, te vivo
en elocuente llama, en agua,
en mecida sangre,
en lenta, turbulenta sangre
que me sosiega o enerva.
Tengo tus inmortales señas
en la garganta, los pies,
en las rodillas, el vientre.

Abro los ojos y vengo de ti,
cierro los ojos y voy a ti.
Y tu prodigiosa fuerza me atrae,
me recoge en capullos silvestres,
y estoy en tu tacto, tu beso,
dispersa, tendida,
corola de amor.
Tuya en tu tibio mundo,
tuya en tu ser,
en tu hogar de ensueño.



Estoy recordando, no, amando,
coloreando minúsculas cosas
que voy ordenando en la casa,
en la marinera casa que llevo por dentro
vestida de playa, espuma y arena.

Recordando... rosa a rosa
despierta o dormida,
con la humilde opulencia
de quererte, simplemente quererte,
bendito entre mis brazos,
absoluto en tu cuerpo,
parasol, cielo, ciudad mía,
tierra dulce, paraíso tibio.

Déjame ser tu flor, tu exacta dimensión,
tu íntimo hueco, tu vivir, tu estar.
Duplicáte en mis ojos,
envuélvete en mis brazos,
modélate en mi forma,
inmortalízate en mi sangre.
Amor solo es amor
cuando es amor, amor, amor.
Cavarías tu vida por tenerlo
sin encontrarlo,
treparías montañas inútilmente,
rasgarías tu pecho. Y nada, nada.

Amor, solo es amor
por amor, amor, amor.
Está, y está por nada



porque es fragancia, tierno nombre tuyo,
súbito despertar, trinchera de mi cuerpo,
de mi crecido cuerpo tuyo.

Está donde tú lo dejaste
en sombra o luz, en torno tuyo.
O caminando el vacío que hay de ti a mi,
al total vacío, sin propósito más que recorrerlo,
con su indeleble sangre, con su tatuada sangre
que registra los sentidos
con súbita y erguida pena inusitada.

Sin olvidarte, enteramente sin olvidarte,
cada día, cada año, cada estación
tiene el nombre que tú le pusiste,
sea invierno o sea verano
o camine desnuda o esté desnuda en la alcoba.
Arrebatada de estrellas, tú me estás mirando,
viviendo, dándome el aire de tus pulmones,
durmiéndome con dulzura tuya,
con sueño tuyo.

Estoy llena de ti, tibia de ti,
temblorosa de ti;
suena en mi pecho
tu propio corazón.

Te he querido olvidar
pero no he logrado más
que penetrarte mucho más en mí,
ajustarme más a ti



con terrible ternura contenida,
con mudez de mordaza
que se muerde los labios
para no pronunciar tu nombre.

Pero si hablo es a través de ti,
si la dicha agobia mi cuerpo
es la dicha tuya
y si el dolor me dobla
es también el dolor tuyo.

Te olvido en olvido de amor,
silencio alfombrado de recuerdos tuyos,
túnica de estrellas con que me vistes
para llamarme tu amada,
tu única amada.

Y si el corazón me salta y ardo en deseos de abrazarte
es porque no soy sino tu propio corazón latiendo,
tu propio deseo en vértigo
o tu brazo desatado buscándome.



Mi corazón en zozobra

Un gorrión lúgubre
picotea el corazón.
Se oye cómo salpica la sangre el pecho,
se percibe, se escucha, el paso triste
de la noche.

Obstinada soledad
que busca infatigablemente
la humana pasión,
la sed que muerde a los jacintos
y bebe en agua la sal de su llanto.

Quizá no podrá decir nunca
que tu luna ha crecido
hasta la cara remota de un niño.
Ni que limpiaste de angustia
el paso triste de un hombre cabizbajo.



Tu pañuelo de nube ha perdido la sonrisa
y ha nublado tus ojos.
Tal vez la visión de la muerte te engaña
o te llena de zozobra y de misterio.
¿Quién establece el paso?
¿Quién norma el sueño?
¿Quién ata o desata la alegría?

Yo solamente fui la rosa,
la huraña flor,
inestable y alucinada
creciendo en la sombra,
en los inmóviles
y paralizados párpados
de los pájaros y de los hombres.

Fui también raíz
desintegrada e integrada
a una señal de subconsciencia,
de afluencia de esperanzas
y cosechas sin nombre.

Pronto escapé de mis huellas
no como milagro
ni como hoja al viento
—escapé no podría decir cómo—
solo recuerdo mis pasos en la nieve
en la ruina, en el silencio
de las aguas opacas e interminables
de una maltratada muchedumbre.



Solidaria al amor
busqué la mariposa.
Pero la mariposa era mi cadáver en la sangre.

Quise rescatar el azahar
pero un arcángel lo despedazó en sus manos.
Así, de panteón en panteón,
agobiada de fiebre inusitada,
de dolor nuevo y viejo.

Así conocí las estatuas, los fantasmas,
los centinelas de la sombra.
Así, mis ojos habituados al drama
como verdad de limpio privilegio.

Tengo en las manos el rencor del polvo
el reclamo de los limones
el fuego enardecido y maltratado de la carne.
Sé la palabra que acusa, que reniega, que grita
la que he creado en la sangre
y de la sangre vuela.

La palabra aire, sol, milagro,
la que he recogido por los líquidos caminos
la que llega infatigable
libre, eterna.

Si quererte solo fuera estar contigo
sin recuerdo, sin relojes ni tiempo.
Sin amenaza, ni sombra, ni muerte.
Sería quererte limitadamente



sería estar contigo apenas en la pequeña
sombra y altura que te aprisiona.
Sería desconocer la sed de tus manos,
de tu cuerpo, cuerpos, brazos ilimitados.
Sería no alcanzar a decirte mío,
sería extenderme sin atravesar
el paisaje de ti mismo.
Sería no estar íntegra en tu presencia
ni en la soledad fructífera de tu alma.



Managua

Ciudad del amor inabarcable
de corazón licuado para la geografía del agua.
Mirarse en tu espejo es abarcar el mar en las pupilas,
es concurrir a la cita inverosímil
del aire que improvisa nocturnos
que quiebran y afirman el silencio
como si los ojos besaran la frente de la noche
con delicias gustadas en la dicha de vivirte,
de pensarte en tu aire preferido,
agua, posiblemente agua, cuerpo de rosa
que no escapa de su orilla para poder
con anheloso júbilo decir tu nombre.

Sin prisa se palpan tus ofertas
porque todo está al alcance del querer
y se rompen las alas en las manos
y se salpica el pecho de dicha inesperada.



Ciudad potable de Manolo Cuadra
 que murió sin que yo lo despidiera,
 de Joaquín Pasos, el que apresurado agitaba sus ramos
 tal como si su múltiple vida escapara al riesgo.
 Cómo quisiera cazar una de tus pájaras dormidas
 o saber la letra intacta de tu último verso.

Andar sobre tu orilla, Managua,
 es marchar ya sin distancia de tus pasos,
 es explicar tu tamaño, medir tu dimensión
 o abrazarme al término de tu cielo
 para intuir tu eternidad.

Y la carta de amor que me mandó René
 con aquel “te quiero” de ola y mensaje
 de quien queriendo querernos ya va de viaje
 porque un deber, una deuda
 de altos destinos lo esperan.

Y la lección de retórica, que quizá nunca he olvidado,
 que con voz antigua, en México, me diera Salomón de la Selva,
 y asida a nubes altas hablar de poesía
 con José Coronel, Luis Alberto Cabrales,
 Edgardo Prado, mi paje Pablo Antonio Cuadra
 y Albert Ordóñez Argüello.

Qué lejos, al parecer, pero qué cerca, cerquísima,
 te ando andando, Managua,
 como un sueño del que despertara
 acumulando monedas para pagar mi deuda,
 Managua de mis recuerdos.



Derramado consenso

Me rebasa la vida y rica en alas
desfleco mi gracia en círculo extendido
donde grito en alto mi nombre para despertar el alba
y sentirme viva, descendida en los que sueñan.
Despierta en los que en grupos compactos luchan
por darle un pedazo de cielo a cada criatura
y disminuir en todo lo posible su dolor cotidiano.

Henchida de espigas y canciones mi corazón es nido
que reaflore en amor su cálido latido
como si desceñida en venas y versos vegetales
fuera solo la simiente, el aire, el agua
que abre caminos de esperanza y dicha
y lúcida repartiera en piel de Isla y Luna
una desanclada aurora venturosa
que por primera vez en la innostrada tierra
sus frescos ramos de alegría esparciera.



Puede que no sea cierto, pero sí lo es,
porque esta verdad la llevo
sembrada aquí en los huesos,
de lágrimas y sangre que florece en magnolias.
Como si una humana dulzura buscara en mi pecho
niños, ángeles y hombres, pájaros, insectos y hierbas;
o la razón de mi afecto, que insiste en flor,
en tallo habitado de palomas, sol y estrellas.
Tal como si el sube y baja de un hilo afectuoso
fuera solo la innumerable voz que se levanta
en derramado consenso de justicia universal.



En el café

Todos los días me siento en el café
como para empujar la andadura del tiempo.
Todo a nuestro alrededor es miseria, miseria
hasta en la forma de hablar.

Hay quien
espera que de pronto
aparezca alguien que le pague
una taza de café
(válgame Dios, de quince centavos).

Mujeres gastadas de vivirse
con el verdadero cansancio del cuerpo,
pero esperando el hallazgo de un amor,
aunque sea solo para florecer tierna
por una hora.



Pero luego llega,
aparece
alargando las manos que no alcanzan la mesa
un niño, una niña en quien nadie repara
porque la desdicha desatada embota los sentidos
y difícil es mirar a través de la oscuridad de la vida.
Otros apresurados,
hasta pronto, luego,
ni un momento más, me voy, me voy,
no sé cómo, pero me voy.
Pero sus pasos se arrastran a la distancia
con su voluntad.

Esta gran soledad, esta ausencia, ¿cuándo ataca?
¿En dónde empieza o termina el drama?
Bastará solo con cerrar los ojos
y gozar de mirarse
cerca, cerquísima.

De hecho así quién no es feliz
igual que un sosegado cielo
inmóvil y sordo a la turbulencia de la sangre.
Qué descansada vida. ¿La gozaré?
No, no la quiero,
no quiero soltar mi angustia.
No quiero cárcel para mi ser,
prefiero nadar entre tinieblas.



Me lo digo:
yo tengo que crecer,
inevitablemente criaturas superpuestas
me suceden.

Con ellas estoy descalza
y queriendo descubrir el pan
en mis manos pequeñas.



Navidad, 1966

No encuentro a una sola persona feliz;
con júbilo de diálogo cierto
la palabra es imposible, perdida:
retiene el llanto.

En mi patria nadie ríe.
¡Qué fácil! Todo al alcance, y ninguno puede arriesgarse
a tener, a conquistar lo que le pertenece.
Todo es bastante claro,
no hay más que mirar a los pobres
con su altavoz de alarma.
Que ellos sí son la verdad
con su extendido cuerpo y su nombre.

Los mercaderes, que solo buscan monedas,
cuentan cuentos sin parar
aunque sus trasvisibles verdades
sean como estar de pie
detrás de una gran mentira.



¡Húndete en esta copa de vino!
que llenará a tu corazón de gozo
y es probable que mirándote por dentro
aprendas a mirarlo todo.

Mi tierra es de piedra. ¡Patria inmolada!
en su regazo descansan héroes
pero la plural alegría nunca llega,
años, siglos, y el tiempo hundiendo al tiempo
como cruz en que perece el hombre.

Pero yo, aferrada a la esperanza,
a las palabras amor, aurora, mañana,
si borro a tres hermanas
de mi vida y mi sangre,
adquiero miles.
Mi olvido es un foso en el que cultivo amores con pudor,
la desvergüenza no es ajena a los trajines de mi sangre
¡y tengo que reconocerlo!

Pero en esta navidad, 1966
en que sin alternativa vigilo mi horizonte
y el de mi patria,
en forma corporal rubrico otra vez mi anhelo:
No quiero patria mezquina
ni cariños con corazón de hormiga.



En su caballo de palo

Y nadie comprende
que los ojos se cierran apretando una pena,
que una ola negra ennubla el corazón.
Que sumiso —en esta encrucijada—
el cuerpo camina a tientas...

Que en este ponerse y quitarse los zapatos,
qué inútil la hora
qué penoso el minuto.
Un niño con su dedo me señala la sombra
y viajo con él en su caballo de palo
como si quisiera huir, huir...

No se mide la miseria,
no se silencia el hambre.
El hombre que se va y regresa a su cielo fijo
a donde sin remedio está crucificado.



Querría sacudir el polvo de su frente cansada.
Fascinada, desparramar estrellas, caricias.
Quisiera ignorar que no hay justicia.
Ignorar que yo misma ando en el vacío
como si estuviera parada en un puente
atada solo de un extremo.

Que la camisa que cubre mi cuerpo ya me queda holgada.
Y ando riendo, llorando,
abrochando una súplica
de puerta en puerta
para que me dejen pasar lista
con los que tienen trabajo
y pueden alegremente
celebrar su cumpleaños
o simplemente desayunar.



En pretérita casa

Debo aceptar la soledad con sus raíces magnéticas
donde con un extraño olvido devuelvo los rostros
que la disecada sangre fue dejando en sus páginas,
como si poco a poco en mis manos cayera la nieve
densa, tenaz, compacta, y también innumerable.
Tal como si no fuera más que una figura de aire
una sombra que se perpetuara en su silencio;
asistida por su humilde cortejo de criaturas fugitivas
que en el polvo marcarán su luminosa huella,
multiplicada y liberada en su minuto transitorio
como si subyugado a su misterio estuviera mi nombre.

Perpetuada en la soledad y el tiempo, lúcida, incorpórea,
advenida a nuevas formas estructurales, cósmicas.
Casi iluminando la bóveda que cobijará mi sueño
en el dominio inaudible que alcanzará la sombra,
donde sin respirar —es cierto— pero diluida y recreada
[en el espacio]



EL POETA Y SUS SEÑALES

en pretérita casa —es verdad— pero erguida en la última
[explosión de vida
con persuasivo acento aún hablaré de la esperanza
y la voz que padece por todas las voces,
cual bandera invencible que ni la muerte derrota.



Una eterna canción

Quisiera romper la cáscara que envuelve mi cuerpo,
soltar los ríos de la sangre,
desatar los huesos.

Inaugurarme por dentro,
andar por las entrañas,
penetrar los ojos.

Caminar de puntillas sobre la sombra
y dejar sonando únicamente en mi cóncavo nido
una eterna canción.



Combate

Yo soy un poeta,
un ejército de poetas.
Y hoy quiero escribir un poema,
un poema silbatos
un poema fusiles.
Para pegarlos en las puertas,
en las celdas de las prisiones
en los muros de las escuelas.

Hoy quiero construir y destruir,
levantar en andamios la esperanza.
Despertar al niño,
arcángel de las espadas,
ser relámpago, trueno,
con estatura de héroe
para talar, arrasar,
las podridas raíces de mi pueblo.



El poema

Si comienzas a escribir un poema
piensa de antemano en quién lo leerá.
Pues una rima es solamente una rima
cuando alguien la comprende y sobrevive
ante todo y sobre todos,
escapando de las mediocridades
que exaltan la petulancia y la palabrería.

El poema no es necesariamente tal como es
sino como debe ser en su aliento de justicia.
Una palabra es suficiente para amar la esperanza
y hablar de ella tiene más importancia
que el más bello pero intrascendente poema.



Con mis versos saludo
a las generaciones futuras

Sola
por dejar un camino
y amojonar otros caminos,
con terrones de pueblo construí mi país.
Detrás de mí quizá quedarán muchas lágrimas vertidas
pero con ellas fue que alimenté la esperanza.
Las puertas para mí estuvieron herméticamente cerradas
pero la sabiduría de mi dolor supo andar y andar
hasta encontrar el auténtico sendero.
Cuesta vislumbrar la verdad
y el camino recto de la justicia.
Ahora,
a cualquier lugar que llegue
ya nunca puedo estar sola.
Porque no comienzo en la sangre de mis descendientes
sino que termino en ella.



¡Qué lejana la soledad de mi Patria y mi sangre!
Hoy mi pequeñísimo cuerpo empuja las estrellas
y con mis versos saludo a las generaciones futuras.





Óleo de Álvaro Canales (Honduras).

Con mis versos saludo
a las generaciones futuras
(1988)



La habitante

Nárrome en días y noches
como si yo misma escuchara mi voz
o ella remota viniera a mí
escapada del círculo de su eco.
Duele su grito ahogado en el desesperado pecho
golpeado y desgarrado por amar la belleza
y querer por siempre
escribir su nombre en el aire,
como si solamente yo fuera la habitante
de mi desolado mundo.



El tiempo

El tiempo ha pasado sobre mi cuerpo
y ha hecho que mis tobillos pierdan toda su gracia
y los pasos se vuelvan lentos e indecisos,
que los días, las horas, vayan cerrando mis rutas
y que sonámbula, me dejen transitando sola
en la sombra, sin horizonte
mirando con ojos que son dos espejos turbios.

Lenta, pero armoniosamente, envejezco;
más tarde, más temprano, todo naufraga,
sin sentirlo se va cambiando de hábitos
la cabeza cansada descansa en la almohada
y en el lecho se acurruca el cuerpo vencido.



La agilidad de gacela es solo un recuerdo
en el zapato vacío a la orilla de la cama.
Pero algo guardo dentro y fuera de mí.
El tiempo, oh Dios, ha respetado
mi alegría de vivir,
mi sueño y mi canto.





Óleo de Luis H. Padilla (Honduras).

Otros poemas



A Juan Ramón Molina

I

¿Qué fue de aquel gallardo apolonida
orgullo de mi selva ribereña;
el bardo egregio de la tez trigueña,
de bellos ojos y de frente erguida?

Rodó por la pendiente de la vida
como fanal que el huracán despeña,
y dejó nuestra Cólquide hondureña
huérfana de su mente esclarecida.

Allí está sin ofrenda ni atributo,
sin efigies de mármol impoluto
que recuerden sus íntimas congojas.

Solo yace en su bóveda sombría
como una visión de lejanía
sobre un sudario de marchitas hojas.



OTROS POEMAS

II

No fue tuya la cítara aldeana
con efímeros llantos de rocío,
ni la dulce siringa verleniana
que ardió en la boca de Rubén Darío.

Tu lira fue la selva americana
que enjoyaba de perlas tu albedrío
y que llevaba en su gracia rusticana
la cristalina música del río.

Tus versos eran pájaros cautivos
que enhebraban suspiros emotivos
en el revuelo de un tropel sonoro.

Y una mañana al despertar el día
trinaron su más dulce melodía
y se escaparon de su jaula de oro.

III

Poeta de la lira precursora
y la pálida frente pensativa,
divino rui señor que me cautiva
en una soledad abrumadora.

Vengo a dejarte esta canción sonora
a manera de oscura siempreviva
y así como una lágrima furtiva
en tu noche de insomnio sin aurora.



Ya es tuyo el universo de la nada...
Duerme, pues, en la sombra sosegada
tu sueño sin ensueño estremecido.

Y a despecho del cierzo que te huela
la gloria como altivo centinela
arrancará tu nombre del olvido.



Preguntas con futuro

Alba que tiras tu brisa mojada de estrellas
que entregan su secreto
en los agudos oídos de las aguas insomnes,
¿cuándo?

Río que navegaste los ojos
del misterio perpetuo.
¿Dónde?

Realidad sin relojes de los hombres
y la tierra que ando...
¿Qué día me dirás que comienzo a nacer?



Bibliografía



Bibliografía consultada

Libros de Clementina Suárez

- Corazón sangrante*. Tegucigalpa: Tipografía Nacional (1930).
Iniciales. México: Libros Mexicanos (1931).
Templos de fuego. México: Libros Mexicanos (1931).
Engranajes. San José: Borrásé (1935).
Veleros. La Habana: Editorial Hermes (1937).
De la desilusión a la esperanza. Tegucigalpa: Talleres Tipográficos Nacionales (1944).
Creciendo con la hierba. San Salvador: Departamento Editorial del Ministerio de Cultura (1957).
Canto a la encontrada patria y a su héroe. Tegucigalpa (1958).
El poeta y sus señales. Antología. Tegucigalpa: Universidad Nacional Autónoma de Honduras, Departamento de Extensión (1969).
Antología poética. Tegucigalpa: Departamento de Publicaciones de la Dirección General de Cultura (1984).
Con mis versos saludo a las generaciones futuras. Tegucigalpa: Ediciones Paradiso (1988).
Antología. Tegucigalpa: Secretaría de Cultura (1992).



BIBLIOGRAFÍA

Libros de otros autores

- Gold, Janet (2001). *Retrato en el espejo. Una biografía de Clementina Suárez*. Tegucigalpa: Editorial Guaymuras.
- Luna Mejía, Manuel (1961). *Índice general de la poesía hondureña*. México: Editorial Latinoamericana, S.A.
- Pineda, Adaluz (1998). *Honduras: mujer y poesía. Antología de poesía escrita por mujeres, 1865-1998*. Tegucigalpa: Guardabarranco.
- Ramos, María Eugenia; Membreño Cedillo, Mario (2002). *Visión de país en Clementina Suárez y Alfonso Guillén Zelaya*. Tegucigalpa: PNUD, Colección Visión de País N° 4.
- Varios autores (1982). *Clementina Suárez*. Tegucigalpa: Litografía López.



